



DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

Imaginarios sociales sobre la guerra apache en Sonora,

1867-1876

Tesis presentada por

Norma Guadalupe De León Figueroa

Como requisito parcial para obtener el grado de

Doctora en Ciencias Sociales

Director de tesis: Dr. Ignacio Almada Bay

Lectora interna: Dra. Zulema Trejo Contreras

Lectora externa: Dra. Raquel Padilla Ramos

Hermosillo, Sonora

Diciembre de 2015

Agradecimientos

A CONACYT, por el apoyo económico otorgado que me permitió llevar a cabo mis estudios de posgrado. A El Colegio de Sonora, por recibirme en sus aulas estos cuatro años, a su gente por la atención siempre amable y oportuna.

Un agradecimiento especial a mi director de tesis, Dr. Ignacio Almada Bay, por su guía a lo largo de este camino, al igual que a mis lectoras Dra. Raquel Padilla y Dra. Zulema Trejo, por sus acertadas sugerencias, la información compartida y sus oportunas recomendaciones, siempre con el ánimo de ayudarme a avanzar; éste es también su trabajo.

A mis amigos, Guadalupe y Emanuel, por su amistad y ayuda, siempre sinceras e incondicionales.

A mis padres Luis y Angelita, así como mis hermanos, es gracias a su apoyo que este logro fue posible.

A mis hijas, Liza y Frida, por prestarme el tiempo para llevar a cabo este proyecto.

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| Resumen..... | 03 |
| Introducción..... | 04 |
| | |
| CAPÍTULO I. ESTADO DE LA CUESTIÓN..... | 09 |
| 1.1 Expertos académicos en el estudio de los grupos atapascanos..... | 15 |
| 1.2 Autores contemporáneos sobre el conflicto con los apaches..... | 25 |
| 1.3 Nuevas interpretaciones..... | 33 |
| 1.4 Otros escenarios..... | 46 |
| | |
| CAPÍTULO II. MARCO TEÓRICO METODOLÓGICO..... | 49 |
| 2.1 La propuesta teórico conceptual de los <i>imaginarios sociales</i> | 50 |
| 2.2 <i>Imaginarios sociales</i> | 52 |
| 2.3 <i>Institución</i> | 54 |
| 2.4 <i>Significaciones imaginario sociales</i> | 56 |
| 2.5 <i>Otredad y mismidad</i> | 58 |
| 2.6 <i>Fronteras simbólicas</i> | 62 |
| 2.7 <i>Discurso</i> | 65 |
| 2.8 Aspectos metodológicos..... | 69 |
| | |
| CAPÍTULO III. TRAMA HISTÓRICA DE LA RELACIÓN ENTRE APACHES Y SONORENSES, 1830-1870..... | 75 |
| 3.1 Los grupos atapascanos..... | 76 |
| 3.2 Breve semblanza del conflicto con los apaches en la época colonial..... | 80 |
| 3.3 El caos tras la Independencia y la agitada década de 1830..... | 83 |
| 3.4 Un escenario cambiante (1840-1850)..... | 90 |
| 3.5 Nuevos actores. La presencia norteamericana en Arizona y Nuevo Mexico. Un escenario de acelerada transformación (1850-1860)..... | 94 |
| 3.6 La década de 1870..... | 101 |
| | |
| CAPÍTULO IV. IMAGINARIOS SOCIALES SOBRE LA GUERRA APACHE EN SONORA, 1867-1876..... | 105 |
| 4.1 <i>La Estrella de Occidente</i> | 106 |
| 4.2 El discurso del gobierno sonorense sobre los grupos apaches..... | 108 |
| 4.3 “ <i>La devastadora cuanto permanente guerra de los salvajes</i> ”. La guerra apache como una institución..... | 113 |
| 4.4 Significaciones imaginario sociales en la guerra apache..... | 128 |

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| CAPÍTULO V. La guerra apache en el estado desde otros imaginarios: autores estadunidenses de la segunda mitad del siglo XIX..... | 135 |
| 5.1 <i>Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua, 1850-1853</i> , John Rusell Bartlett..... | 136 |
| 5.2 <i>The Geography and Resources of Arizona & Sonora: an Address before the American Geographical & Statistical Society</i> , Silvestre Mowry..... | 147 |
| 5.3 <i>Capt. James Box's Adventures and Explorations in the New and Old Mexico</i> , Michael Box..... | 154 |
| 5.4 <i>On the Border With Crook</i> , John Gregory Bourke..... | 161 |
| Conclusiones..... | 171 |
| Fuentes consultadas..... | 178 |

Resumen:

Los apaches son diversos grupos seminómadas unidos por rasgos culturales y un lenguaje común. Hacia mediados del siglo XIX su radio de acción comprendía los actuales estados de Sonora y Chihuahua en México y Arizona y Nuevo Mexico en Estados Unidos. Sus contemporáneos los llamaron sencillamente apaches, que significa “enemigos”, para dar cuenta de su violencia y de la naturaleza de sus relaciones; la historiografía actual los denomina atapascanos. Su fraccionamiento y movilidad, así como su costumbre de sobrevivir del fruto de sus incursiones a territorio mexicano, donde se hacían de ganado y cautivos, a la vez que causaban múltiples daños y muertes, convirtieron a sonorenses y apaches en protagonistas de un conflicto conocido como la guerra apache.

Preocupado por el peligro constante al que estaban expuestos las vidas y bienes de los sonorenses, el gobierno del estado continuamente tomaba providencias para resolver este conflicto; sin embargo, estas no rendían los frutos esperados y las incursiones continuaban. La gravedad de este problema lo convirtió en tema recurrente dentro del discurso del gobierno estatal, así como en los testimonios de los extranjeros que visitaron suelo sonorense en la época.

Ubicado en el período 1867-1876, el presente trabajo de investigación toma como pieza fundamental el discurso construido por el gobierno de Pesqueira, con el propósito de acceder mediante su análisis hermenéutico a los imaginarios sociales de la época sobre la guerra apache en el estado.

Introducción

Los apaches eran grupos nómadas que incursionaban en lo que hoy es Sonora y otros estados mexicanos con la motivación, principal pero no única, de obtener ganados y cautivos, elementos que les permitían mantener funcionando su sistema de organización social. Ni españoles ni mexicanos fueron capaces de controlar a los atapascanos y sus ataques afectaban la vida y las actividades económicas en la entidad y otros estados del norte mexicano. Esto no significa que no existieron los contactos pacíficos, con fines de intercambio comercial o de cautivos, el mestizaje, treguas parciales y transitorias; sin embargo el conflicto fue la constante en las relaciones apaches-sonorenses.

El gobierno novohispano y posteriormente las autoridades mexicanas fueron incapaces de prevenir o repeler exitosamente las incursiones y estas, con sus nefastas consecuencias, se mantuvieron constantes prácticamente a lo largo XIX. Constantemente ocupado en buscar alternativas de solución en este ramo y excitar a la población a participar de esta guerra contra el enemigo nómada, el gobierno sonorense produjo un discurso que dio cuenta de esta relación, las acciones tomadas al respecto y su postura frente a estos “otros”.

La presente investigación recoge este discurso durante una etapa del gobierno de Ignacio Pesqueira 1867-1876. Se eligió el gobierno de Pesqueira y estos años en particular por tres razones: 1) son años de gran actividad respecto al problema apache debido a los cambios que están teniendo lugar en la región fronteriza y que incrementan la intensidad y número de las incursiones, 2) el gobierno estatal presenta una cierta estabilidad política en

relación a los años anteriores y posteriores, caracterizados por las luchas civiles y la inestabilidad política, 3) El gobernador Pesqueira es una figura emblemática de los hombres fuertes que lideraron la lucha contra los apaches en el estado.

Los ejes de análisis en torno a los cuales se estructura esta investigación son tres: 1) La trama del conflicto entre apaches y sonorenses, entendida como la reconstrucción de la sucesión de hechos que tuvieron lugar a raíz del contacto entre estos grupos durante la etapa que va del nacimiento del estado hasta la década de 1870. 2) El discurso del gobierno sonorense sobre los apaches y la guerra apache en el estado; entendemos por esta el conflicto intermitente entre apaches y sonorenses, que se prolongó desde el nacimiento del estado mismo y durante casi todo el siglo XIX y que fue acompañado de la idea de una guerra, pues las paces se saben transitorias y no son extensivas a todas las bandas apaches, ni simultáneas en Sonora y Chihuahua. 3) El imaginario social de la época, es decir bajo qué subjetividades los sonorenses de la época ubicaban su lugar en el mundo y el lugar de los otros, en este caso los apaches, así como el imaginario de autores estadunidenses contemporáneos a este conflicto y que dieron cuenta del mismo en escritos creados con diversas finalidades.

El objetivo principal, pero no único, durante esta investigación fue reconstruir el discurso del gobierno sonorense sobre los grupos apaches, durante la etapa de 1867 a 1876 para acceder al imaginario social que se hace presente en él. En este discurso también se hace presente la tensión otredad-mismidad, que se manifiesta mediante las fronteras simbólicas, que mediante diversas formas discursivas marcaban la separación entre sonorenses y apaches, “bárbaros” y civilizados. Estas fronteras porosas expresadas

mediante las palabras subyace al discurso que los sonorenses construyeron en relación a estos grupos.

El imaginario social que moldea las maneras colectivas de pensar, regulando y controlando las mentalidades, el decir y los comportamientos, toma parte junto con las fronteras simbólicas en la construcción de identidades, define las relaciones con los “otros” y determina los cursos de acción a seguir frente a ellos. Dicho imaginario permeó el discurso que el gobierno sonorense construyó en relación a los grupos apaches; por tanto, dicho discurso contiene elementos que permiten acceder al imaginario social de la época.

A manera de justificación, viene al caso señalar la necesidad de mirar con nuevos ojos, un tema de capital importancia en la historia del estado, muy mencionado pero poco abordado a profundidad o con enfoques novedosos por la historiografía estatal. Este trabajo busca insertarse en la corriente de nuevas interpretaciones sobre la relación entre grupos indígenas y el gobierno y población mestiza, y más específicamente sobre la relación entre los atapascanos y población y gobierno sonorense durante el siglo XIX, que ha estado floreciendo en los últimos años.

Divido este trabajo de investigación en cinco capítulos. *El estado de la cuestión*, es el capítulo que abre, en el presento un análisis de diversos textos escritos por expertos académicos en el tema de los grupos atapascanos, conflictos con grupos indígenas en otros estados mexicanos, nuevas interpretaciones sobre el tema del contacto entre los grupos indígenas y la sociedad blanca o mestiza, se integran también autores que escriben sobre grupos apaches y su relación con la población sonorense de primera mano, pues fueron contemporáneos a los hechos que narran. Este conjunto de obras son la base de la que parte

esta tesis. El segundo capítulo *Marco teórico y metodológico*, contiene los elementos que integran el aparato teórico que permitió llevar a cabo la investigación, en él se despliegan los postulados de Cornelius Castoriadis sobre **imaginarios sociales** y sus elementos **significaciones imaginarias sociales e instituciones**, así como otros conceptos y categorías, **discurso, fronteras simbólicas, otredad, mismidad**, que complementan la propuesta de Castoriadis. La metodología de esta investigación, básicamente un análisis hermenéutico de la documentación producida durante una etapa del gobierno de Ignacio Pesqueira sobre el tema del conflicto con los grupos apaches, así como de testimonios de autores contemporáneos a esta situación. El tercer apartado *Trama histórica de la relación entre apaches y sonorenses, 1830-1870*, nos da una panorámica de la relación entre ambos grupos durante buena parte del siglo XIX, aporta datos para conocer a los grupos apaches, brinda los antecedentes de la relación entre apaches y españoles en la provincia, aborda lo sucedido tras la independencia cuando las políticas de paz desaparecen y dan paso a un incremento en las incursiones, las diversas respuestas del gobierno estatal y los cambios en la región fronteriza que impactaron el estado del conflicto con los atapascanos en la entidad, hasta llegar a la década de 1970. *Imaginarios sociales sobre la guerra apache en Sonora, 1867-1876*, es el título del cuarto capítulo que busca analizar el discurso del gobierno estatal sobre los grupos apaches y el conflicto entre estos grupos y los sonorenses, en él se buscó ubicar las significaciones que cristalizaron en instituciones y conformaron la red del imaginario social. En este mismo discurso se manifiesta la frontera simbólica construida entre barbarie y civilización, entre otredad y mismidad, entre apaches y sonorenses. Para complementar el análisis del discurso administrativo, se rescataron cuatro obras de autores estadunidenses contemporáneos al conflicto con los apaches en la entidad,

que conocieron de primera mano la situación de la zona fronteriza, el estado de Sonora, los grupos apaches, entre otros elementos, con el propósito de conocer el imaginario de estos actores externos sobre la guerra apache en Sonora, *La guerra apache en el estado desde otros imaginarios: autores estadunidenses de la segunda mitad del siglo XIX*, es el título del quinto apartado dedicado a este fin.

I. EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

Los Nnēe (“seres humanos” o “gente”), genéricamente conocidos como apaches por españoles y mexicanos, fueron grupos nativo americanos, denominados nómadas independientes. Durante el siglo XIX, incursionaban en lo que hoy es Sonora y otros estados del norte mexicano, principalmente con la intención de extraer ganado y cautivos. La obtención e intercambio de estos elementos, que los apaches precisaban, pero no producían, les permitía preservar sus patrones culturales y mantener funcionando su sistema de organización social.

Ni el gobierno español durante el siglo XVIII, ni el gobierno mexicano a lo largo del XIX, fueron capaces de detener o prevenir con éxito las incursiones, que afectaron en múltiples formas la vida cotidiana y las actividades económicas en el Noroeste mexicano.

Durante el siglo XIX, las incursiones fueron tan frecuentes que los pobladores del estado de Sonora aprendieron a vivir bajo la sombra de los apaches y la vida cotidiana en la entidad se desarrollaba a la par de los ataques. Después de la independencia, la inestabilidad política, la falta de recursos, el precario control del país sobre sus fronteras y la política indigenista de los Estados Unidos, agravaron aún más el problema que se extendió prácticamente a lo largo de todo el siglo.

El contacto entre apaches y sonorenses se caracterizó por un elevado nivel de violencia, pues aunque el conflicto no fue la única modalidad que adquirió el contacto entre estos grupos,¹ fue la que privó sobre las demás. La prolongada, costosa y cruel guerra entre

¹El mestizaje, relaciones comerciales o con fines de intercambio de cautivos (que constituyeron una práctica común tras un ataque), entre otras modalidades específicas de contacto, también se presentaron entre apaches

apaches y sonorenses dio origen a un discurso en el que, se fue construyendo la figura del apache como un enemigo irreconciliable, cruel, salvaje, bárbaro.

Es importante señalar que, pese a que desde el discurso del gobierno sonorense, la relación entre apaches y la población del estado se presentó como una guerra perpetua entre dos sociedades homogéneas enfrentadas, una lucha de opuestos, en la realidad esto no sucedió así. La sociedad sonorense estaba compuesta por múltiples grupos: población blanca, mestiza e indígena; por su parte, los grupos apaches se caracterizaron por su fraccionamiento y su independencia. Ambos grupos estuvieron lejos de actuar como bloques homogéneos permanentemente enfrentados. La frontera entre estos ellos no sólo fue geográfica, sino cultural y simbólica; frontera porosa, zona de mutua influencia, lugar de encuentro y desencuentro, de conflicto, pero también de negociación, de intercambios de todo tipo².

Resultado de estos encuentros y desencuentros fue la construcción de un discurso, que daba testimonio de los mismos y en el que se plasmó la representación, la imagen, que los sonorenses fueron construyendo de sus enemigos nómadas, alimentada, principalmente por la experiencia del contacto violento y la frustración de ser las víctimas constantes de los ataques apaches. Podríamos clasificar dicho discurso en dos planos: el discurso administrativo, sobre todo de las autoridades mayores tales como el gobernador Ignacio Pesqueira, ubicado en una dimensión superior donde la relación con los apaches se presenta

y los sonorenses. La historiografía tradicional privilegió el conflicto, pero actualmente se están recuperando la complejidad de las relaciones entre apaches y vecinos.

² A raíz de la interacción habitual entre estos grupos que habitaban la región fronteriza, los atapascanos asimilaron elementos introducidos en su mundo por los nuevos vecinos; a su vez españoles y mexicanos después adoptaron elementos de los apaches, de tal forma que los bárbaros se fueron civilizando y los civilizados barbarizándose.

como un conflicto permanente, una guerra necesaria, perpetua y casi natural debido a las características propias de ambas sociedades, una guerra entre civilización y barbarie. Sin embargo, si bajamos a estratos inferiores tratando de captar la dimensión de la vida cotidiana, podemos percibir las relaciones pacíficas de intercambio, mestizaje, entre otras. Es importante considerar ambas dimensiones para comprender la complejidad de las relaciones entre apaches y sonorenses.

El discurso oficial nos habla de cómo las autoridades del estado percibieron el conflicto con los apaches y caracterizaron a los grupos indígenas nómadas; también da cuenta de la forma en que la sociedad sonorense se pensaba a sí misma, qué elementos regulaban el decir y orientaban las acciones de sus miembros, determinando sus maneras de pensar y actuar. Dicho discurso, que contiene elementos que caracterizan y definen al adversario, nos habla de cómo se construyó la figura del “nosotros” frente al “otro”, cimentada en la dicotomía “barbarie-civilización”, ampliamente aceptada durante el siglo XIX.

Pese a la larga duración de este conflicto y a que los imaginarios sólo pueden reconstruirse en la larga duración, el objetivo principal de la presente investigación es abordar un aspecto muy particular de la larga y compleja historia del contacto entre los pobladores de Sonora y los apaches: los imaginarios sociales que subyacen al discurso producido por el gobierno sonorense sobre el conflicto con los grupos apaches en el estado, durante una etapa de la administración del Gobernador Ignacio Pesqueira, 1867-1876.³

³ La etapa de Pesqueira es muy representativa en el contexto del conflicto pues tocó a su gobierno, con pocos recursos y a la par de múltiples problemas simultáneos, enfrentar un incremento y cambio en el patrón de las incursiones a partir de la creación del sistema de reservaciones norteamericanas en 1865 y conforme la

El conflicto con los grupos apaches representa un eje importante en la historia del estado de Sonora debido, principalmente, a dos factores. Por un lado, su larga duración; por el otro, su inserción dentro de un proceso más amplio que tiene que ver con conflictos que se prolongaron a lo largo del siglo XIX donde se enfrentaron la sociedad mestiza, que buscaba llevar a cabo un proyecto de construcción del Estado-Nación y grupos indígenas, cuyos modos de vida eran contrario a estos proyectos. Hablamos de grupos distintos cohabitando un mismo territorio; un bando luchaba por imponer su cultura, su forma de vida al adversario o bien exterminarlo,⁴ el otro por preservar sus patrones culturales y sociales en un contexto de cambio.⁵

Los enfrentamientos con los grupos indígenas impactaron el proceso de formación de las sociedades norteñas y exigieron que todo tipo de recursos se dedicaran a la pacificación o exterminio de los indígenas problemáticos; al mismo tiempo entorpecieron las actividades económicas y retrasaron el desarrollo material de estados como Sonora, por lo que se convirtieron en referencias constantes dentro de los discursos producidos por los grupos involucrados en estos conflictos.

Con base en lo anterior, considero importante no sólo reconstruir la trama histórica de esta relación entre nómadas y sedentarios, la más de las veces violenta, sino prestar

ocupación estadounidense se consolidaba en Arizona y Nuevo México. A esto habría que añadir que Pesqueira hizo trayectoria en la lucha contra los apaches pues en numerosas ocasiones dirigió personalmente a la guardia nacional en sus labores defensivas. Es legendaria su participación en la batalla de “Pozo Hediondo” en 1851, donde al frente de la guardia nacional se enfrentó a los apaches de Mangas Coloradas. Si bien los sonorenses fueron derrotados y Pesqueira casi muerto. Según narra Rodolfo Acuña en su obra sobre el caudillo sonorense, el capitán de la Guardia Nacional “logró escapar milagrosamente y llegó caminando a Arizpe días después, donde fue recibido como héroe”.

⁴ Así fue desde el lado sonorense y norteamericano.

⁵ Esto no significa que los grupos apaches permanecieron indiferentes a la influencia de sus vecinos, adoptaron el uso del caballo, silla de montar, armas de fuego, alcohol, entre otros elementos, introducidos por los españoles, mexicanos y norteamericanos.

especial atención a las palabras con las que se dio cuenta de ella, así como a los términos con los que se caracterizó al enemigo, es decir al discurso producido a raíz del contacto entre apaches y sonorenses.

Parte complementaria de rescatar este discurso es adentrarse en las motivaciones, universos de sentido e imaginarios que subyacen a él, que lo permean y que nos hablan no sólo del proceso de construcción de la figura del apache como enemigo, sino de la sociedad sonorense en sí misma. En esta perspectiva se inscribe y justifica la presente investigación.

Igualmente, habría que poner de manifiesto, la importancia de abordar la relación entre apaches y sonorenses, y todo lo que de ahí se desprende, a través de enfoques novedosos, que den por resultado análisis más profundos, estudios más integrales, nuevas interpretaciones, que expliquen la complejidad de las relaciones entre los sonorenses y quienes fueron llamados “bárbaros”. Retomar la propuesta teórica sobre imaginarios sociales de Cornelius Castoriadis, para abordar el discurso del gobierno sonorense sobre los grupos apaches, es un esfuerzo orientado en esta dirección.

La historiografía estadounidense sobre el tema de los atapascanos tiene ya una larga tradición, no sólo es numerosa sino que aborda la cuestión desde distintas perspectivas: histórica, antropológica, centrada en aspectos económicos, sociales, culturales, etnográficos, entre otros. Además de reconstruir la trama histórica de los grupos apaches,⁶

⁶ Jacoby 2008; Worcester 1979; Sweeney 2010, 1998, 1991; entre otros.

también recuperar las distintas versiones al interior de esta historia,⁷ el impacto de la guerra con los apaches en las sociedades fronterizas,⁸ entre otros aspectos.

El tema de los grupos apaches es recurrente en las obras que abordan el pasado de la entidad, del noroeste mexicano en general; sin embargo, pocas obras versaban completamente sobre éste tópico, superando las visiones que reducían la relación entre ambas sociedades a un enfrentamiento permanente, tratando de abordarla en su complejidad. Afortunadamente, en años recientes han surgido investigaciones que ofrecen nuevas interpretaciones en torno a la historia del contacto entre los grupos apaches y sus vecinos, poniendo de manifiesto las relaciones pacíficas, los procesos de intercambio cultural entre ambas sociedades, la idea de una frontera permeable entre estos grupos.⁹

En las últimas décadas, la historiografía nacional ha presenciado el nacimiento de obras que ofrecen estudios que abordan la complejidad de las relaciones entre los grupos nómadas y la población sedentaria del norte mexicano. Así como investigaciones que han dado cuenta de diversos elementos anteriormente desconocidos o ignorados: la composición interétnica de las bandas de “apaches” que asolaban las poblaciones mexicanas y los diversos “usos” de la imagen de la frontera de guerra;¹⁰ las distintas formas en que se concibió, representó y enfrentó la guerra contra los indígenas hostiles, por parte de los españoles y posteriormente los mexicanos;¹¹ diversas medidas tomadas por los mexicanos en el contexto de esta relación;¹² la separación entre las acciones de guerra y el

⁷ Jacoby 2008.

⁸ Alonso, 1997.

⁹ Almada, Contreras, Domínguez y Lorta, 2012; Alonso 1997.

¹⁰ Ortelli, 2007.

¹¹ Rodríguez, 1998.

¹³ Smith

discurso que las legitimaba; las incursiones de los grupos nómadas en general como algo más que un simple ejercicio de rapiña, así como la dimensión cultural del contacto entre los nómadas y la población sedentaria en el norte de México;¹³ las diversas respuestas de los vecinos y autoridades sonorenses a los ataques de los atapascanos;¹⁴ la compleja dinámica y los circuitos de intercambio detrás de las correrías apaches,¹⁵ por mencionar algunos.

A la fase de localización de los materiales bibliográficos ha seguido una etapa de revisión, valoración, análisis y clasificación de los mismos. Uno de los productos de estas actividades ha sido la organización de las obras en cuatro grandes apartados: 1) expertos académicos en el estudio de los grupos atapascanos; 2) autores contemporáneos al conflicto con los grupos apaches; 3) miradas novedosas de autores que van más allá de la reconstrucción histórica, utilizando enfoques distintos a los tradicionales para rescatar diversos aspectos del contacto entre los grupos apaches y sus vecinos; 4) otros escenarios, es un apartado que recupera estudios sobre conflictos similares en otras regiones.

1.1 EXPERTOS ACADÉMICOS EN EL ESTUDIO DE LOS GRUPOS ATAPASCANOS

Buscando conocer a quienes protagonizaron esta historia, abordamos primeramente aquellas obras que se avocan al estudio de diversos aspectos de los grupos de habla atapascana, así como a las diversas modalidades y características de su contacto con otras sociedades, como fue el caso de los pobladores de Sonora.

¹³ Velasco, 1998.

¹⁴ Almada, Lorta, Contreras y reyes, 2013; Almada, Contreras, Domínguez y Lorta, 2012; De León, 2012.

¹⁵ Merrill, 2000.

La historiografía estadounidense sobre el tema tiene una larga tradición, no sólo es numerosa, sino que aborda la cuestión desde distintas perspectivas: histórica, etnográfica, antropológica, centrada en aspectos económicos, sociales, culturales, entre otros. No obstante la diversidad de obras, se han seleccionado dos de estos estudios, por considerarse los de mayor utilidad para los fines de esta investigación.¹⁶

Estos textos nos brindan una plataforma desde la cual acercarnos al entendimiento del “otro”, pues es condición indispensable conocer a los protagonistas de la historia que buscamos reconstruir, para comprender sus pensamientos, motivaciones, actos.

La primera obra es un clásico entre aquellas que reconstruyen la vida de los grupos apaches, *The Apaches Eagles of the Southwest* de Donald Worcester, considerado una autoridad en el tema. Este texto es una obra de referencia obligada para iniciarse en el conocimiento de la historia de estos grupos.

La monumental obra de Worcester brinda una panorámica de la llamada “Apachería”¹⁷ durante un extenso periodo que va desde la época colonial hasta la primera mitad del siglo XX; por tanto, nos sirve de introducción al estudio de los atapascanos. En contraparte, el texto analizado a continuación, está enfocado de manera particular en el grupo Chiricahua y sus cuatro divisiones, durante una etapa corta (en comparación al libro de Worcester) los años que van de 1874 a 1886. Ambos textos se enmarcan en el conjunto de obras “*The Civilization of the American Indian Series*”, ocupando el número 149 y 268 respectivamente.

¹⁶ Por apachería se entiende tanto la totalidad de los grupos apaches, como el territorio donde tienen sus aduares y se desplazan con patrones nómadas, en busca de los recursos proporcionados por la caza y la recolección.

¹⁷ La totalidad de los grupos apaches

Las fuentes utilizadas por Worcester incluyen una amplísima bibliografía, combinada con la consulta de diversos acervos estadounidenses, lo cual le permite reconstruir, la trama histórica de la nación apache, dividiéndola, a modo de piezas de un rompecabezas, en diversos cuadros que se suceden cronológicamente. Hechos y personajes sobresalientes de cada etapa son los ejes en torno a los cuales se estructura cada capítulo, el conjunto de éstos corresponde a la trama histórica, el pasado de los grupos apaches, a la vez que tienen sentido y son comprensibles si se leen de manera individual.

Edwin R. Sweeney, autor estadounidense considerado entre los más destacados en la temática, publica en 2010 lo que él mismo considera la pieza final de una trilogía que inició con *Cochise: Chiricahua Apache Chief*, continuó con *Mangas Coloradas: Chief of the Chiricahua Apaches*, y culmina con *From Cochise to Geronimo. The Chiricahua Apaches 1874-1886*, una obra extraordinaria que recapitula una década especialmente turbulenta y decisiva en la historia de los chiricahuas, desde 1874 tras la muerte del jefe Cochise hasta 1886 año de la rendición de Gerónimo.

Un amplio y variado conjunto de fuentes, mexicanas y estadounidenses, que incluyen bibliografía, documentos de archivo, fuentes orales y hemerográficas constituyen la base de la investigación de Sweeney. En el caso de los archivos consultados encontramos: Archivo del Gobierno del Estado de Sonora, acervos de las universidades de Arizona, Oklahoma, Yale, Texas, Chicago, Oregón y Arizona Historical Society; periódicos estadounidenses así como de los estados de Sonora y Chihuahua. En la bibliografía sobresale la riqueza de las obras consultadas que van desde aquellas escritas por contemporáneos a los hechos que Sweeney narra: Britton Davis, Peter Bourke, Jason

Betzine, la biografía de Gerónimo de S. M. Barret, Nelson Miles, por mencionar algunos.

El enfoque antropológico está representado por varios textos de Morris Opler, autoridad en el tema de los grupos atapascanos,¹⁸ de donde el autor retoma la división de los chiricahuas en cuatro grupos: Chokonen, Nednhi, Bendonkohe y Chihenne. Las investigaciones de autores como Rodolfo Acuña, Tinker Salas y Stuart Voss, sirven para contextualizar la historia narrada por el autor y rescatar el papel jugado por habitantes y autoridades de Sonora y Chihuahua en esta trama. Las nuevas interpretaciones que abordan el contacto entre apaches y sus vecinos desde enfoques distintos a los tradicionales, también son rescatadas por el autor, es el caso de Ana María Alonso quien pone de manifiesto la tradición de guerra con los apaches de los habitantes del noroeste de Chihuahua que los llevó a convertirse en especialistas en violencia, subrayando las relaciones pacíficas y el mestizaje entre estos grupos.

Los aportes de la obra de Sweeney para efectos de esta investigación son numerosos: 1) reconstruye una etapa turbulenta y decisiva en la historia de los chiricahuas y sus relaciones con sus vecinos; 2) ofrece una genealogía del poder al interior de los grupos chiricahuas, enmarcadas en la figura de jefes como Cochise, Mangas Coloradas, Chihuahua, Juh, Victorio, Geronimo; 3) reconstruye las rutas de las incursiones hacia México; 4) señala la importancia de las redes familiares en la organización social de los grupos apaches; 4) brinda un retrato de la vida al interior de las reservaciones apaches; 5) pone de manifiesto la larga cadena de injusticias, traiciones y abusos de los apaches a manos de autoridades y militares estadounidenses; 6) resalta la importancia de la libertad

¹⁸ Varios textos de este mismo autor son retomados por Worcester.

individual al interior de los grupos apaches, pese a la gran influencia alcanzado por alguno líderes sobre su gente; 7) subraya la naturaleza particular de la relación entre chiricahuas y sonorenses, marcada por la desconfianza mutua, la animosidad, un odio manifiesto entre ambos grupos.

Coincidiendo con Worcester señala causas y objetivos diversos tras las incursiones a México: escarmiento y venganza, iniciación de nuevos guerreros, captura de ganado y cautivos, efectos del alcohol y belicosidad de los guerreros apaches, búsqueda de la libertad frente a la dominación del hombre blanco, eran tanto un medio de supervivencia como un imperativo cultural; destaca también la falta de un consenso entre las propias autoridades sobre cómo proceder en relación a los apaches, lo cual agravaba la situación de estos grupos en territorio estadounidense, con consecuencias negativas para Sonora y Chihuahua.

El poder al interior de los grupos apaches es un elemento recurrente en la obra de Sweeney, además de delinejar una genealogía de los líderes chiricahuas más destacados entre los chiricahuas, propone una especie de dualidad, donde cada jefe apache encontró su contraparte en alguna figura relevante en el conjunto de militares estadounidenses encargados de controlarlos. Mientras que para Worcester los líderes apaches no tenían tanto peso como la voluntad individual, Sweeney los ubica como personajes de gran influencia, cuyas decisiones y acciones fueron determinantes para el destino de estos grupos, aunque también repara en la importancia de las decisiones individuales y como en ocasiones estas impactaron el destino de grupos enteros. Propone también que los apaches no eran guerreros por excelencia, sino que fueron forzados por las circunstancias a seguir el camino de las armas en la defensa de su modo de vida; en contraparte, la obra de Worcester nos

habla de los apaches como guerreros nacidos y criados para el combate. Ambos autores transmiten en sus obras su simpatía por estos grupos; reconstruyen el destino adverso de los apaches una vez que fueron desterrados a Florida, bajo el denigrante estatus de prisioneros de guerra; revelan la larga cadena de humillaciones, traiciones, abusos y engaños sufridos por los apaches a manos de aquellos que desde posiciones de poder decidían el destino de los nativo-americanos sin atender a sus necesidades; ubican a los apaches como víctimas de los estadounidenses y a la vez como victimarios de los mexicanos.

Mención aparte merece *Mangas Coloradas. Chief of The Chiricahua Apaches* de Sweeney, obra que tomando como hilo conductor la biografía del célebre jefe Mangas Coloradas, reconstruye las décadas de 1840, 1850 y 1860 durante las cuales tienen lugar eventos decisivos para el destino de los atapascanos: cambios en la zona fronteriza a raíz del tratado de Guadalupe Hidalgo y compra de La Mesilla; consolidación de la presencia de colonos blancos en Arizona y Nuevo México, que trae consigo los fuertes y al ejército estadounidense; política indigenista ambigua que combina relaciones “cordiales”, que toleran e incluso propician los ataques a Sonora, masacres y traiciones¹⁹, que prosigue con la creación del sistema de reservaciones para recluir a los apaches y culmina con la deportación de los atapascanos a Florida bajo es estatus de prisioneros de guerra.

Esta obra aporta valiosos datos para comprender la situación de la guerra apache en el estado durante las décadas mencionadas anteriormente, de gran actividad en cuanto a incursiones en el estado muchas de ellas comandadas por el propio Mangas Coloradas.

¹⁹ El jefe Mangas Coloradas, legendario guerrero que a los sesenta años todavía comandaba a las bandas apaches en sus ataques a México, pronto comprendió que los blancos habían llegado para quedarse y trató de mantenerse en paz con ellos; sin embargo, el mismo fue víctima de esta política ambigua, aprehendido y asesinado a traición por el ejército estadounidense.

Además permite entender las motivaciones personales, el odio y deseo de venganza que el propio jefe profesaba a los sonorenses en particular y que lo llevaron a librarse una guerra a sangre y fuego contra los habitantes del estado. Por el contrario en el estado de Chihuahua se celebraban constantes tratados de paz, los apaches se refugiaban en sus aduanas en esa entidad tras sus ataques a Sonora y ahí se comerciaba abiertamente el ganado sonorense robado. Esta situación propició ataques de tropas integradas por sonorenses a esa jurisdicción donde masacraron a apaches de paz, los atapascanos respondieron con nuevas incursiones aún más sangrientas pues estaban motivadas por la venganza, tras estos ataques los sonorenses respondían nuevamente, así se formó una espiral de violencia y revanchas que caracterizó la relación apaches sonorenses durante la década de 1850.

Todos esos elementos son recatados por Sweeney en esta obra, especialmente en el capítulo nueve *A Cruel War in Sonora*, que reconstruye a detalle la naturaleza de la relación peculiarmente violenta entre apaches y sonorenses, subrayando que las bandas bajo el liderazgo de Mangas Coloradas celebraron tratados con los estadunidenses y las autoridades de Chihuahua, mientras una guerra “a sangre y fuego” se libraba en Sonora, más aún en sus tratos con otros grupos establecían que la tregua no abarcaba a Sonora donde seguirían depredando. Sweeney propone que Mangas Coloradas profesaba un odio personal hacia los sonorenses por lo cual impidió que se celebraran pactos entre bandas de chiricahuas y autoridades mexicanas, aún cuando las negociaciones se llevaron a cabo, el jefe apache influyó sobre sus hermanos de raza para que las paces no se concretaran en suelo sonorense.

Estas obras proporcionan valiosos datos de corte histórico-antropológico que permiten reconstruir la dinámica de la vida al interior de los grupos apaches, comprender mejor sus interacciones con los vecinos, especialmente con los sonorenses; sus obras no se agotan en la descripción o narración de los hechos sino que pasan a la explicación y análisis de los mismos ligando los hechos con pensamientos, ideas y motivaciones.

Enmarcada en una visión más general, *Indian Wars of Mexico, Canada and The United States, 1812-1900* de la autoría del experto en historia militar Bruce Vandervort, ofrece una panorámica de las llamadas “guerras indias” en los actuales territorios de México, Canadá y Estados Unidos,²⁰ prácticamente a lo largo de todo el siglo XIX.

Ubicada en el enfoque de la “nueva historia militar”, que privilegia el lazo con lo social, la obra ofrece un análisis de los enfrentamientos entre grupos culturales distintos por el territorio y los recursos, en un contexto en acelerada transformación. De este texto se retoma el apartado denominado “Conquest of Apachería, 1860-1886”, el cual analiza la situación de los grupos apaches en el suroeste norteamericano y noroeste mexicano.

Al igual que otros autores, Vandervort señala que los grupos apaches fueron de los más difíciles de reducir en el contexto de las “guerras indias” del siglo XIX, debido a varias ya conocidas razones: un excelente conocimiento de su contexto geográfico, sus extraordinarias destrezas como guerreros, así como su habilidad de adaptar a su favor los elementos introducidos por sus vecinos en el campo de batalla.²¹

²⁰ Con énfasis en los Estados Unidos y sus grupos indígenas.

²¹ Tácticas militares, armas como la Colt. 45, el fusil Winchester, aunque señala que nunca abandonaron el arco y la flecha.

El autor reconstruye el caso mexicano para comprender el conflicto con los grupos apaches en el antiguo septentrión novohispano, señala, enmarcándose en el consenso de la historiografía sobre el tema, que las frecuentes incursiones de los llamados “bárbaros” a los actuales estados de Sonora y Chihuahua,²² que señala no tuvieron un carácter cíclico o estacional sino más o menos constante,²³ provocaron que algunas partes del estado se convirtieran en lugares inhabitables, que las actividades económicas se vieran fuertemente afectadas, que las pérdidas humanas, ya fuera por muerte o cautiverio, se convirtieran en el pan de cada día y que “para propósitos prácticos, el norte de Sonora se convirtió en parte de la llamada Apachería” (Vandervort 2006, 194).

Vandervort señala que la endémica falta de recursos, de todo tipo, impidió a los sonorenses hacer frente a los apaches con éxito, lo cual provocó que el exterminio se fuese perfilando como la única solución, y que en la búsqueda de este fin se emplearon estrategias como las gratificaciones por cabelleras y el uso de otros grupos indígenas, como ópatas, pápagos e incluso apaches “de paz” para hacerles frente a sus hermanos hostiles.²⁴

Respecto al papel de los norteamericanos el autor señala que hasta la década de 1860, las relaciones entre apaches y norteamericanos habían sido más o menos cordiales; sin embargo, una serie de traiciones y abusos de parte de éstos últimos, propiciaron la ruptura y el inicio de una guerra a sangre y fuego, protagonizada del lado apache por los jefes Mangas Coloradas, Cochise, Victorio y Gerónimo, que se extendería, de forma

²² Que se incrementaron cuando la política de concentración alrededor de los presidios novohispanos se vino abajo tras la independencia.

²³ A diferencia de lo que proponen autores como William Merrill y Sara Ortelli, para el caso de Nueva Vizcaya.

²⁴ Esta sería, según Vandervort, la estrategia que permitió al ejército norteamericano reducir a los apaches, emplear a sus propios hermanos, los llamados “scouts”, para rastrearlos y combatirlos.

intermitente, durante las décadas de 1870 y 1880, y que culminó hacia 1886 con la “rendición” de Gerónimo y sus bravos.

Vandervort toca el punto de la búsqueda de prestigio personal, por parte de los militares norteamericanos, mediante la guerra a los apaches, elemento que está también presente de lado sonorense. Señala, basándose en estudios que utilizan la fuente oral, la importancia de la venganza como móvil tras los ataques apaches y la afrenta que representaba para ellos la mutilación del cuerpo de un miembro de su grupo.²⁵ Atendiendo a éste último elemento, comprendemos mejor el odio, la violencia y la crueldad presentes en las relaciones con los sonorenses, quienes desde 1835 habían tomado providencias como las llamadas “contratas de sangre” o gratificaciones por el pago de cabelleras apaches, medida que si bien no fue jamás una medida exitosa, siguió en pie hasta el fin del conflicto, en la década de 1880.

Siguiendo el enfoque de la historia militar, el autor señala que los elementos que hicieron posible poner fin al conflicto con los apaches, fueron principalmente dos: 1) el uso de “scouts” apaches para rastrear a sus hermanos de raza, lo cual les quitaba a los rebeldes la ventaja que les daba el mejor conocimiento de la geografía; y 2) la habilidad de Crook para mantenerse constante en la persecución de los “renegados”. La falta de recursos,²⁶ para mantener precisamente esta constancia en la persecución del enemigo, era en gran medida lo que hacía imposible a los sonorenses combatir con éxito a los “bárbaros”.²⁷

²⁵Las incursiones obedecen a distintos fines, son un medio de supervivencia, pero también hay factores culturales detrás de ellas tales como iniciación de guerreros y venganza por la muerte de miembros de estos grupos.

²⁶Especialmente provisiones de boca y guerra.

²⁷Según se percibe en las fuentes primarias.

1.2 AUTORES CONTEMPORÁNEOS SOBRE EL CONFLICTO CON LOS APACHES

Varios de los militares que estuvieron dedicados al control de los grupos apaches,²⁸ desarrollaron profundo respeto y simpatía por ellos, lo cual los motivó a rescatar valiosos datos sobre las actividades cotidianas, tradiciones, costumbres y otros aspectos de la vida de los atapascanos. Estas obras nacen en un contexto de proximidad de los autores con aquellos sobre quienes escriben.

Entre estas obras seleccionamos dos: *On the Border With Crook* de John G. Bourke y *The Truth About Geronimo* escrita por Britton Davis. Estos testimonios escritos a partir de sus memorias, por dos integrantes del ejército norteamericano, nos muestran la visión sobre los apaches de personas que convivieron de forma cotidiana con ellos en las reservaciones y que también participaron de las expediciones a la Sierra Madre en territorio mexicano para perseguir a los apaches hostiles como el célebre Gerónimo, durante la década de 1880. Ambos autores a la par de sus deberes oficiales, se dieron a la tarea de recolectar datos etnográficos sobre los grupos apaches, sus creencias religiosas, modo de vida, su cultura. Un sentimiento de admiración y pena hacia el destino de estos grupos se hace sentir en ambos relatos.

En el texto de Davis, sobresalen las reflexiones ofrecidas por el autor en torno al sistema de reservaciones implementado por el gobierno estadounidense, y cómo lejos de resolver el conflicto con los grupos apaches contribuyó a agravarlo, especialmente para los estados de Sonora y Chihuahua, ya que las condiciones de vida en estos centros eran

²⁸Durante la segunda mitad del siglo XIX, tras la creación del sistema de reservaciones en 1865. Entre ellos podemos mencionar al Capitán Crook, Tenientes Bourke y Davis.

insoportables, además aceptar los lineamientos de esta política de concentración representaba un suicidio cultural para estos grupos.

Por su parte, la obra de Bourke toma como eje la figura del General Crook, encargado de pacificar a los atapascanos en Arizona, así como a los grupos indígenas de otras latitudes. Mientras narra la labor de Crook, va ofreciendo descripciones de los lugares donde los acontecimientos tuvieron lugar, como fue el caso de Arizona y la región fronteriza. Aparejada a la descripción etnográfica de los grupos apaches viene una reconstrucción de sus relaciones con los españoles, los colonos y el ejército en Arizona, así como con la población sonorense, subrayando los graves perjuicios causados con sus incursiones en territorio de la entidad. Para el autor, la reducción de los indios es parte de la evolución de estos grupos, es necesario abandonar el salvajismo para caminar por la senda de la civilización. Bourke destaca la simpatía del general Crook hacia los atapascanos y su preocupación por su bienestar, interés que conservó toda su vida, intercediendo por su regreso a sus tierras cuando fueron desterrados a Florida.

A lo largo de su narración Bourke critica la política indigenista de los Estados Unidos, así como el afán de la sociedad estadounidense por exaltar los errores y las características negativas de los apaches, en un intento por justificar su injusto proceder frente a estos grupos.

Entre las obras de autores que vivieron de primera mano el conflicto con los apaches en la entidad encontramos *Noticias estadísticas del estado de Sonora (1850)* de José Francisco Velasco. Escrita hacia 1850, esta obra nos ofrece un recorrido por la Sonora de aquellos años, poniendo el énfasis en los aspectos económicos y sociales. Dividida en

ocho capítulos alude a diversos tópicos: topografía del estado, algunos aspectos sobre la administración pública, situación de los asuntos religiosos, tribus indígenas, clima, enfermedades presentes en la región, datos poblacionales, estado en que se encuentran los presidios, minería, entre otros. Además de rescatarse para efectos de reconstruir el contexto estatal, se retoma de este texto un apartado que el autor dedica al tema de los apaches cuya finalidad es aportar datos sobre “el carácter, vida, costumbres, hostilidades y demás circunstancias personales y locales que guardan dichos bárbaros” (Velasco 1985, 205). La contribución principal de este escrito es la visión con la que se retrata a los apaches, así como las ideas que en la época se tenían respecto a la forma de vida de los grupos nómadas.

En una línea de autores también contemporáneos al conflicto con los apaches, pero extranjeros, cuya mirada nos permite el contraste con los autores locales, encontramos *Reminiscencias de P.B. Chisem*, las memorias de viaje de un extranjero de nombre Peter B. Chisem que viene en barco a México para trabajar durante la década de 1860, en su obra nos retrata la situación que se vive en el estado para la época y nos deja entrever la complejidad de la relación entre apaches y mexicanos; por una parte, un ambiente de zozobra y temor permanente frente a la amenaza de sus ataques, de sus “correrías de muerte y rapiña”; por la otra, la presencia y aceptación de apaches “mansos” viviendo y trabajando entre los sonorenses. Las fuentes a las que recurre el autor son sus memorias, hechos que le tocó presenciar y los relatos que recoge de los habitantes del estado.

Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua, 1850-1853 son las memorias de John Russell Bartlett, miembro de la comisión de los Estados Unidos para fijar los límites entre México y aquel país, tras la

guerra entre ambos. Esta extensa narración de su viaje, durante tres años, a lo largo de la región fronteriza, describe los lugares que encontró a su paso, habla de los personajes con los que entró en contacto, situaciones de las que participó, así como sus impresiones y opiniones sobre diversos temas y personas. Su objetivo principal fue suministrar una guía de viaje, para que sus experiencias fuesen útiles a viajeros que transitaran por la región. Siguiendo un interés personal Bartlett recopila datos e impresiones sobre los grupos indígenas de la región, entre ellos los apaches; así como sobre la geografía, vegetación y la vida en general en los lugares que visitó.

De esta voluminosa obra la parte que va del capítulo X al XXI, está dedicada a su tránsito e incidentes que tuvieron lugar en el estado de Sonora. El comisionado visita varias poblaciones, entre ellas Janos, Agua Prieta, Fronteras, Arizpe, Ures, Santa Cruz, Magdalena, Hermosillo, Guaymas, por mencionar sólo algunas. Además de ofrecer una descripción de estos lugares y las personas que los habitaban, intentó plasmar sus impresiones mediante ilustraciones a lo largo del texto.

Bartlett recupera elementos que nos permiten imaginar cómo era la vida en la Sonora de aquella época: el clima peligrosamente caluroso, la importancia de las fuentes de agua, el imperativo de la posesión de una buena arma y buena montura. Una constante que percibe en toda la región es el clima de miedo, el temor a los apaches y sus incursiones, así como las consecuencias de éstas: muertes, despoblamiento, carestía y encarecimiento de los víveres, abandono de minas, entre otras. Llega a referirse a la zona fronteriza como un “país infestado por bandas de apaches”.

De su contacto, primero amistoso y después de franco enfrentamiento con los atapascanos, rescata su gusto por el licor, lo que representan para ellos los cautivos, el odio a los mexicanos, especialmente a los sonorenses, por las traiciones que han protagonizado, la idea de los apaches sobre sí mismos como “guerreros” como “bravos”, la búsqueda de venganza por la sangre apache derramada como un imperativo cultural, diversas ideas, costumbres, creencias, leyes no escritas de estos indígenas. También plasma sus impresiones sobre el jefe Mangas Coloradas, reproduce diálogos con miembros del grupo del líder apache, resaltando su inteligencia, así como su elocuencia al exponer y defender sus puntos de vista. Su opinión sobre los apaches es positiva, en términos generales; por el contrario los sonorenses le merecen una opinión negativa, los considera atrasados, flojos, incultos, cobardes, una raza degradada, la excepción son algunos miembros de las clases altas y ciertos militares de alto rango que se encuentran en el estado combatiendo a los apaches.

Pese a que en general presenta una opinión favorable sobre los atapascanos, en ocasiones los señala como seres traicioneros y de inferior inteligencia. A los sonorenses los retrata como “imbéciles”, “pusilánimes” y “cobardes” poseídos por un miedo crónico que les impide pensar claramente a la hora de enfrentarse con los apaches. Rescata el éxito de la utilización de grupos indígenas como los ópatas para combatirlos. En términos generales, nos pinta un cuadro de Sonora para la época y de las ideas que sobre sonorenses, apaches y la situación de la frontera tienen algunos norteamericanos.

Michael James Box, es también un contemporáneo que plasmó sus impresiones durante una travesía de diez años por los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Durango,

California y Arizona, durante la década de 1950. Hombre de armas, ubica a los apaches como el principal obstáculo para el desarrollo del potencial minero del estado de Sonora y propone una guerra de exterminio y el fomento a la emigración como soluciones al conflicto con los apaches en el estado. Una vez solucionado este problema, Sonora podrá explotar al máximo sus recursos, abriéndolos a la inversión norteamericana, cuya influencia sería beneficiosa para el estado.

Destaca en la obra de Box los propósitos propagandísticos, su principal interés es la descripción de los yacimientos de minerales en la región. Al relatar la situación del estado son mención obligada los estragos causados por las incursiones apaches²⁹: falta de población, clima de miedo y zozobra permanente, carestía de alimentos y otros productos, constantes robos de ganado, asesinatos, raptos. Subraya el miedo, la cobardía y la falta de recursos de los sonorenses como obstáculos para resolver el conflicto con los atapascanos, a quienes se refiere constantemente como “salvajes”. Su visión de los sonorenses y mexicanos en general es la de una raza degradada, enfrentados entre sí en constantes luchas civiles; su opinión sobre los apaches es que son salvajes, pero poderosos, mientras que los mexicanos son semi salvajes, pero débiles y cobardes.

Silvestre Mowry, un empresario estadunidense radicado en Arizona, escribió a finales de la década de 1850, una recopilación de información geográfica y estadística sobre el estado de Sonora y el territorio de Arizona que años atrás se había incorporado a los Estados Unidos. Iniciando por una exposición de datos relacionados con la situación de la región para la época, mezclados con algunos datos históricos, Mowry continua

²⁹ Estos indígenas aparecen constantemente en su narración, pues difícilmente puede hablar de minas en la región fronteriza para la época, sin hacer mención de los apaches.

describiendo ciertos grupos indígenas que la habitan como pápagos, pimas, maricopas y por supuesto atapascanos. Sobre estos últimos rescata datos históricos, etnográficos así como su relación con los habitantes de Sonora y Arizona. La intención del autor es exponer el potencial mineral y comercial de la zona, con miras a promover la anexión de Sonora. Sus intereses anexionistas quedan al descubierto cuando afirma que los apaches con sus ataques están acabando con los sonorenses o forzándolos a emigrar preparando a Sonora, para ser anexada sin el problema de la población. Una opinión muy desfavorable sobre los mexicanos y sonorenses es plasmada en su texto, ya que los considera una raza inferior, degradada, más cercana al salvajismo de los apaches que a la civilización representada por la sociedad estadunidense. Ferviente seguidor del destino manifiesto, la constante a lo largo de su obra es la exaltación de las riquezas minerales de Sonora, la incapacidad de sus habitantes para explotar los recursos, y la prerrogativa de los estadunidenses sobre los territorios circundantes.

En este mismo conjunto de contemporáneos se ubican las *Notas sobre Sonora del Capitán Guillet*, que contiene las impresiones sobre la situación del estado y sus habitantes reunidas por un capitán del ejército francés durante la Intervención. Dentro de ellas encontramos un apartado dedicado a los diversos grupos indígenas que habitan en el estado e incluye a los apaches. Los principales aportes que recupero de esta obra son el sentir y las ideas de los habitantes de Sonora sobre los llamados “bárbaros”, así como una mirada sobre la situación del estado y las relaciones entre sonorenses y apaches, por parte de un observador que podríamos llamar “imparcial” pues no pertenece a ninguno de estos dos grupos.

Viaje por Sonora de Alphonse Louis Pinart nos presenta una serie de apuntes sobre la situación de la entidad a finales de la década de 1870, cuando este francés viaja a Sonora con el objetivo de recabar información y obtener documentos sobre la historia del estado. Sobresalen en este texto las descripciones y los datos de corte histórico que el autor proporciona en relación a los lugares que va visitando, así como las constantes alusiones a los apaches y los efectos destructores de la “furia de los bárbaros” en diversas poblaciones del estado.

Obras históricas de Ramón Corral, es un texto que nos proporciona datos de corte histórico sobre el estado durante el mandato de Ignacio Pesqueira y donde se hace presente de manera constante la figura de los apaches. Otro libro de dicho autor titulado *Razas indígenas del estado de Sonora*, cuenta con un apartado dedicado a los grupos apaches, que aunque no son una tribu que habita en el estado, señala que son quienes más influyen en su situación. A lo largo del texto, pone de manifiesto la visión de la clase gobernante en el estado, respecto a los grupos apaches, el papel de los estadounidenses en el conflicto, las acciones del gobierno del estado frente a los apaches. Apoyándose en un recuento de los daños, ocasionados por las incursiones en un lapso de dos años, busca respaldar con datos sus aseveraciones sobre la magnitud de los daños económicos y humanos provocados por los apaches en suelo sonorense. Tanto la obra de Corral, como *Sonora histórico y descriptivo* de F.T. Dávila, son documentos escritos durante las décadas de 1880 y 1890 respectivamente, que nos permiten conocer y recuperar las distintas visiones con que se escribió sobre los grupos apaches y otros grupos indígenas de la entidad. Ambos autores corresponden a la prédica porfirista que va a enunciar el largo sufrimiento de los sonorenses frente a los ataques de los “bárbaros”, enumerar a detalle las características negativas

atribuidas a estos nómadas y argumentan sobre la necesidad de una guerra de exterminio como única solución a sus “depredaciones”. Insertos en la ideología de “orden y progreso”, los dos presentan a los apaches como un obstáculo para el progreso material y moral de la sociedad sonorense.

Del francés Louis Lejeune *La guerra apache en Sonora* es el diario de viaje de un hombre que recorre el estado de Sonora a finales del siglo XIX. Esta obra nos brinda un relato de la presencia apache en ambos lados de la frontera y lo que sus incursiones representaban para el estado de Sonora. En este texto destaca el ambiente de temor, la inseguridad, una especie de “histeria colectiva” que sufren los habitantes de la entidad a causa de los apaches, que pueden atacar en cualquier momento y lugar. Esta obra es, más que nada, una descripción de la situación que presenció durante su viaje a través de un territorio asolado por los apaches.

1.3 NUEVAS INTERPRETACIONES

Dentro de este apartado ubico aquellas obras que buscan ofrecer interpretaciones diferentes, aplicar nuevos enfoques o abordar aspectos que no habían sido estudiados anteriormente, en relación al contacto entre apaches u otros grupos indígenas y la población mestiza en el estado y la región fronteriza.

War of a Thousand Deserts. Indians Raids and the U.S.-Mexican War, la obra de Brian DeLay, ofrece una nueva perspectiva de la guerra entre México y Estados Unidos, como un acontecimiento estrechamente ligado al conflicto entre mexicanos y grupos nativo

americanos como apaches, kiovas, navajos y comanches,³⁰ así como su injerencia en las relaciones México-Estados Unidos y en la conformación de la zona fronteriza. El autor resalta el contexto de transformaciones múltiples, que está presente en el territorio habitado por norteamericanos, mexicanos y grupos indígenas, especialmente en las décadas de 1830 y 1840.

DeLay señala que el artículo XI del Tratado de Guadalupe Hidalgo,³¹ constituyó para él “una pequeña puerta a una gran historia”, pues al analizar este compromiso que el gobierno norteamericano asumía respecto a los grupos indígenas que cruzaban la frontera para “depredar” del lado mexicano, se develó una complicada situación en la que se entrecruzaron los intereses expansionistas de los norteamericanos, la situación de los grupos indígenas en la región fronteriza, y las circunstancias de los mexicanos en el contexto de una nación en construcción, sin recursos para controlar su extensa zona fronteriza y, prácticamente, a merced de sus vecinos, tanto estadounidenses como nativo americanos.³²

A diferencia de lo que proponen autores como Sara Ortelli, el autor señala que la voluminosa documentación que se produjo desde el lado mexicano y norteamericano en relación a los grupos indígenas de la zona fronteriza, es un indicador de la importancia de la presencia de estos grupos en las vidas de los pobladores de la región y de la injerencia que sus acciones tuvieron en la conformación de la región fronteriza, y por ende en la sociedad que la habitaba. El mismo título de la obra, hace alusión a los efectos reales de las

³⁰ Englobados en el discurso de los mexicanos bajo la categoría de “bárbaros”.

³¹ En términos generales, los norteamericanos se comprometían a controlar las incursiones a territorio mexicano y reparar los daños causados por los grupos indígenas que incursionaban a territorio mexicano.

³² Cabe recordar, que tras la Independencia, el sistema de presidios se viene abajo y la nueva nación mexicana, queda prácticamente sin una barrera frente a las amenazas externas.

incursiones, la creación de desiertos artificiales producto de la devastación de los ataques, que cobraban miles de vidas, trastocaban las actividades económicas y lentamente desangraban a los mexicanos, bajo el beneplácito de los estadounidenses, que buscaban expandir su territorio a costa de sus vecinos indígenas y mexicanos.

Elementos centrales en esta obra son: la situación de los grupos nativo americanos de la región fronteriza, que por mérito y necesidad propia, como por la complicidad de los norteamericanos, depredaban la región; la situación que estaban atravesando los mexicanos que les impedía hacerles frente con éxito, así como las consecuencias que de éste lado de la frontera tuvieron los constantes ataques; y los norteamericanos con sus intereses expansionistas, como los grandes invasores, primero del territorio indio y luego mexicano, moviendo los hilos, esperando el momento oportuno, las circunstancias favorables para incrementar su territorio a costa de la sangre de sus vecinos. El autor insiste, coincidiendo con otros, como Rodolfo Acuña y Miguel Tinker Salas,³³ por mencionar algunos, en que los norteamericanos estimularon las incursiones a México, beneficiándose de ellas: obtenían ganado y otros productos a bajos precios, evitaban estos ataques en su territorio, favorecían sus intereses de expansión territorial. En las fuentes primarias, esta sombra expansionista aparece constantemente, el gobierno de Pesqueira en repetidas ocasiones alzó la voz, denunciando ante el gobierno central que intenciones de apropiarse de parte de Sonora se proclamaban a viva voz del lado norteamericano, de parte de personajes importantes en los ámbitos político y económico, como Sylvester Mowry, que despreciaban a los mexicanos y ambicionaban que los apaches despoblaran la región para anexarla a los Estados Unidos sin su población (Tinker Salas 2010, 175).

³³ Obras citadas en la bibliografía que se utilizarán para reconstruir el contexto de la época.

DeLay repara en la importancia del discurso que los norteamericanos y mexicanos construyeron en relación a los grupos nativos americanos y cómo los intereses de aquellas sociedades se expresaban en las imágenes que construyeron de sus vecinos indígenas. Pintando a los nativos como “bárbaros” y “salvajes” los norteamericanos justificaban combatirlos, despojarlos y convertir en una causa noble su reducción, incluso su exterminio. Del lado mexicano, la imagen del “bárbaro” también justificó terribles actos de crueldad y traiciones.

En el apartado “Barbarous cruelty that I cannot even speak off: The Discourse of War”, se aborda el uso del lenguaje y las categorías que mexicanos y estadounidenses utilizaron para referirse a los grupos indígenas y calificar sus acciones, mismas que dejaron entrever la mentalidad de estas sociedades y que sirvieron como argumento para las acciones que tomaron frente a los grupos nativos. DeLay señala que del lado norteamericano, la relación se cifró en un discurso de tipo racial dicotómico: blancos e indios, así que era más sencillo unir fuerzas contra la amenaza india, por ser el enemigo común. Del lado mexicano fue más complicado, pues sus pobladores eran blancos, mestizos e indígenas, así que no podían utilizar estos polos raciales, y cifraron su discurso en otros elementos retóricos, como la idea de la defensa del honor, la vergüenza y la humillación de ser constantemente atacados por los “bárbaros”. Las vívidas descripciones de los terribles actos cometidos por los atacantes indígenas, también jugaron un papel en exacerbar el odio contra estos grupos e incrementaron los niveles de violencia, pues al “bárbaro” sólo podía combatírsele mediante actos de barbarie.

Thread of Blood de Ana María Alonso es una obra que combina enfoque antropológico, etnográfico, histórico, de género y trabajo de campo para rescatar la tradición oral. Entre sus fuentes encontramos la fuente oral, acervos de México y Estados Unidos, testimonios de contemporáneos a los hechos y periódicos. La obra reconstruye la historia de lucha de los habitantes de la zona serrana en Chihuahua contra los apaches, el impacto de la tradición de guerra en las distintas dimensiones de estas sociedades, como la memoria colectiva y la identidad. En este estudio, que abarca desde el periodo colonial hasta 1920, la dimensión local es contrastada con la dimensión macro: el proceso de construcción del Estado-nación y la identidad nacional. Analiza también las formas de resistencia de los serranos frente a las transformaciones impulsadas por el gobierno de Porfirio Díaz y cómo al iniciarse la Revolución, la tradición de frontera de guerra determinó el papel que estos hombres jugaron en el movimiento.

Alonso analiza el vínculo entre memoria e identidad, como la memoria de los años de guerra contra los apaches marcaron la identidad de los habitantes de la frontera. Propone la frontera como espacio límite entre civilización y barbarie, pero también como zona permeable y de intercambios entre apaches y mexicanos. Para la autora, la experiencia de guerra propició la construcción de una imagen de los apaches ligada a ideas de残酷, sed de sangre y naturaleza bárbara, plantea que estas mismas experiencias impactaron la formación de las sociedades norteñas, su identidad, formas de organización e ideología y lo ejemplifica con el caso de los habitantes de Namiquipa en Chihuahua. Considero que para el caso sonorense ocurrió de manera similar: se construyó una imagen del apache ligada a ideas parecidas, ésta marcó el discurso que se construyó sobre ellos y determinó las formas en que los sonorenses les hicieron frente.

Mientras que autores como Worcester y Sweeney entrelazan en su narración lo que sucede en el ámbito local y lo que acontece a nivel nacional, Alonso presenta por separado las dimensiones macro y micro, primero nos ofrece una mirada a lo que sucede en Namiquipa, en la zona fronteriza; posteriormente analiza el proceso de construcción del Estado, de una identidad nacional y cómo estos procesos macro impactaron en lo local.

Shadows at Dawn. A Borderlands Massacre and the Violence of History de Karl Jacoby, utilizando entre sus fuentes la historia oral, periódicos de la época, memorias escritas por los participantes y una amplia bibliografía, reconstruye un choque de culturas: la masacre de Camp Grant.³⁴ El autor acompaña esta reconstrucción con un retrato de las motivaciones de los grupos involucrados: apaches, estadounidenses, mexicanos y Tohono O'odham, a la vez que rescata la compleja dinámica de la vida en la zona fronteriza, en el llamado “salvaje Oeste”.

La obra analiza, por separado, las motivaciones de los involucrados, las distintas formas en que el hecho fue preservado o suprimido en la memoria de los participantes, así como la imagen que de los apaches tenían sus vecinos y que los motivaban a actuar de determinada forma frente a ellos. Al abordarlo desde la visión de cada grupo, el autor nos recuerda que existen varios lados de una misma historia.

Jacoby retoma elementos de la etnohistoria y la antropología, acuña el término “enemigos íntimos” para abarcar la complejidad de las relaciones entre mexicanos y

³⁴ La masacre de Camp Grant ocurrió el 30 de abril de 1871, en el Cañón Aravaipa, cerca de la frontera México-Estados Unidos. Más de cien apaches, hombres, mujeres y niños acampaban cerca de la base militar conocida como Camp Grant. Al amanecer de ese día, un grupo de hombres armados, estadounidenses, mexico-americanos y págaros atacaron el campamento. El saldo fue de 144 apaches muertos, la mayoría mujeres y niños, en un ataque que duró poco más de treinta minutos.

apaches, adversarios ferores que conviven en un mismo espacio y mantienen relaciones pacíficas a la par de las violentas. Otro aporte significativo de la obra de Jacoby es que rescata el papel de los pápagos en este conflicto, lo cual es importante para los fines de esta investigación ya que el gobierno de Pesqueira se alió con ellos, en varias ocasiones, para combatir a los apaches.

Trama de una guerra conveniente: “Apaches”, infidentes y abigeos en Nueva Vizcaya en el siglo XVIII de Sara Ortelli es una obra que cuestiona las afirmaciones de la historiografía tradicional sobre la llamada “guerra apache”. Utilizando fuentes distintas a las que tradicionalmente se consultan para investigaciones sobre la temática, como aquellas producidas desde la administración, logra retratar la complejidad del contacto entre los grupos apaches y la población de la Nueva Vizcaya. La autora cuestiona el impacto real de los ataques y daños atribuidos a los “bárbaros”, destacando la verdadera composición étnica de las bandas y grupos de infidentes compuestos, en muchas ocasiones, por miembros de las propias poblaciones atacadas. Lo anterior, enmarcado en la propuesta de que la guerra contra los apaches en la Nueva Vizcaya del siglo XVIII fue un fenómeno sobredimensionado, avalado por un discurso que no reflejaba cabalmente la realidad y que la historiografía sobre el tema se ha encargado de repetir.

Ortelli propone que desde los documentos oficiales se pintaba un panorama desolador provocado por las incursiones de los “bárbaros”³⁵ y que bajo la categoría de “apaches” se designaba a una diversidad de individuos que actuaban al margen de la ley. A partir de la revisión de documentos que hacen referencia al delito de abigeato, la autora

³⁵ Esto con fines económicos y políticos.

devela el origen pluriétnico de las bandas que cometían estos ilícitos que en reiteradas ocasiones se atribuían a los apaches. De aquí concluye que tras la figura del “enemigo externo” se escondía el “ladrón dentro de casa” citando a un personaje de la época. Más aún, existían redes de robo y circulación de animales en las que estaban implicadas autoridades y pueblos enteros. Retomando el ejemplo de investigaciones para el caso argentino, señala la manipulación de situaciones que escondían detrás el lucrativo negocio del robo de ganado, situación que se presentó en territorio argentino y que Ortelli plantea también tuvo lugar en la Nueva Vizcaya.

Pieza clave en esta obra es el abordaje de las diversas motivaciones tras el discurso de la “guerra”, que las autoridades y otros personajes se dieron a la tarea de alimentar, buscando obtener provecho. Coinciendo con otros autores,³⁶ recupera la idea de una retórica de la guerra asociada al peligro de los apaches, un discurso que presenta una amenaza magnificada, por los notables de la región, para mantener un estado de cosas que los beneficiaba, conservar su autonomía del poder central, gozar de diversas exenciones y utilizar a los indios hostiles capturados como mano de obra.

La autora advierte sobre el peligro de no aplicar una correcta crítica a las fuentes administrativas y producidas por los contemporáneos, pues pueden llevarnos a reproducir discursos alejados de la realidad, simplificando el pasado de las regiones del norte mexicano. Remarca también la importancia de ubicar este tipo de fenómenos en un proceso más amplio, para no caer en este error Ortelli se da a la tarea de revisar tres niveles de información: documentos provenientes de España dirigidos al Rey o Ministro de Indias,

³⁶ Velasco 2001; Rodríguez 1998; Aboites 1991.

registros ubicados en el centro de la Nueva España y documentos existentes en repositorios locales de Durango y Chihuahua.

La obra concluye cuestionando la historiografía tradicional que ha señalado la tradición de guerra con los apaches como un eje medular de la historia del norte colonial, así como la influencia que la experiencia de la frontera de guerra tuvo en la conformación de las sociedades de esta región.³⁷

“Enemigos encubiertos”: bandas pluriétnicas y estado de alerta en la frontera sonorense a finales del siglo XVIII de José Refugio de la Torre Curiel, propone una idea de guerra, más que la existencia real de una guerra generalizada y permanente en la frontera sonorense contra grupos indígenas problemáticos como apaches y seris. Coincidiendo con lo propuesto por Sara Ortelli, plantea que ambos términos sufrieron una reelaboración semántica para incluir a aquellos individuos que decidían vivir al margen de la sociedad colonial. En palabras del propio autor, el artículo tiene como objetivo “revisar la pertinencia de las explicaciones convencionales sobre dos problemas relacionados con la precariedad de las formas de poblamiento en la frontera sonorense durante la segunda mitad del siglo XVIII: los ataques en contra de las poblaciones españolas por parte de supuestas bandas de apaches y seris, y el estado de guerra generalizado y permanente en contra de estos grupos”.

Enmarcado dentro de un proyecto que busca reconstruir y ofrecer nuevas interpretaciones sobre las respuestas de la población sonorense a los ataques apaches, encontramos el artículo titulado *El papel de los vecinos del Distrito de Moctezuma, Sonora*

³⁷ Tal como lo proponen autores como Ana María Alonso.

en la campaña de Crawford, 1885-1886. Un punto de inflexión en las respuestas a las incursiones apaches de Almada, Lorta, Domínguez y Contreras. Tomando como eje el llamado incidente “Crawford” o “Teópar”, los autores nos ofrecen una nueva mirada sobre el contacto e interacción entre la población sonorense y los apaches, sobresaliendo aportes como: a) la existencia de un “contacto hormiga” permanente entre miembros de ambos grupos con fines de intercambio de bienes y cautivos, b) las modificaciones experimentadas durante el periodo 1855-1886 tanto en el actuar de los apaches que tienen contacto con los sonorenses, como en las variadas respuestas de la población de la entidad, c) las estrategias del ejército norteamericano en el combate a los apaches, d) los cambios en el contexto estatal, nacional e internacional que se están registrando e impactan la interacción entre atapascanos y sonorenses.

Producto de este mismo proyecto, el artículo *Casos de despueble de asentamientos atribuidos a apaches en Sonora, 1852-1883. Un acercamiento a los efectos de las incursiones apaches en la población de vecinos*, tiene como objetivos identificar diversas respuestas de población y autoridades sonorenses a los ataques apaches, revalorar la existencia de la llamada guerra apache, como un conflicto de facto o un fenómeno sobredimensionado para mantener un status quo,³⁸ así como abordar prácticas desarrolladas por la población como estrategias de defensa y combate, mismas que se incorporarían a los usos y costumbres de la población, como fue el caso de la llamada “saca”,³⁹ entre otros.

Los resultados de este trabajo de investigación confirman la existencia de un conflicto real entre atapascanos, específicamente chiricahuas, y la población de Sonora, el

³⁸ Como lo ha propuesto Ortelli para el caso de Nueva Vizcaya.

³⁹ Práctica abordada en diversos trabajos por el Dr. Ignacio Almada Bay, citados en las fuentes secundarias.

cual tuvo efectos similares a los de una prolongada guerra: caída demográfica, afectación de las actividades económicas debido a los constantes robos de ganado y la inseguridad, desintegración de familias y abandono de asentamientos. Lo anterior refuerza la idea de la existencia de una frontera de guerra, no sólo en el discurso de las autoridades, sino en la realidad.

Este artículo retoma algunos elementos que impidieron a los sonorenses combatir exitosamente a los apaches tales como una geografía que los atapascanos no sólo conocían a la perfección, sino que les favorecía;⁴⁰ estar el enemigo mejor armado, montado y municionado que los pobladores de la entidad; la indiferencia y en ocasiones descarada complicidad de civiles y autoridades norteamericanas con los chiricahuas; la existencia de un círculo vicioso de violencia, traiciones y cruelezas de la que participan apaches y sonorenses, que pintó con tonos distintos el conflicto apache en la entidad y el vecino estado de Chihuahua.

Esta investigación expone el despueblo de asentamientos como estrategia de defensa de los sonorenses frente al enemigo, mismo que se daba en tres modalidades: despueblo parcial, planteamiento de despueblo y despueblo total, devela la dinámica mediante la cual se llevan a cabo y aborda el papel central de las redes familiares en este contexto de conflicto.

Como lo han propuesto autores como Jacoby y Velasco, la coexistencia de estos actores en un mismo territorio, dio por resultado que se aprendiera a dormir junto al

⁴⁰ Los autores ponen énfasis en el papel determinante jugado por la geografía en el conflicto: el uso de los valles longitudinales, las serranías, los refugios en la Sierra Madre Occidental, que sirven como vías de escape, corredores de entrada y salida, lugares estratégicos desde los cuales desprenderse para atacar y a donde volver con seguridad.

enemigo, se vivía al lado de él, con todo lo que eso conlleva; esta convivencia cotidiana posibilitó no sólo un excelente conocimiento del otro, sino la existencia de relaciones distintas a las violentas entre estas sociedades enfrentadas, por lo menos en el discurso de la época.⁴¹

Estrategias de organización y recomposición de las familias de la frontera durante la Guerra Apache, Sonora, 1852-1872, es la tesis de Maestría de Amparo Angélica Reyes Gutiérrez. La autora además de reconstruir el contexto de conflicto con los apaches en la entidad durante el período señalado, explora la dinámica de funcionamiento y las estrategias adoptadas por las familias asentadas en los distritos afectados por las incursiones apaches, para hacerles frente y sobrevivir en un entorno de violencia y ataques constantes, donde la pérdida de algún miembro a manos de los apaches era el pan de cada día. Reyes Gutiérrez nos invita a reflexionar sobre cómo impactaba el ambiente de enfrentamiento constante en el ámbito privado, en la cotidianidad de las familias sonorenses y qué estrategias emplearon para sobrevivir y hacer frente a esta situación.

La autora recupera la idea de los vecinos como los encargados de llevar a cabo las labores de defensa en la entidad,⁴² esta situación, aunada a las constantes incursiones ocasionaba la pérdida constante de miembros en las familias sonorenses, principalmente hombres. Para este contexto, reconstruye las estrategias que permitieron a los grupos familiares permanecer en el territorio y organizarse para su defensa. Señala que en esta

⁴¹ Jacoby propone el término “enemigos íntimos” para referirse a esta convivencia cotidiana entre los apaches y sus vecinos mexicanos.

⁴² Reyes señala que como las labores de defensa recaían, de una forma u otra, sobre los distintos miembros de la familia, se daban relaciones menos jerárquicas al interior del grupo familiar, en comparación con otros contextos. La importancia de la rápida reconstrucción de una familia que perdió algunos miembros en un ataque llevaba, por ejemplo a sustituir al esposo fallecido con un cuñado u otro pariente, estas prácticas y el tener que vivir en un entorno de violencia cotidiana, dieron por resultado pautas morales más “relajadas” en comparación con otros contextos.

frontera de guerra, instituciones como la Iglesia o el Estado no tuvieron una presencia fuerte, por lo que recaía en la familia la función de formadora de los individuos. Eran también las familias las encargadas de producir y aportar los recursos para la guerra, tales como alimento y hombres.

El modelo familiar tradicional no fue el único presente en territorio sonorense, la endogamia era un elemento común, así como la presencia de diversos individuos al interior de un grupo familiar: padre, madre, hijos biológicos, hijos de crianza, personas sin parentesco consanguíneo, cautivos apaches o miembros de otros grupos incorporados como sirvientes. En este contexto de guerra era determinante la rapidez y flexibilidad del grupo familiar para sobreponerse a las pérdidas y “reemplazar” a los miembros perdidos, ya que constantemente se daba el caso de que en un mismo ataque se perdieran varios miembros, por ejemplo todos los hijos o ambos padres. Emerge aquí el papel importante desempeñado por el compadrazgo y las personas célibes para que se diera un proceso de reconstrucción de forma rápida.

Reyes nos ilustra con ejemplos específicos, la respuesta social a la llamada “guerra apache”, ya que las familias desarrollaron diversos métodos para resistir y sobrevivir en este contexto de conflicto; lo anterior lo ilustra con datos demográficos y reconstruye algunos grupos familiares para exemplificar como se daban los procesos de reorganización y reconstrucción tras las pérdidas de sus miembros.

1.4 OTROS ESCENARIOS

En este apartado se incluyen los textos que pese a centrarse en lugares distintos al estado de Sonora, nos aportan elementos que pueden extrapolarse al caso sonorense, que son útiles para hacer comparaciones y ubicar semejanzas y diferencias, y a la vez nos permiten formar un panorama general de la naturaleza y las diversas manifestaciones del contacto entre la población mestiza y los grupos indígenas nómadas a lo largo de la zona fronteriza.

Cuauhtémoc Velasco en *La amenaza comanche en la frontera mexicana. 1800-1841*, ofrece un estudio sobre la presencia de los comanches en la frontera mexicana y su interacción con la población de la región. Velasco apunta que las incursiones de los indios nómadas fueron expresiones del choque entre grupos culturales y sociales distintos, inmersos en complicados procesos de cambio que estaban teniendo lugar en el espacio donde cohabitaban: la zona fronteriza. El autor repara en el simbolismo, la violencia y el temor asociados a las incursiones de los nómadas y cómo estos elementos influyeron en la conformación de una imagen del nómada como el “bárbaro”, el “salvaje”, el “enemigo irreductible”, imagen que determinó la forma en que españoles y mexicanos les hicieron frente.

Del mismo autor, *Nuestros obstinados enemigos: ideas e imágenes de los indios nómadas en la frontera noreste mexicana, 1821-1840* aborda los calificativos degradantes como “bárbaros”, “salvajes”, “indios enemigos”, empleados en el discurso de los mexicanos para hacer referencia a los indígenas nómadas y seminómadas que incursionaban en sus asentamientos, tales como apaches y comanches. Estos discursos

tenían detrás una serie de ideas, negativas, de cómo eran estos indígenas y cómo había que enfrentarlos. Entre los aportes de este artículo encontramos una caracterización de los autores de dicho discurso de guerra y los intereses particulares detrás de él.

En *La economía política de las correrías: Nueva Vizcaya al final de la época colonial*, William Merrill nos ofrece un análisis de las motivaciones detrás de los ataques de los nómadas en la provincia de Nueva Vizcaya. Explica la existencia de circuitos de intercambio entre grupos indígenas para los bienes obtenidos por los apaches en los asentamientos españoles. El autor repara en las diversas necesidades económicas, sociales y culturales que se satisfacían mediante estos circuitos de intercambio. Propone que esta red de comercio se dividía en tres conjuntos de actividades: 1) la procuración de básicamente tres categorías de bienes ganado, botín y cautivos, 2) el almacenaje, que consistía en mantener a salvo el botín hasta su intercambio, tomando una parte para el autoconsumo y, 3) la entrega en una red de intercambio que abarcaba los ámbitos local, regional y suprarregional.

La importancia del discurso que los sedentarios construyeron respecto a los nómadas, cómo este sirvió de estrategia para enfrentarlos y justificar la guerra que se libró contra ellos, así como la separación entre acciones de guerra y el discurso que las sustentaba y legitimaba, son elementos presentes en *La guerra entre bárbaros y civilizados*.

El exterminio del nómada en Coahuila, 1840-1880 de Martha Rodríguez. En este texto, articulado en torno a dos elementos: las formas que tomó la guerra entre la población de Coahuila y grupos indígenas hostiles, así como el exterminio de estos últimos, la autora

aborda el contacto entre la población de Coahuila y grupos indígenas problemáticos,⁴³ retratando las diversas tácticas empleadas por unos y otros al momento de enfrentarse; recupera también el carácter “local” de las acciones tomadas por los mexicanos para hacer frente a las incursiones y cómo en un momento determinado los ataques se transforman en expresiones de la defensa del modo de vida de estos grupos étnicos.

En el artículo *Poder político y “bárbaros” en Chihuahua hacia 1845*, Luis Aboites Aguilar explora las diversas respuestas de la población de Chihuahua a las incursiones de los nómadas a sus poblados, reparando en la incapacidad de las autoridades locales, estatales y nacionales para enfrentarlos exitosamente. Aboites comparte la idea de la utilización de la amenaza india como un argumento recurrente en el discurso político de la época y propone ubicar, en la misma línea que Alonso, el “problema indio” en “el contexto de un proceso histórico más amplio que tiene que ver con la conformación del Estado y el territorio” (Aboites 1991, 32).

⁴³ apaches y comanches

II. MARCO TEÓRICO METODOLÓGICO

El conflicto protagonizado por apaches y sonorenses fue un enfrentamiento cultural, justificado desde el discurso de los sonorenses del siglo XIX en la dicotomía “barbarie-civilización”. Es conveniente recordar que esta situación tuvo lugar en una zona de frontera, y que ésta, para españoles y posteriormente mestizos, era concebida como un espacio límite entre la condición de “bárbaro” y civilizado. Dicha oposición yace en la base de las relaciones entre estos grupos, que quedaron plasmadas en el discurso. Cabe señalar que cuando hablamos de un choque cultural no nos referimos a un sencillo contraste de costumbres o ideas, sino a un enfrentamiento de fondo que involucra todo el ser de una sociedad (Velasco 2001, 162).

Si pretendemos develar algunas dimensiones del ser de una sociedad o grupo social, mediante el análisis del discurso que produjo, descifrando los significados que tales palabras tuvieron para las sociedades del pasado, es conveniente optar por el enfoque de la Historia Cultural que “pone el énfasis en los resultados, en los productos de las maneras de pensar” (Gallego 1996, 184).

Peter Burke señalaba que la Historia Cultural nos permite ir más allá de la literalidad, buscando lo que subyace: los significados. En la misma línea Roger Chartier señala que la Historia Cultural se ocupa del estudio de las representaciones y los imaginarios junto con el de las prácticas sociales que los producen. En épocas recientes, este enfoque se ha nutrido de los aportes de la antropología histórica y de las herramientas del estructuralismo, en su interés por capturar la alteridad, por abordar los encuentros y

desencuentros culturales, las representaciones, los significados, los procesos de construcción del “nosotros” frente al “otro”.

2.1 LA PROPUESTA TEÓRICO-CONCEPTUAL DE LOS IMAGINARIOS SOCIALES

Este proyecto retoma la propuesta teórico-conceptual de los Imaginarios Sociales, desarrollada a partir del psicoanálisis y la filosofía por Cornelius Castoriadis. Encaminada a conseguir una nueva inteligibilidad sobre la naturaleza de los fenómenos sociales e históricos (Fressard 2006, 1), esta propuesta se inserta en un contexto de crítica al marxismo como modelo fallido de interpretación de los fenómenos de la sociedad contemporánea.

El error del marxismo y otras corrientes consistía en someter el mundo, a los hombres, su historia y destino a unas leyes de antemano determinadas. A través de su trabajo, Castoriadis llegó a una comprensión de lo social y de la historia fundada no en la lógica reductora del determinismo causal, sino en la potencia del hacer y el actuar de las colectividades humanas que crean instituciones que dan sentido a lo que son (Castoriadis 2011,13). Esto es la capacidad auto instituyente de la sociedad.

Según Castoriadis Occidente ha puesto a la razón en un pedestal, desdeñando lo que tiene que ver con la imaginación, con el componente irracional. Para Castoriadis, lo racional y no racional están constantemente cruzados en la realidad histórica y social y este cruce es precisamente la condición de la acción (Castoriadis 1983, 136). Para comprender

la propuesta de Castoriadis, conviene prescindir del marco de pensamiento de la ontología occidental y de su visión estática de lo real, para poder definir al imaginario desde el horizonte de la creatividad psicosocial, creatividad que anima todo proyecto intersubjetivo de vida y su objetivación e institucionalización bajo esquemas colectivos de percepción y orientación de la acción (Sánchez 2004, 247). El pensamiento de Castoriadis revalora el componente imaginario como potencia, como impulso creador, transformador. Se da así un redescubrimiento de la razón humana conceptualizada de una manera rigurosa en toda su radicalidad y en su doble dimensión, colectiva e individual (Castoriadis 1996, 2).

La institución imaginaria de la sociedad es la obra en la que Castoriadis desarrolla sus elucidaciones sobre el campo de lo histórico-social y propone las nociones de *imaginario social, sociedad instituida y sociedad instituyente, significaciones imaginario sociales, institución, magma*; así como la idea de la auto institución imaginaria de la sociedad y de la historia como creación (Castoriadis 1996 2).⁴⁴ Al mismo tiempo, critica las explicaciones de la historia y la sociedad que tratan de someterla a ciertas leyes, que la presentan como algo ya determinado.

Castoriadis va en contra de los determinismos y el reduccionismo, para él no puede hablarse de un tipo invariable de motivación fundamental en los hombres. Los tipos de motivación (y los valores correspondientes que polarizan y orientan la vida de los hombres) son creaciones sociales, cada cultura instituye unos valores que le son propios y adiestra a los individuos en función de ellos. Es la cultura en la que se crece la que enseña a los hombres lo que se necesita (Castoriadis 1983, 44).

⁴⁴ Continuaría desarrollando estas ideas en obras posteriores, hasta su muerte en el año 1997.

A continuación se desarrollan los principales conceptos de la propuesta de éste filósofo griego, que se retoman para los fines de esta investigación.

2.2 IMAGINARIO SOCIAL

Esta expresión acuñada por Castoriadis designa el mundo singular creado y recreado por una sociedad como su mundo propio. Es creación de cada época histórica, su manera singular de vivir, de ver, de hacer su propia existencia, su mundo, sus propias relaciones, establecer distinciones correlativas a lo que vale y no vale, entre lo que se debe y no se debe hacer (Castoriadis 1983, 252).

Se entiende aquí lo imaginario “no como imagen de, sino como creación incesante e indeterminada de figuras, formas e imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de “alguna cosa”. Lo que llamamos “realidad” y “racionalidad” son obras de ello” (Castoriadis 1993, 29). Estas creaciones permiten dar respuesta a interrogantes fundamentales del hombre en sociedad, mediante las cuales construye su identidad: quiénes somos, qué somos para los demás, entre otras (Álvarez, Álvarez, Facuse 2002, 146-147).

El imaginario no es un simple reflejo de la realidad o una deformación de ésta, sino el resultado de una actividad constante de organización mental de la misma, una clave de orientación y, a la vez, un principio regulador de conductas.

Siguiendo a Castoriadis, Zulema Trejo señala que “el imaginario social es una red simbólica de significaciones imaginario sociales que subyacen al entramado social, en estas significaciones se conjugan elementos simbólicos nuevos y viejos. Dichas significaciones

se instituyen, es decir se hacen perceptibles a través de las instituciones, sobre todo por medio de una institución universalmente compartida: el lenguaje” (Trejo 2013, 9).

Los imaginarios tienen que ver con la dimensión diacrónica, de ahí que en ellos se conjuguen los tres tiempos, son producto de lo histórico social, es decir se van reconfigurando a medida que nuevos acontecimientos históricos son incorporados al cúmulo de representaciones, significaciones, imágenes compartidas al interior de una sociedad. De igual manera, los imaginarios sólo pueden ser recuperados en la larga duración, pues sólo ahí se hacen evidentes.⁴⁵

Patricia Guerrero De la Llata señala que “los imaginarios sociales producen conductas que tienen que ver con los valores, los gustos, los ideales. El imaginario social se instala en las distintas instituciones que componen la sociedad, para poder actuar. Es la idea que regula conductas y uno de sus elementos fundamentales es la representación de la realidad a través de signos, palabras, discursos” (Guerrero 2011, 54).

El discurso sobre los grupos apaches, se generó a partir del imaginario de sus autores y en él se manifestó dicho imaginario; por tanto, éste está permeado por las ideas, valores, creencias de la sociedad sonorense. No sólo el discurso, sino las acciones tomadas en relación a los grupos apaches,⁴⁶ tiene como trasfondo el imaginario social de la época.⁴⁷ A partir de éste último, los sonorenses ubicaron a los apaches en una categoría “bárbaros” y a sí mismos en otra “civilizados” y definieron su proceder en relación a los “otros”.

⁴⁵ Este proyecto se centra en una etapa histórica particular; sin embargo para reconstruir el imaginario es necesario hacer una revisión de las fuentes para etapas anteriores y posteriores, pues éste se hace evidente en la dimensión diacrónica.

⁴⁶ De las cuales se da cuenta o a las cuales se incita mediante dicho discurso.

⁴⁷ Ya que el imaginario está presente tanto en lo que se dice como en lo que se hace.

2.3 INSTITUCIÓN

Institución es una red simbólica socialmente sancionada, formal o informalmente, de reglas y dispositivos, que encarnan las significaciones imaginarias de la sociedad considerada. En esta red simbólica se combina un componente funcional y un componente imaginario (Castoriadis 1983, 227-228). Que son socialmente sancionadas significa que de no cumplirse el grupo muestra su rechazo implícita o explícitamente, ejemplos de ellas son la religión, la propiedad privada, las leyes o costumbres. Las *instituciones* del imaginario social pueden entenderse como el cúmulo de concepciones y representaciones de la realidad, de las distintas sociedades, plasmada sobre la misma, que se van conformando por diversos factores históricos lo que les confiere rasgos cambiantes (Donjuan, Enríquez, Padilla y Trejo 2010, 22).

En palabras de Castoriadis, la *institución* primera de la sociedad es el hecho de que la sociedad se crea a sí misma como sociedad, y se crea dándose instituciones animadas por significaciones sociales específicas de cada sociedad. Las *instituciones* no se reducen a lo simbólico, pero sólo pueden existir en lo simbólico y constituyen, cada una, una red simbólica. Una determinada organización de la economía, un sistema de derecho, una religión, existen socialmente como sistemas simbólicos sancionados (Castoriadis 1993, 38). Señala también que los hombres son fragmentos totales, es decir que encarnan, el núcleo esencial de las *instituciones* y de las *significaciones imaginario sociales* de su sociedad (Castoriadis 1997, 4).

De Castoriadis se desprende que la *institución* es necesaria por dos razones: porque se refiere a lo específico de cada sociedad por oposición al orden natural de las cosas y

porque constituyen a los hombres en tanto no pueden existir fuera de la comunidad política (Cabrera 2010, 12). Las *instituciones* prevalecen a través de la coerción y las sanciones...a través de la adhesión, el apoyo, el consenso, la legitimidad, la creencia (Castoriadis 1986, 4). La institución de la sociedad implica el establecimiento de leyes, no sólo jurídicas, sino maneras obligatorias de percibir y concebir el mundo social y “físico” y maneras obligatorias de actuar en él (Sánchez 2004, 247), el incumplimiento de estas normas está sancionado jurídica o socialmente.

La función característica de las *instituciones* es la descarga-exoneración de las motivaciones subjetivas y de las decisiones frente a determinadas decisiones y programas de acción...cada cultura extrae de la multiplicidad de posibles modos de conducta ciertas variables y las exige en modelos conductuales, aprobados por la sociedad y obligatorios para todos los individuos que la componen (Verjat 2004, 201).

Las *instituciones* son los signos perceptibles del *imaginario social*. Para comprender una *sociedad* es necesario el análisis de sus *instituciones*, pues la descripción y análisis de una *sociedad* es descripción y análisis de sus *instituciones* (Castoriadis 1989, 73). Por tanto, “es a través de las instituciones que las significaciones imaginario sociales se hacen perceptibles, especialmente mediante una institución universalmente compartida: el lenguaje”, la sociedad simboliza la realidad que vive a través del lenguaje y estas representaciones quedan plasmadas en el discurso (Trejo 2013, 10-14).

2.4 SIGNIFICACIONES IMAGINARIO SOCIALES

Las *significaciones imaginario sociales* son una red de significados que conforman el *magma de las significaciones imaginario sociales*, las cuales son creadas por la sociedad e incorporadas a ella, por ejemplo: los espíritus, Dios, la nación, el Estado, el dinero (Castoriadis 1986, 5). Estas significaciones crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo; conforman la psique de los individuos.⁴⁸ Crean así una representación del mundo, incluida la sociedad misma y su lugar en ese mundo (Castoriadis 1997, 9). No es sino en relación a estas significaciones que podemos comprender las elecciones hechas por una sociedad. En el caso de los sonorenses, civilización y barbarie, la idea de progreso, exterminio⁴⁹ son ejemplos de significaciones imaginario sociales que forman parte del imaginario social presente en el discurso del gobierno sonorense. No podemos verlas, pero podemos percibir sus manifestaciones en lo empírico, pues se hacen presentes en su discurso.

Las *instituciones y las significaciones imaginarias sociales* de cada sociedad son creaciones libres e inmotivadas del colectivo anónimo, a la vez son creaciones con restricciones externas (hábitat natural), internas (provienen de la psique), históricas (pasado y tradición) y las restricciones intrínsecas (coherentes y completas) (Castoriadis 1997, 6-8). La sociedad es una quasi totalidad cohesionada por las *instituciones* y por las *significaciones* que estas *instituciones* encarnan (Castoriadis 1986, 3). De acuerdo con sus normas, la sociedad produce individuos que, no son sólo capaces, sino que están obligados

⁴⁸ Castoriadis señala que el rol de las significaciones imaginario sociales es proveer de sentido a la psique singular, es necesario que ésta encuentre un sentido en lo que la sociedad le propone y le impone como significación, como roles sociales (Castoriadis 1996, 13-14)

⁴⁹ Que los apaches impiden con sus ataques.

a reproducir la sociedad que los engendró. Castoriadis señala que cada hombre es un fragmento de la sociedad de origen, que siempre está ahí. Señala también que los hombres son fragmentos totales, es decir que encarnan, el núcleo esencial de las *instituciones* y de las *significaciones imaginario sociales* de su sociedad (Castoriadis 1997, 4). Apaches y sonorenses pertenecen a una u otra sociedad en la medida en que encarnan las significaciones imaginario sociales de sus sociedades respectivas, en la medida en que ellos son esas significaciones, caminando, trabajando, bebiendo, incursionando, defendiéndose, etc.⁵⁰ Son estas significaciones las que enfrentan o permiten el entendimiento entre dos o más grupos (Trejo 2013).

Las significaciones imaginario sociales son las que dotan de sentido al mundo natural que está ahí y permiten la transformación de un hecho natural, introduciendo la dimensión simbólica, por ejemplo el hecho natural de ser macho o hembra, se transforma en significación imaginario social de ser hombre o mujer (Ibíd. 108). El hecho natural de ser atapascano o sonorense, se transforma en la significación imaginario social de ser bárbaro o civilizado.

Zulema Trejo habla de la socialización como una significación imaginario social, presente tanto en la sociedad mestiza del estado de Sonora, como en el imaginario de los grupos indígenas, un elemento en común entre ambos grupos (Trejo 2013). Tanto sonorenses como apaches viven en sociedad, en grupo, y son productos de esas sociedades, ya que la socialización es una historia de imposición de un modo de ser que la sociedad realiza sobre la psique y que esta última jamás podría hacer surgir de sí misma y que

⁵⁰ Tal como lo propone Castoriadis.

fabrica, crea, el individuo social (Castoriadis 1989, 220). La socialización también puede ser entendida como la implantación en el individuo de los valores sociales, que se constituyen en guía para la acción. De ahí que los hombres son fragmentos totales, es decir que encarnan, el núcleo esencial de las *instituciones* y de las *significaciones imaginario sociales* de su sociedad (Castoriadis 1997, 4).

Otros conceptos necesarios para acercarnos a nuestro objeto de estudio, son otredad y mismidad, fronteras simbólicas y discurso, mismos que se desarrollan a continuación.

2.5 OTREDAD Y MISMIDAD

La antropología es la disciplina que ha profundizado en la tensión entre *otredad* y *mismidad*. El enfrentamiento entre ambas parecería tener una connotación exclusivamente negativa; sin embargo, influye positivamente en el proceso de construcción de la propia identidad, al reforzar el sentimiento de pertenencia al grupo. Desde un sentido antropológico se ubica la tensión *mismidad-otredad* como bisagra constituyente de la construcción de lo social (Colombani 2008, 3). Como mejor puede ser entendido el mundo es en términos de conflictos y contrastes entre categorías opuestas, incluso el orden no puede ser entendido sin el caos (Verjat 2004, 201), no podríamos entender a los sonorenses de la segunda mitad del siglo XIX sino en relación a los grupos indígenas “problemáticos”.

La *mismidad*, consolida la construcción y conservación de la tradición y la transmisión de la memoria tanto individual como colectiva, y constituye el paradigma de las formas en que se expresa o se nos atribuyen las notas de una determinada identidad. La

otredad, en cambio, dibuja un escenario complejo; su territorio incluye los modos de entrar en relación, visualizar, calificar o descalificar a los otros hombres que difieren en sus aspectos físicos exteriores, en sus costumbres y en algunas formas de construir sus identidades (Colombani 2008, 3-5).

Otredad y *mismidad* son categorías que cobran capital importancia cuando abordamos un conflicto que involucra a grupos que consideraban sus formas de vida como antagónicas: nómadas y sedentarios, civilizados y bárbaros, población mestiza y grupos indígenas, apaches y sonorenses. Tanto las acciones como el discurso resultantes de este enfrentamiento se cimentaron en la dicotomía barbarie-civilización, que podemos traducir como “nosotros” frente a los “otros”, *otredad* frente a *mismidad*.

Lo diferente suele ser aquello que atenta contra lo mismo-idéntico, y es por ello que su presencia genera un intenso juego de problematización, que tiene como base un sentimiento de temor. La *otredad* se construye desde dentro de nuestro tejido identitario, pues construirlo se convoca a una mirada interpretativa, a un gesto de traducción que sólo puede darse desde la *mismidad*, en base a las imágenes, a los significados compartidos, que son guía para la acción (Colombani 2008, 3-5).

Colombani señala que la *mismidad* construye la familiar consideración autorreferencial de la humanidad, está ligada a la hegemonía; la *otredad* interpone la duda de la no humanidad, o de una humanidad disminuida, de una racionalidad ausente o mínima; se trata siempre de cierta forma de la anormalidad, de la extrañeza, que rompe las certezas que lo mismo otorga como base para toda construcción identitaria (Colombani

2008). La duda sobre la humanidad del otro, pero la certeza de su diferencia y, por tanto, su peligrosidad, lo arroja a los márgenes de la civilización y lo designa como *bárbaro*.

La *otredad* en el contexto de dos sociedades enfrentadas, es por supuesto un elemento con connotaciones negativas. Su presencia suele desplegar sentimientos como la violencia y el odio⁵¹, pues toma la forma de una amenaza portadora de la diferencia que no encaja en el orden habitual, donde habita la semejanza, escapa a los límites aceptables que la mismidad construye para garantizar sus certezas (Colombani 2008, 6). Mismidad y otredad se encaran en la frontera barbarie-civilización.

Pese a que ambos pertenecen al ámbito de la otredad, existen diferencias entre el otro cercano y el otro lejano. El otro cercano es aquel que pertenece a otra sociedad, a otra cultura, pero que comparte en mayor medida elementos en común con el grupo desde donde su otredad se está definiendo. Tal sería el caso de sonorenses y habitantes de otros estados, incluso los norteamericanos a quienes los sonorenses tenían mucho que reprochar por su participación en el conflicto con los apaches, pero a quienes nunca definieron como “bárbaros”, sino que los ubicaron en categorías, semejantes a aquellas donde se colocaron ellos mismos, en una relación, aunque problemática, de igual a igual, de par antropológico. En las obras que dan cuenta de la guerra apache en el estado, escritas por observadores estadounidenses contemporáneos al conflicto, se caracteriza a los sonorenses como una raza inferior, degradada, serían los otros cercanos, mientras que los apaches se conciben como salvajes, son la otredad lejana.

⁵¹ El odio entendido según la concepción de Sartre, como la “proyección de un mundo donde el otro no existe”

Por el contrario, el otro lejano es tan ininteligible, que ni siquiera estamos seguros que pertenezca al género humano, de que forme parte de una colectividad verdaderamente humana (Olábarri 1996, 166-168). Entran en esta categoría el “bárbaro”, el “infiel”, el “salvaje”, el “hombre inferior”, por ejemplo el indio americano para los europeos y, más tarde, los grupos indígenas problemáticos, el indio irredimible, el nómada, para la sociedad mestiza y para los blancos.

El indígena hostil, irredimible, es ese otro lejano que se construye como una idea del mal, del enemigo, sinónimo de atraso e impedimento para el progreso de la sociedad, es un degenerador de la especie, del orden social. (Taub 2008, 54-56). El indígena representa la otredad negativa, pero no el indígena en general, sino el indígena rebelde, aquel que se opone al proyecto liberal de la sociedad mestiza, al proyecto de construcción del Estado-Nación, tal sería el caso de los apaches.

Según Taub, a través de los discursos se construye a ese otro de manera negativa, el indio fronterizo se convierte en la idea del mal, del enemigo y la frontera en el lugar donde neutralizar a estos “indeseables”.

Los indios fronterizos, como los atapascanos fueron definidos como bárbaros por oposición a los indios reducidos, los blancos y mestizos. Siguiendo a Foucault, el *bárbaro* es alguien que no se caracteriza, que no se comprende ni puede definirse sino con respecto a una civilización, fuera de la cual se encuentra. “No hay *bárbaro* sin una civilización a la que combate, desprecia, y con respecto a la cual está en una relación de guerra y hostilidad permanente. El *bárbaro* es el hombre que invade las fronteras de los Estados, que penetra, incendia y destruye una civilización” El *bárbaro* se apodera, se apropiá, ejerce la rapiña; su

relación de propiedad siempre es secundaria, pues se apropiaba de lo que previamente perteneció a otros (Foucault 2008, 181). Tal es el caso de las incursiones de los apaches a Sonora para apoderarse de los bienes de los pobladores, actividades que desde el lado sonorense se ubicaron como vil “rapiña”, pero hay que considerar que la identidad de los apaches se nutría de la acción de apoderarse de los bienes de los demás mediante la fuerza, para probar su superioridad sobre los otros, enfrentándolos, venciéndolos y tomando como botín sus bienes.

Es importante atender a las imágenes que los sonorenses construyeron sobre los apaches, pues estas determinaron la forma en que actuaron frente a ellos, ya que actuamos frente al otro en función de cómo lo concebimos y de cómo nos concebimos a nosotros mismos. En el discurso del gobierno estatal sobre la guerra apache confluyen la figura del apache como el “bárbaro” y la imagen del nosotros como los civilizados, mediante recursos discursivos se levantan las fronteras simbólicas que separan a la otredad y buscan cohesionar a los sonorenses para combatirla pues representa un peligro para el orden de cosas establecido.

2.6 FRONTERAS SIMBÓLICAS

En el discurso liberal del siglo XIX, la idea de la frontera como un espacio donde se libraba una lucha entre civilización y barbarie fue un elemento recurrente. En el espacio fronterizo no sólo se disputaban los límites de la nación o el territorio, sino que se enfrentaban ideas, imágenes, representaciones e imaginarios. Podemos interpretar estos

límites como fronteras simbólicas, entendidas como zonas de contacto entre imaginarios, universos de sentido y representaciones del mundo distintas (Rizo y Romeu 2006).

Para el caso que nos ocupa, no sólo un límite geográfico dividía el espacio donde se ubicaban apaches y sonorenses. La separación cultural entre estos grupos, entre *otredad* y *mismidad*, entre identidad y diferencia, constituía en sí misma un espacio limítrofe. Esta otra frontera tiene que ver con lo simbólico, con los significados, con las categorías que se utilizan al interior de un grupo para ubicar las cosas, con los límites que desde la propia identidad impiden compartir los significados de vida de otros y con otros, hablamos de una *frontera simbólica*.⁵²

Estas fronteras se refieren a las regiones limítrofes contenidas en las representaciones de los sujetos y grupos sociales. Esta idea de frontera como espacios sociales altamente complejos y cruzados por múltiples vectores es una herramienta teórico-metodológica para entender cómo se construye el sentido de lo propio y lo ajeno, del nosotros y de los otros (Rizo y Romeu 2006, 40). Para Rizo y Romeu, no puede hablarse de identidad sin antes identificar la alteridad u otredad, pues para que exista la identidad deben estar identificadas las fronteras con los otros; por tanto no puede existir lo propio sin lo ajeno, lo familiar sin lo desconocido, la otredad sin la mismidad, la civilización sin la barbarie.

Zulema Trejo propone que las fronteras simbólicas son “espacios intangibles de convergencia, en los cuales dos o más colectividades conviven de forma intermitente,

⁵² El concepto de fronteras simbólicas repara en ellas como bisagras que articulan espacios de lo propio y lo ajeno. Este planteamiento está directamente relacionado con los conceptos de *otredad* y *mismidad* (Rizo García y Romeu Aldaya 2006).

convivencia que genera acuerdos, conflictos, consensos y rupturas...” son espacios de negociación, ruptura, intercambio, conflicto, acuerdos. Al igual que los imaginarios sociales, las fronteras simbólicas son intangibles pero no imperceptibles, se hacen presentes y son susceptibles de analizarse en el lenguaje (Trejo 2013, 7).

Otredad y mismidad se encuentran y se encaran en las *fronteras simbólicas*, entendidas como un límite mental o imaginario más que real o físico, debido al ordenamiento y/o reordenamiento a las que se somete a las dimensiones de la vida: el tiempo y el espacio, los comportamientos y las acciones, los deseos, las aspiraciones y las frustraciones (Rizo y Romeu 2006, 38). Las fronteras simbólicas también son espacios de convergencia en los que se encuentran las significaciones imaginario sociales, punto de encuentro de imaginarios sociales de distintas colectividades (Trejo 2004, 9-10).

Cabe señalar, siguiendo a Rizo y Romeu, que las fronteras simbólicas no son de ningún modo fijas o estáticas, por el contrario son cambiantes, móviles, permeables, poseen una infinita capacidad de cambio, de modificación permanente (Rizo y Romeu 2006). Por lo anterior no son sólo lugares de desencuentro y conflicto con la diferencia, sino también de intercambio, de negociación. Si atendemos a esto comprenderemos mejor como apaches y sonorenses viven enfrentados y a la vez interactúan de formas no violentas, se influyen mutuamente, se da el mestizaje, incluso miembros de un grupo pueden adaptarse, aprender el lenguaje y vivir entre sus “enemigos”. Entendemos también como las civilizados se “barbarizaron”, adoptando prácticas de los bárbaros, como la guerra de guerrillas, el scalping, entre otros; y como los bárbaros adquirieron elementos de sus vecinos “civilizados” como la silla de montar, prendas de vestir, entre otros.

2.7 DISCURSO

Los elementos que tejen la red de los imaginarios sociales pueden identificarse en el discurso, al ubicar aquellos términos o palabras cargadas de un valor significativo especial. Esto debido a que los discursos, el lenguaje y la comunicación entre las personas poseen dimensiones intrínsecamente cognitivas, emocionales, sociales, políticas, culturales e históricas (Van Dijk 1999, 24). En el discurso se conjugan todas estas dimensiones, inherentes al ser social.

El discurso, como proceso de simbolización que pone en tránsito relaciones de poder, rompe con las concepciones que ven en el lenguaje un simple reflejo, para investirlo como dimensión constituyente de las realidades sociales (Serna Dimas 2006, 28). Los imaginarios y las representaciones se develan cuando las palabras se despojan de su investidura literal y emergen los significados, cuando podemos acceder, mediante el análisis de lo dicho a lo no dicho explícitamente, pero presente en el discurso.

El poder, es un elemento siempre presente en el discurso. “El discurso no es un lugar donde la subjetividad pura surge, es un espacio de posiciones y funciones diferenciadas para los sujetos”, dice Foucault en *La arqueología del saber*. El aspecto subjetivo que permea el discurso no depende exclusivamente de su autor, pues el discurso es más bien el reflejo de todo el ordenamiento de la sociedad que le está dando origen. Las prácticas discursivas, obedecen a reglas específicas que subyacen a la formación del discurso y que excluyen, prohíben, distinguen y, dividen mediante él, lo que es real de lo

que no, lo que es propio y ajeno, lo que está bien y mal, lo que es aceptable e inaceptable (Bernstein y Díaz 1984, *passim* 1-5), la otredad de la mismidad.

Para ser cabalmente comprendido, el discurso apela a la memoria social, “a las creencias que poseemos en común con otros miembros del mismo grupo o cultura” (Van Dijk 1999, 186). El discurso producido en relación a los apaches asumía que la sociedad sonorense coincidía en el conocimiento de la historia del conflicto con los apaches, así como en una opinión común sobre el modo en que había que enfrentarlos, el discurso apelaba a significaciones imaginario sociales compartidas y a hechos históricos significativos para todos, con el propósito de cohesionar a la sociedad sonorense para enfrentar al enemigo, justificar acciones del gobierno estatal, formar una opinión y definir la postura frente a los otros, legitimar la guerra apache y manifestar la necesidad de la activa participación de los vecinos en ella.

El discurso sobre los grupos apaches desplegó toda una caracterización de estos grupos, contenía múltiples argumento sobre las dificultades para enfrentarlos exitosamente y llegaba a la conclusión de que era necesario aniquilarlos. El discurso formó, según Cuauhtémoc Velasco, una especie de “rezo colectivo” encaminado a conseguir ciertos fines, pues el discurso constituye una forma de acción social (Van Dijk 1999, 25).

El discurso siempre va precedido de una intencionalidad. Las influencias ideológicas, políticas y hasta religiosas, se vieron proyectadas a través de un discurso fuerte e insistente marcado por la experiencia de clase de los propios productores de aquellos textos (Velasco 2001, 170-171). En el caso de los apaches hay que tener presente que el discurso fue producido desde la administración, con diversas intenciones: animar a la

población a enfrentar a los bárbaros, representar el conflicto frente a las instancias de poder nacional, entre otras. Por lo anterior, debemos tener en cuenta las diversas intenciones que pudieran estar presentes detrás del discurso sobre los grupos apaches⁵³.

Si asumimos que el discurso sobre estos nómadas, puede aportar elementos para comprender el proceso de construcción de identidad de la sociedad sonorense, en relación a la figura de los *bárbaros*, cabe aquí preguntarnos ¿cómo se relaciona el discurso con la construcción de la identidad mediante la tensión *otredad-mismidad*? La primera estrategia para la construcción de la figura del otro es su representación discursiva, reducir su diferencia a una imagen conocida. Aquí se ponen de manifiesto las *fronteras simbólicas*,

Las palabras, transmisoras y constructoras de subjetividades, son un medio para transmitir ideología entremezclada con los elementos subjetivos, que pueden transportar aspectos como sentimientos de odio. Entonces las palabras, puede constituirse en fronteras y límites simbólicos, de forma que se tornan en barrera, en fronteras simbólicas que unen la *mismidad* y separan de la *otredad*, pues constituyen aquellas imágenes, formas discursivas, acciones, pensamientos, y sentimientos, que son una barrera imaginaria levantada en torno a “los otros”.⁵⁴

Hay que tener presente que el discurso es una construcción detrás de la cual hay una intención, una práctica social de producción/clasificación de significados. Como señalaba Foucault el discurso es una práctica discursiva, que forma sistemáticamente los objetos de los que habla (Foucault 1997, 81). En este sentido la figura del apache, del *bárbaro*, del enemigo externo, siempre presente e irreductible, se fue formando en y mediante el

⁵³ Cabe señalar que tal discurso tenía eco en la población porque hacía referencia a una realidad vivida de forma cotidiana por los pobladores del estado, apelaba a una experiencia común de lucha contra los apaches.

⁵⁴ Paniagua Arguedas 2006, 2.

discurso. Ahora, esta figura se fue nutriendo de elementos nuevos con el paso del tiempo y fue cambiando conforme nuevas experiencias históricas se integraron en el imaginario de los sonorenses.

El discurso puede ser considerado, no como un conjunto de significados relacionados con representaciones o referentes estáticos sino como una práctica social de producción/clasificación de significados, o una práctica que sistemáticamente forma los objetos de los cuales habla (Bernstein y Díaz 1984, 1-3) y, podríamos añadir, que también los re-forma, los va modificando. El discurso es una práctica social que implica imaginarios, por tanto el imaginario es susceptible de detectarse en un texto, considerando que éste es un legitimador de un modelo de pensamiento y una forma de acción (Guerrero 2011, 43).

Si somos capaces de influenciar la mentalidad de la gente, mediante el discurso, podemos controlar indirectamente sus acciones (Van Dijk 1999, 25). Por tanto, aquellos grupos que controlan el discurso, controlan las acciones de los demás. En el discurso de los sonorenses se insiste en la peligrosidad de los “bárbaros”, en la inminencia de sus ataques, y se llega a la conclusión de que la única solución es su exterminio, y que como el gobierno de la nación no responde a las súplicas de ayuda, son los propios sonorenses, con sus recursos, quienes deben hacer frente a los apaches. El discurso institucional busca orientar a los receptores hacia posiciones ideológicas y cursos de acción deseados, a la vez que difundir una imagen del “bárbaro” apache, el enemigo externo.

2.8 ASPECTOS METODOLÓGICOS

El objetivo principal de esta investigación es analizar y comprender el imaginario social que subyace al discurso del gobierno sonorense sobre el conflicto con los apaches en el estado durante el período 1867-1876. Para lo anterior, es menester localizar los elementos presentes en el discurso del gobierno sonorense, que permitan hacer visible en lo empírico dicho imaginario, ya que es mediante el lenguaje que podemos acceder a él. En este contexto, el discurso ocupa un papel central y es necesario establecer las características del mismo, determinar con qué objetivos se construyó y cómo influyó en la trama de la relación entre sonorenses y grupos apaches.

La metodología a seguir en el curso de esta investigación es una metodología cualitativa, centrada en un análisis hermenéutico de las fuentes del discurso producido por el gobierno sonorense en relación a los grupos apaches. Entendemos por éstas el cúmulo de documentos generados por el gobierno sonorense, en relación a los grupos apaches: leyes y decretos, correspondencia entre autoridades, publicaciones en el *Diario Oficial*, sesiones en el Congreso, entre otros. Pese a la gran cantidad de estos vestigios que han llegado hasta nosotros, privilegiamos el uso del Diario Oficial de la época: *La Estrella de Occidente*, por ser el órgano de difusión del discurso administrativo; y por tanto, mecanismo de reproducción de imágenes, de figuras construidas tanto de *nosotros* como de los *otros*, de *nuestras* verdades y valores, por oposición a las de los *otros*; un medio de reproducción del imaginario social.

Se utilizará el análisis hermenéutico para acercarse a las fuentes localizadas, siguiendo principalmente los planteamientos de Hans Georg Gadamer, que otorgan al

lenguaje un papel central. “No hay un mundo sino una pluralidad de mundos, tantos como lenguajes, la vía de acceso a esos mundos es el lenguaje, un mundo es siempre una comprensión, un universo simbólico que hay que comprender e interpretar” (Lanceros 2004, 24). La hermenéutica, el lenguaje, son los caminos para adentrarnos al mundo de los sonorenses en la segunda mitad del siglo XIX, para acceder a su imaginario social, para comprender, interpretar y encontrar el sentido de sus palabras y de sus acciones.

El método hermenéutico nos permite acceder a los hombres y sus mundos, los sistemas simbólicos, mundos reales imaginariamente constituidos.⁵⁵ Comprender esos mundos no sólo amplía nuestro conocimiento, sino que nos permite retornar a nosotros mismos con una mirada diferente (Lanceros 2004, 26). Buscamos que el diálogo sea la concreción de la comprensión, en aras de la correcta interpretación, para ello es menester salir de sí mismo, pensar con el otro y volver a sí mismo como otro.

Gadamer propone un círculo de la comprensión, el que quiere comprender un texto "tiene que estar el principio supuesto a dejarse decir algo por él. Una conciencia formada hermenéuticamente tiene que mostrarse receptiva desde el principio para la alteridad del texto. Pero esta receptividad no presupone ni «neutralidad» frente a las cosas ni tampoco auto cancelación, sino que incluye una matizada in-corporación de las propias opiniones previas y prejuicios" (Gadamer 1998, 170). Hay que acercarse con mente abierta al texto, dejarse hablar por él, pero también con actitud crítica, desde nuestros saberes previos.

El lenguaje y la tradición histórica articulan la experiencia humana de comprensión presentada bajo la forma de diálogo entre intérprete y texto, entre la parte y el todo, entre

⁵⁵ Como lo propone Castoriadis.

tiempo e historia en una fusión de horizontes de sentidos —mediación, integración— como red de inteligibilidad para la comprensión, (Vergara 2008, 156)

La historia cultural, enfoque a utilizar en esta investigación, conjuga el análisis del discurso con la narrativa y presta especial atención a las representaciones y prácticas sociales. Es decir al estudio de los grupos y su representación del mundo. La historia cultural, en palabras de Peter Burke, busca ir más allá de la literalidad, buscando lo que subyace, los significados. En este caso particular se pretende reconstruir el discurso del gobierno sonorense sobre la guerra apache en el estado, analizarlo e identificar los elementos presentes en él, que nos permitan reconstruir el imaginario social de la época, es decir los significados que subyacen en él.

Los pasos a seguir son básicamente la localización, recopilación y crítica de las fuentes, lo que permitirá obtener la información necesaria para llevar a cabo los fines de este proyecto de investigación; para lo anterior se trabajará con las fuentes primarias ubicadas en archivos como AGES, Universidad de Arizona, Colección Leyes y Decretos del estado de Sonora y Documentos para la historia de Sonora ubicadas en la Universidad de Sonora; así como bibliografía localizada en diversas bibliotecas. Se consultará también la base de datos producto del proyecto *Respuestas de la población general y de las autoridades locales del Estado de Sonora a las incursiones apaches, 1853-1898*, dirigido por el Dr. Ignacio Almada Bay.

En cuanto a las técnicas de investigación a utilizar en este proyecto, serán básicamente el análisis documental, historiográfico y hermenéutico de las fuentes primarias y secundarias localizadas. Al momento de llevar a cabo este análisis, especialmente con las

fuentes primarias, y siguiendo a Caroline Cunill hay que tener en cuenta que las fuentes nos dan a conocer los eventos que permiten reconstruir el pasado, pero no debemos olvidar que estos “hechos” ya son el fruto de una construcción, dado que sólo se conocen por los discursos en que son narrados. Al centrarnos en los discursos que se encuentran en las fuentes administrativas, hay que tener en cuenta que fueron elaboradas con una intencionalidad determinada por circunstancias históricas (Cunill 2010).

En la misma línea Álvarez, Álvarez y Facuse proponen que los discursos son representaciones del mundo real y que existe una separación entre el mundo enunciado en ellos y el mundo empírico. Lo que se nos presenta por medio del lenguaje no son los hechos reales, sino una representación construida de ellos. No se trata de negar la relación entre discurso y realidad, sino de rechazar una relación de transparencia entre discurso y hechos empíricos (Álvarez, Álvarez y Facuse 2002). Es importante reparar en estos señalamientos al momento de acercarnos a las fuentes primarias.

En este mismo sentido Cuauhtémoc Velasco propone tener en cuenta las características tanto de estos documentos como de quienes los produjeron, los significados tras las palabras y términos utilizados para describir a los nómadas y sus acciones. Según señala en *La historia de los nómadas y sus fuentes* se trata de un discurso descalificador, repetitivo, orientador y cargado de una visión racista y discriminatoria, en el que se traslucen las influencias religiosas, políticas e ideológicas de sus autores.

En ocasiones estos discursos simplificaban las realidades étnicas, como es el caso del discurso sobre los apaches que los presenta como ladrones, asesinos, “bárbaros”, cuyas incursiones sólo son una manifestación de su barbarie, su salvajismo. Señalamientos como: “esta plaga funesta que desde hace veinticinco años asesina, roba y destruye sin que haya

sido posible purgar de ella al estado”, “los apaches se han desparramado en los diversos distritos del estado cometiendo depredaciones, plagios y asesinatos”, “la ganadería sigue siendo la actividad más golpeada por el destructor latrocinio de las tribus salvajes”⁵⁶ estas expresiones aparecen en el discurso del gobierno de la entidad, sin ahondar mucho en la variedad de motivaciones tras las incursiones de los nómadas a territorio sonorense. Dichas aseveraciones nos permiten acceder al imaginario de los sonorenses de la época.

Para validar la hipótesis y alcanzar el objetivo principal de este proyecto, se tomará como unidad de análisis al gobierno sonorense durante el mandato de Ignacio Pesqueira 1867-1876; específicamente el discurso del gobierno sonorense durante esta etapa. Las unidades de observación serán básicamente, las publicaciones sobre este tópico en el Diario Oficial de la época *La Estrella de Occidente*. Se eligieron este tipo de documentos teniendo en consideración que “sólo es posible dar con y dar cuenta de los imaginarios sociales en y a través de la materialización discursiva de esos imaginarios en textos concretos” (Gómez 2001, 198).

En estos documentos se buscará superar la literalidad y encontrar los significados, como propone el enfoque de la historia cultural; así como llevar a cabo la “ fusión de horizontes” que plantea Gadamer para lograr la comprensión del texto, para aprehender su sentido. Para acercarme a las fuentes me apoyaré en diversos conceptos, por ejemplo, el concepto de *instituciones*, tomado de Cornelius Castoriadis, entendidas como aquellos lugares donde se encarnan las *significaciones imaginario-sociales*, que tejen la red del

⁵⁶ Archivo del Gobierno del Estado de Sonora, Fondo Ejecutivo, tomo 83, expediente 8. Informe del Gobernador Ignacio Pesqueira al Congreso 16 noviembre 1870. Documentos para la Historia de Sonora, primera serie, tomo VII, 1867-1869, doc. 197-201.

imaginario social. Interpreto *significaciones imaginario sociales* como términos o palabras recurrentes en el discurso sobre los apaches, que están cargadas de un valor significativo especial,⁵⁷ por tanto buscaré ligar los símbolos con sus significados. Estos elementos presentes en el discurso serán los que me ayudarán a reconstruir el imaginario social de la época sobre los grupos apaches.

⁵⁷ Por ejemplo: guerra apache, civilización, bárbaros, y otras.

Capítulo III. Trama histórica de la relación entre apaches y sonorenses, 1830-1870

Para reconstruir los imaginarios sociales sobre la guerra apache en Sonora, es menester tomar como punto de partida, el contacto entre estas sociedades. A partir de ahí, mediante las palabras que dieron cuenta de su interacción, accederemos al imaginario que sobre estos “otros” tenía el gobierno sonorense. Con base en lo anterior, el objetivo de este capítulo es ofrecer una panorámica de la trama histórica del contacto entre sonorenses y apaches, durante buena parte del siglo XIX, con el propósito de conocer los hechos concretos que contribuyeron a erigir fronteras simbólicas entre estos grupos, a construir discursivamente al “otro”, así como a moldear y modificar los imaginarios sociales que se hacen presentes en el discurso del gobierno sonorense sobre los apaches.

Es importante mencionar que los sonorenses no formaron un bloque monolítico frente a los grupos atapascanos, no actuaron, pensaron o escribieron sobre ellos como una unidad. Tampoco fueron grupos permanentemente enfrentados; el conflicto entre estas sociedades fue intermitente, combinó periodos de paz y de guerra; la relación entre atapascanos y sonorenses conllevó intercambios de todo tipo entre sus miembros: hechos de armas, relaciones comerciales, negociaciones para el rescate de cautivos, mestizaje, intentos de acuerdos de paz, entre otros, pues la frontera física y simbólica que los dividía era porosa y móvil.

La periodización de este capítulo, inicia con el nacimiento de Sonora como entidad independiente en 1831 y tiene su otro extremo en la década de 1870, pues sus años finales atestiguan la gradual pérdida de poder y eventual caída de Ignacio Pesqueira. Siendo el

discurso sobre el conflicto con los apaches producido durante su gobierno, uno de los ejes en torno a los cuales gira esta investigación, su separación del poder da lugar al surgimiento de una nueva élite dirigente que producirá su propio discurso en el que se manifestarán sus intereses, su imaginario, sus representaciones, constituyendo por si mismo otro objeto de estudio.

El periodo de nuestro interés son los años que van de 1867 a 1876; sin embargo, se recuperan los acontecimientos históricos acaecidos en las décadas anteriores para comprender mejor cómo se ha llegado al estado de cosas que se vive en la entidad en el lapso que nos ocupa; es decir, que hechos históricos dieron lugar a la guerra apache y a la vez contribuyendo a formar y reformar el imaginario de los sonorenses que se hace presenten el discurso del gobierno estatal.

3.1 Los grupos atapascanos

Los Nnee, Tinneh o Inde (“hombres”, “seres humanos” o “gente”) fueron una constelación de diversos grupos étnicos unidos por elementos lingüísticos y culturales comunes. Genéricamente conocidos como apaches por españoles y mexicanos, hoy se denominan atapascanos según criterios lingüísticos.⁵⁸ Con base en éstos se han clasificado en siete grandes segmentos: Jicarillas, Lipanes y Kiowa-Apaches que conforman la división del este; mientras que Navajos, Mescaleros, Western-Apaches y Chiricahuas se ubicaron en

⁵⁸Apache sería la corrupción del zuñi *apachú* que significa enemigo (Ortelli 2007, 87); bajo este apelativo, españoles y mexicanos agruparon a una vasta constelación de distintas comunidades. Cada comunidad, considerada por sus miembros el centro del mundo, poseían conexiones con los otros grupos. Las fuentes primarias y secundarias que cubren a estos grupos bajo el apelativo de “apaches”, impiden apreciar la diversidad que los ha caracterizado a lo largo de su historia (Jacoby 144, 146).

la división oeste. Estos grupos continuaban fragmentándose, por ejemplo los chiricahua se dividieron en cuatro bandas: Chihenes, Bedonkohe, Chokonens y Nednhis, que a su vez volvían a fraccionarse. “Los atapascanos conformaban una vasta galaxia de grupos y bandas con características lingüísticas y culturales comunes diseminados en la región fronteriza”. Los más cercanos a la población sonorense fueron los Western apache que vivían al norte de Tucson y, sobre todo, los Chiricahuas que habitaban las montañas en la frontera entre Sonora y Chihuahua (Jacoby 2008, 145-146). En este último grupo cobraron relevancia Victorio, Loco, Nana, Mangas Coloradas, Cochise y Gerónimo como destacados jefes durante la segunda mitad del siglo XIX (Sweeney 2010, 1-7).

Los grupos y bandas apaches compartían muchos rasgos culturales, vivían en grupos pequeños y móviles, generalmente en áreas montañosas, dedicándose a la caza y recolección (*Ibid.*, 18). La fragmentación y trashumancia, que para el observador externo pudiese parecer una debilidad, representaban la fortaleza de los grupos apaches, la baja densidad de población y difusa autoridad política de las bandas los hacía menos vulnerables a perder gran cantidad de miembros en un solo ataque, como resultado de una epidemia, o bien verse temporalmente paralizados por la muerte de un líder (Jacoby 2008, 155). Aunque algunos líderes como Mangas Coloradas, Cochise y Gerónimo tuvieron gran influencia sobre los suyos, los apaches tenían un fuerte sentido de la independencia y libertad individual.

Obedeciendo diversas causas, los grupos atapascanos regularmente incursionaban en territorio de otros grupos. Los cambios en los patrones de ataque de los atapascanos a sus vecinos y los propósitos detrás de ellos han sido analizados por la historiografía

estadunidense. Si bien la diferencia entre redada o incursión y ataque o guerra fue consistente entre los pueblos nativos de Norteamérica, los grupos apaches tenían la separación más tenue entre ambas. Las incursiones en forma de redadas se empleaban para cazar o recolectar, hasta que la superioridad tecnológica –por el uso de armas de pólvora- y demográfica de los comanches obligó a los apaches a retirarse de la caza del bisonte, dejándolos sin qué intercambiar con los pueblos nativos, a partir de entonces, las redadas tomaron un carácter de incursión bélica o ataque. Cuando los asentamientos de población blanca, mestiza y de indios asimilados en el norte de la Nueva España y México se aproximaron al territorio que los apaches recorrían con patrones de desplazamiento nómada, las redadas para cazar y recolectar empezaron a incluir de manera sistemática caballos y nativos de los asentamientos novohispanos y luego mexicanos (Vandervort 2006, 38-39).

El término “apache” fue utilizado por primera vez a finales del siglo XVI, cuando los españoles empezaron a registrar su presencia en diversos escritos e informes. Desde entonces fue aplicado a grupos atapascano hablantes, cuyo radio de acción abarcaba, a mediados del siglo XIX, los actuales estados de Arizona, Nuevo Mexico, y Sonora y Chihuahua en el noroeste mexicano, especialmente la serranía que divide ambos estados. Cynthia Rading señala que estos grupos llegaron a Sonora a principios del siglo dieciséis como resultado del desplazamiento por rivalidades territoriales en las grandes llanuras del centro de lo que actualmente se conoce como Estados Unidos. En tiempos de los españoles, el término apache también designó a indígenas no pertenecientes a la familia atapascana, simplemente porque seguían el ejemplo de aquellos de merodear en territorio español.

Hacia el siglo XIX, incursionaban en lo que hoy es Sonora y otros estados del norte mexicano, principalmente con la intención de obtener ganado y cautivos.⁵⁹ El consenso en la historiografía sobre el tema señala que no fue el autoconsumo la única motivación tras sus ataques, el mercado para el ganado depredado, el intercambio y asimilación de cautivos, la venganza e iniciación de nuevos guerreros fueron también razones para adentrarse en suelo novohispano o mexicano. La obtención e intercambio de estos elementos, que los apaches precisaban pero no producían, les permitía preservar sus patrones culturales y mantener funcionando su sistema de organización social. Estos grupos se convirtieron en el enemigo externo por excelencia de los sonorenses del siglo XIX.

En el discurso administrativo los apaches fueron representados como la antítesis del modo de vida civilizado, un peligro inminente para el orden político y social en la entidad, ya que con sus incursiones amenazaban las vidas de los pobladores, sus propiedades, su seguridad y tranquilidad, impidiendo el progreso del estado. Pese a que la relación entre estos grupos combinó lapsos de guerra y paz, sus intermitentes incursiones afectaron las actividades económicas en la entidad durante años, contribuyeron a la baja densidad poblacional e impactaron todos los ámbitos de la vida de la sociedad sonorense de la época.

Si bien el conflicto entre apaches y sonorenses fue intermitente, los ataques de los nómadas a los asentamientos sonorenses tuvieron como consecuencia la disminución de la población del estado y la desintegración de familias por muertes, toma de cautivos a manos de apaches y migración para escapar de la inseguridad provocada por sus ataques; daños a

⁵⁹ El término incursión, utilizado sistemáticamente por los vecinos en las fuentes primarias, está cargado de una noción de territorialidad, que concibe al espacio ocupado por los vecinos como propio, sujeto a la normatividad formal e informal de su orden social, y toma a los apaches como intrusos, ajenos y enemigos. Incursión implica ataque y rapiña (Almada, Lorta, Contreras, Reyes, en dictamen, 3)

las actividades económicas, especialmente la ganadería por la constante extracción de ganado, la agricultura, minería y comercio también eran constantemente afectadas.

3.2 Breve semblanza del conflicto con los apaches en la época colonial

La llegada de los españoles abrió un abanico de posibilidades para los apaches, pues pronto asimilaron el uso del caballo, la silla de montar y las armas de fuego, entre otros elementos introducidos por los españoles. Los atapascanos subsistían mayormente de la caza y la recolección, pero con los nuevos vecinos llegó la actividad ganadera, incrementando el suministro de comida de los apaches, mediante incursiones a los poblados vecinos donde se abastecían de ganado y caballos para su uso, consumo e intercambio, tomándolos como despojos de guerra. Las poblaciones españolas se convirtieron también en proveedoras de cautivos, que inyectaban sangre nueva a las diversas bandas o bien entraban al circuito de intercambio con otros grupos.

Los apaches, adoptaron y aprovecharon a su favor la tecnología introducida en su mundo por los nuevos vecinos. Su movilidad dentro de un amplio territorio extendió su radio de acción, su conocimiento del terreno les permitía escapar de sus perseguidores, localizar fuentes de agua y alimento, establecer campamentos seguros para guarecer a mujeres y niños mientras los hombres incursionaban o comerciaban en los poblados mexicanos. Estos elementos jugaban a favor de los atapascanos cuando llevaban a cabo sus ataques en los poblados españoles y posteriormente mexicanos.

Diversas fuentes señalan que durante el siglo XVII, el territorio que hoy conocemos como Sonora fue depredado por las incursiones apaches al grado de casi despoblar la provincia, aunque despoblar estaba lejos de ser un objetivo de las incursiones apaches, pues habían logrado “un conocimiento del modo de vida de los vecinos que les sugirió no acabar con los criaderos de animales de éstos, sino exprimirlos sin agotarlos” (Almada 2013, 19). Los atapascanos no sólo atacaron ranchos y misiones, sino que penetraron en las partes más pobladas, ocasionando que algunos asentamientos fueran abandonados. La respuesta de los españoles fue desde pactos con diversas bandas de apaches, alianzas con grupos indígenas como ópatas y pimas para combatirlos, organización de expediciones punitivas a sus aduares, deportación de apaches capturados, hasta la erección de una línea de presidios que contuviera diversas amenazas externas, entre ellas el peligro de los apaches (Bourke 1891, 117; Worcester 1979,14). Estas medidas funcionaron sólo como paliativos y las incursiones continuaron ya que los atapascanos no sólo consumían sino que comerciaban el botín obtenido mediante sus ataques. Adicional a esta situación, el contacto con los nuevos vecinos modificaría la naturaleza de las incursiones, que ya no serían sólo por recursos, sino para escarmentar y atemorizar al adversario, así como para cobrar venganza por los apaches muertos o capturados por los pobladores del territorio novohispano.

Para mediados del siglo XVIII, los apaches extraían ganado y caballos por cientos en la provincia, debido a sus ataques las poblaciones eran abandonadas. Expediciones a territorio apache se llevaron a cabo, pero sin éxito y nuevas rutas para incursionar a las comunidades del centro de Sonora fueron abiertas por los atacantes, extendiendo su radio de acción. A finales del siglo la situación empeoró, la prosperidad del hoy territorio sonorense había desaparecido bajo la ofensiva apache, minas, ranchos, misiones y pueblos

habían sido destruidos, abandonados o reducidos a ruinas, la población declinó y ganado y caballos empezaron a escasear debido a las incursiones (Spicer 1981, 238-239).

Con el tiempo, los españoles reconocieron las desventajas de la guerra ofensiva ya que “los numerosos indios bárbaros tenían la ventaja”, una confrontación abierta y de frente era inútil debido a las características propias de estos grupos. La guerra defensiva se convirtió entonces en la pauta a seguir, era menos difícil y costoso contener a los indígenas problemáticos que tratar de subyugarlos por la fuerza; las autoridades novohispanas buscaron atraer a los nómadas independientes hacia las ventajas de la “vida civilizada”, lo cual pensaban aseguraría una victoria lenta, pero segura (Weber 2005, 16).

Durante los siglos XVII y XVIII el gobierno novohispano instaló destacamentos militares a lo largo de la frontera norte y otros puntos estratégicos, conocidos como presidios, tenían la función de proteger y defender la frontera norte novohispana de amenazas externas así como mantener la paz en la región, motivos por los cuales se encontraban combatiendo constantemente a grupos indígenas rebeldes como los apaches. En vista de que las medidas de corte militar no daban resultado, en 1786 el virrey Bernardo de Gálvez, giró órdenes al gobernador de Sonora Jacobo de Ugarte para que aplicara nuevas estrategias frente a los atapascanos, éstas consistían en pactar con las bandas apaches para que se establecieran cerca de los presidios, manteniéndose en paz a cambio de lo cual el gobierno novohispano les proveería de raciones para sus subsistencia (Lejeune 1984, 16; Spicer 1981, 239; Worcester 1979, 23).

Los apaches se acercaron a pactar y muchos se establecieron en los llamados “establecimientos de paz”, donde recibían raciones para su subsistencia y se familiarizaron

con artículos europeos como telas, alcohol, tabaco, municiones, entre otros (Jacoby 2008, 161). Lo anterior no significaba que hubiesen cesado completamente sus ataques, sino que éstas tenían lugar en otros espacios distintos a aquel donde estaban asentados, o bien se llevaban a cabo de una forma discreta, en pequeña escala (Almada 2013, 19).

Donde una estrategia ofensiva no había dado resultado, las políticas de Gálvez tuvieron éxito y dieron un respiro a las provincias de Sonora, Chihuahua y Nuevo México, lo cual trajo tranquilidad a gran parte de Sonora. En estos establecimientos se depositaron las esperanzas de la fundación de nuevos pueblos y la reapertura de minas y ranchos que habían estado abandonados por más de medio siglo; sin embargo, el surgimiento de una rebelión que culminaría en el nacimiento de una nueva nación, provocó que recursos humanos y materiales que hacían posible el sostenimiento de la paz en el Septentrión, se destinaran a combatir la insurgencia a lo largo de la Nueva España (Jacoby 2008, 55-56; Lejeune 1984, 17; Spicer 1981, 240).

3.3 El caos tras la Independencia y la agitada década de 1830

La guerra de Independencia (1810-1821) marcó el inicio del fin de la “paz comprada” en el septentrión, pues las instituciones españolas, como los presidios fueron descuidadas, empezaron a colapsarse y las raciones en los “establecimientos de paz” dejaron de ser entregadas. Al abrigo de la lucha interna y el descontrol en la zona fronteriza, los apaches reiniciaron sus ataques que alcanzarían proporciones épicas en las siguientes décadas.

Entre 1820 y 1835, el norte de Sonora regresó a la situación en que se encontraba antes de los asentamientos de paz. En sus *Noticias estadísticas del estado de Sonora*, Ignacio Zúñiga relata que durante ese lapso, “al menos cinco mil personas murieron a manos de los apaches y que alrededor de cien establecimientos fueron abandonados a lo largo de la frontera norte, por muerte o migración de sus habitantes a causa de los ataques apaches”. La falta de control sobre la frontera, luchas entre facciones políticas, la formación de circuitos de intercambio para el botín tomado en México del que participaban comerciantes estadunidenses, la amenaza del expansionismo norteamericano y una carencia crónica de brazos y recursos para defender el territorio sonorense, fueron factores que contribuyeron a agravar el estado del conflicto con los apaches.

Mientras centralistas y federalistas se disputaban el poder político, la intensidad de las incursiones era innegable y hacia 1833 las correrías se extendieron llegando hasta el Valle de Ures y Hermosillo (Almada 2010, 122; Spicer 1981, 240). Los apaches estaban bien armados y hacían uso de rutas que les eran perfectamente conocidas para incursionar y huir con seguridad (Spicer 1981, 240). La situación alcanzó tal magnitud que durante este sólo año de 1833, los apaches mataron más de doscientas personas. Por si la situación no fuera ya alarmante, algunos autores sostienen que llegaron a formarse coaliciones integradas por apaches coyoteros, pinaleños, chiricahuas y mezcaleros, con el fin de llevar a cabo sus ataques (Worcester 1979, 36); Estas uniones tenían lugar desde la época de los españoles, cuando grupos apaches se aliaron entre sí o con seris y pimas para atacar diversos poblados españoles (Spicer 1981, 239). Era prácticamente imposible para las pobemente armadas tropas mexicanas impedir, detener o castigar los ataques tanto de pequeñas bandas como de grupos numerosos. Al ver que los esfuerzos defensivos no

rendían frutos, las autoridades buscaron incentivar a los vecinos a empuñar las armas contra los apaches.

Entre estos incentivos se estableció formalmente, en 1834, el derecho de los perseguidores a cobrar “la saca” por las bestias represadas a los apaches. Esta práctica retributiva consistía en “distribuir como recompensa, un porcentaje del ganado arrebatado a los apaches entre quienes les hacían frente” (Almada 2014, 575):

Interin dure la guerra contra el enemigo apache todos los individuos que concurran voluntariamente a las campañas tienen derecho de propiedad sobre los bienes e intereses de que se despoje a dicho enemigo...el jefe que se encargue de la dirección de la campaña dará a cada uno de los que saquen bestias un papel el que se haría constar haberlos adquirido como “despojo de guerra” [...] ⁶⁰

A pesar del ofrecimiento de la “saca”, ni autoridades ni vecinos se daban abasto para combatir a los apaches, la falta de hombres, monturas, armas y provisiones era más la regla que la excepción. Pese a esta difícil situación y a las luchas internas por el poder político, las autoridades organizaban campañas para combatir a los apaches, aplicando constantemente préstamos forzados y dedicando el pago de contribuciones a este fin.

Se puede decir que estos esfuerzos no tuvieron mayor éxito durante estos años que la captura del jefe apache Tutijé, ejecutado en Arizpe en 1834 (Worcester 1979, 36; Jacoby 2008, 161). Ante tal suceso el gobierno de la entidad se mostraba optimista y así lo manifestaba:

⁶⁰ Leyes y Decretos del Estado de Sonora. Serie I, Tomo I, 1830-1850

[...] que con los castigos que han sufrido los apaches en nuestras diversas correrías, y principalmente por el triunfo obtenido por la campaña de voluntarios sobre el principal caudillo de aquellos, memorable Tutijé, que en esta capital fue pasado por las armas, debe rebajarse notablemente el orgullo de esos enemigos, reconcentrados en el día a las remotas regiones del norte, a donde se ha dirigido en su persecución una campaña [...]⁶¹

En realidad, este acontecimiento estaba más cercano a una derrota que a un triunfo, pues a la muerte de un guerrero apache a manos de sonorenses, máxime en el caso de un jefe, le seguía una escalada de violencia, pues los atapascanos buscaban venganza y sus incursiones se volvían más violentas ya que se trataba de causar el mayor daño posible al enemigo para escarmentarlo. Pronto quedó demostrado que este hecho no había amedrentado a los apaches; por el contrario lo sumaron a la memoria de los agravios perpetrados contra ellos por los sonorenses.

A la par de las incursiones, la legislación sobre el tema continuaba. El exterminio del enemigo apache empezó a manejarse en el discurso del gobierno estatal como alternativa de solución a una situación desesperada y el 7 de septiembre de 1835 Manuel Escalante y Arvizu, gobernador del estado, comunicaba a los habitantes la puesta en vigor de una ley para “calmar el llanto y la desolación causadas por los apaches en el estado”, “remover la apatía que se encuentra en algunos pueblos y autoridades en defensa de sus hogares”, e “impedir el exterminio del estado que representa”. En su artículo primero señalaba que “siendo los apaches enemigos comunes del Estado, todos los pueblos quedan

⁶¹ El Gobernador del estado de Sonora a todos sus habitantes. Arizpe, 22 noviembre 1834. LYDES. Serie I, Tomo I, 1831-1850.

facultados para perseguir a los apaches como fieras sanguinarias que cruelmente lo devoran". El gobierno se comprometía a proporcionar a las partidas de perseguidores los bastimentos necesarios para llevar a buen término las campañas, y señalaba que se castigaría a aquellos que no se alistarán para la defensa del estado, a quienes desertaran en la persecución del enemigo, así como para aquellas personas que de una forma u otra favorecieran las incursiones.⁶²

Esta disposición nos habla de un estado de guerra manifiesto y declarado de parte del gobierno sonorense frente a los grupos apaches que hostilizaban el estado. La guerra contra los bárbaros, por lo menos en el discurso, tomaba los tintes de una guerra popular que buscaba el exterminio del enemigo y la participación de la sociedad sonorense:

[...] Y deseando el ejecutivo el exterminio del enemigo apache, cuya sangrienta osadía ha tocado el punto de considerarlo fuera de la ley, sin que por el que exija el derecho de gentes, halla de guardársele el de la guerra, en cuyo caso este bárbaro lleva la mas inhumana y general desolación, en las vidas e intereses de los hombres, no respetando ni aún a la misma inocencia. Deseando también que al ponerse en práctica, los pueblos del estado llenen su objeto, levantando un grito simultáneo contra la más cruel, la más bárbara, y peor de las tribus que conoce el pueblo sonorense [...].⁶³

En vista de la situación y buscando atraer nuevas manos para empuñar las armas en defensa del estado, el gobierno sonorense continuó su política de ofrecer incentivos en materia de combate a los apaches y estableció, hacia 1835, un sistema de recompensas por

⁶² Documentos para la historia de Sonora, DHS, Primera serie, Tomo I, 1830-1850. Doc. 208-210

⁶³ *La Estrella de Occidente*, 7 septiembre 1835

apache muerto que garantizaba el pago de cien pesos por cada cabellera presentada a las autoridades como prueba de muerte (Bartlett 1856, 322; Lejeune 1884,18; Smith 1964, 5). En el año 1837, respondiendo al ofrecimiento del gobierno sonorense, el mercenario James Johnson y su banda atrajeron con engaños a un grupo de apaches mimbreños, a un lugar de la Sierra de las Ánimas, hoy Nuevo México, en la época territorio chihuahuense, y ahí los masacraron con el fin de cobrar la recompensa ofrecida (Bartlett 1854, 322-323; Worcester 1979, 38).

Así, se inauguraba la tristemente célebre industria de la caza de cabelleras, pronto otros estados fronterizos como Chihuahua, Coahuila y Durango siguieron el ejemplo y esta se elevó al rango de gran negocio del que participaron principalmente bandas pluriétnicas dirigidas y comandadas por extranjeros (Smith 1964, 5).

Estas acciones no detuvieron las incursiones, por el contrario se incrementaron en número e intensidad debido al deseo de escarmentar y cobrar venganza de parte de los atapascanos, debido a la alta estima en que tenían la vida de los suyos. Pese a lo anterior, relaciones pacíficas tenían lugar entre apaches y sonorenses, los apaches al mismo tiempo que incursionaban en territorio sonorense, mantenían relaciones amigables con poblados y particulares, donde podían obtener alcohol, tabaco, municiones, telas y otros artículos con los que se habrían familiarizado mediante los establecimientos de paz. Jacoby señala que el tabaco sonorense era muy apreciado por su importancia en ceremonias apaches de sanación y otros rituales (Jacoby 2008, 161). Es importante no dejarse llevar por la retórica administrativa que da cuenta de la relación apaches-sonorenses, pues en ocasiones nos presenta una realidad deformada, una relación marcada sólo por el conflicto. Las relaciones

entre estos grupos que comparten un territorio son fluidas, moldeables, combinan negociaciones y acuerdos con enfrentamientos y choques, se participa de una convivencia cotidiana en ocasiones pacífica, en otras violenta.

Hacia 1837, el gobernador interino Rafael Elías González se sinceraba con la población al declarar que el gobierno de la entidad no contaba con medios para brindar auxilio a la población en relación a los ataques de el “enemigo cruel a la par que cobarde”; por el contrario, los exhortaba a hacer un “heroico esfuerzo para salir del estado de abyección y abatimiento en que se encontraban debido a las agresiones que el bárbaro apache perpetraba diariamente en las vidas e intereses de los sonorenses”.⁶⁴ Al igual que en décadas anteriores, el gobierno de la entidad aparecía como incapaz de defender a la sociedad sonorense de los ataques apaches y pedía a los vecinos que con sus propios recursos se hicieran cargo de la defensa del estado.

Sin amedrentarse por estos sangrientos hechos, más aún enardecidos por ellos, bandas de atapascanos seguían incursionando en Sonora, haciendo uso de sus bien definidas rutas de entrada y salida. Las autoridades lamentaban el drama cotidiano que vivían los pobladores y señalaban que había pocas esperanzas de solución para las agresiones que los bárbaros perpetraban en las vidas e intereses de los vecinos, si estos no llevaban a cabo un heroico esfuerzo que los sacara del estado de abyección y abatimiento en que se encontraban y que les impedía hacer frente a los atacantes. Sin reparar en que constantemente era la falta de armas la causa principal del fracaso de las labores de defensa, advertían que “la guerra que los bárbaros hacen en las poblaciones fronterizas, una vez

⁶⁴ DHS, Primera serie, Tomo I, 1830-1850, Doc. 283-285

acabados los pocos animales que hoy sirven de pábulo a la desmesurada ambición de los salvajes, se extenderán al interior y lado opuesto del estado”.⁶⁵

3.4 Un escenario cambiante (1840-1850)

En la década de 1840 ocurrió la guerra entre México y Estados Unidos que tuvo lugar de 1846 a 1848. Este enfrentamiento traería como consecuencia cambios en la frontera entre ambas naciones, los cuales influirían en las relaciones entre sonorenses y grupos apaches.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo marcó el final del enfrentamiento el 30 de mayo de 1848, en su artículo once señalaba que el gobierno de los Estados Unidos reconocía que las tierras que ahora pasaban a formar parte de su territorio, estaban ocupadas por tribus salvajes cuyas incursiones en el territorio mexicano eran perjudiciales en extremo y se comprometía a impedirlas y castigarlas; además se asumía la responsabilidad de rescatar a los mexicanos tomados como cautivos por los apaches (Bartlett 1856, 304-305; DeLay 2008, introducción). Este compromiso no fue cumplido cabalmente, por el contrario, los intercambios comerciales entre civiles norteamericanos y bandas apaches estimulaban las incursiones a México, pues se había generado un mercado donde el botín de los atapascanos era entregado a cambio de alcohol, armas, municiones y otros artículos.

El gobierno estatal constantemente clamaba al poder central por auxilio para combatir a los apaches y resentía que a sus clamores se prestara poco o nula atención. En

⁶⁵ Gobernador interino del Departamento de Sonora a sus habitantes, Arizpe, 8 agosto 1837

un informe que los diputados de la Junta Constitucional de Sonora dirigían al Supremo Gobierno de la Nación, expresaban su sentir a este respecto en los siguientes términos

[...] Es bien sabido que esta remota región aunque es una parte integrante de la república mexicana, ha sido por desgracia la más desatendida de la metrópoli, cuya enorme distancia enfriá sus clamores y hace que sus mandarines se mantengan en inacción o se conviertan en árbitros o continuos infractores de las leyes. Sonora está circundada de diversas tribus que alternativamente la combaten, siendo la del obstinado apache la que muchos años mantiene una guerra constante y desoladora con que ha destruido la mayor parte de sus riquezas y mucho centenares de hombres [...] ⁶⁶

Una constante en las relaciones entre los apaches y sus vecinos mexicanos era que la paz pactada con un grupo no era extensiva a otros. Esto ocasionaba que mientras una banda de apaches estaba en paz con ciertas poblaciones, otras podían seguir incursionando en el lugar; los apaches de paz en un sitio llevaban sus ataques a los poblados vecinos.

Chihuahua tenía una política moderada respecto a los atapascanos, acomodos, raciones y paz fueron usualmente ejes de su política frente a los apaches, quienes con regularidad se establecían temporalmente en suelo chihuahuense; mientras tanto, depredaban en Sonora regresando a sus campamentos con el botín. Janos, Corralitos y Casas Grandes, en Chihuahua, eran bien conocidos como centros de intercambio de lo robado en Sonora, por los apaches de paz. Plenamente conscientes de esta situación, las

⁶⁶ DHS, primera serie, tomo I, 1830-1850, doc. 169-174.

autoridades militares de nuestro estado constantemente cruzaron la frontera entre ambas entidades y los apaches fueron atacados por fuerzas sonorenses.

En el año 1844, miembros de la Guardia Nacional al mando del General José María Elías González y Teniente Coronel Francisco Narbona, cruzaron la frontera con Chihuahua y atacaron Janos y Corralitos, matando a apaches de paz ahí asentados, acusados de estar devastando el estado de Sonora con sus incursiones. Estos encuentros tuvieron como saldo apaches muertos y cautivos, en su mayoría mujeres y niños, algunos de los cuales fueron muertos “golpeándolos contra las rocas” (Jacoby 2008, 58; Sweeney 1998, 188). El General Elías González argumentaba que estas acciones estaban justificadas por la apremiante necesidad de aprehender y castigar a esa chusma traicionera y perezosa, poseída por una insaciable sed de sangre, venganza y pillaje, que estaba devastando Sonora (Griffen 1988, 213).

Este tipo de acciones contribuyeron a perpetuar la espiral de violencia y revanchas entre apaches y sonorenses, a un ataque por parte de un bando le seguía un nuevo hecho de armas que buscaba escarmentar y por tanto era más sangriento que el anterior, “para los sonorenses todo comportamiento era admisible bajo sus reglas de la guerra a los bárbaros, sus políticas estaban basadas en la subyugación de los apaches, nada más era aceptable”. Para los apaches, estos incidentes eran muestra del carácter traicionero y la falta de honor de los sonorenses, quienes según los apaches, presumían como victorias ataques donde las víctimas más numerosas eran mujeres y niños (Griffen 1988, 211; Sweeney 1998, 188).

Sonora atravesó por diversas dificultades en esta década y los apaches supieron aprovechar la situación a su favor. El estado del conflicto apache en la entidad a finales de esta década es resumida por Zulema Trejo de la siguiente forma:

En 1848 cuando tropas norteamericanas ocupaban el puerto de Guaymas, el gobierno sonorense emprendía una campaña militar en el norte del estado contra los apaches, pese a la amenaza representada por los norteamericanos, el combate a los indios nómadas en la frontera tenía prioridad. Al año siguiente el gobernador José de Aguilar señalaba las incursiones del bárbaro apache como una de las causas principales que embarazaban la marcha del estado a su seguridad y progreso; por tanto se proyectó una nueva campaña para combatirlos que no tuvo éxito y el congreso estatal autorizó la organización de guerrillas particulares para combatir a los apaches, así como gratificaciones en efectivo por apache presentado muerto o prisionero [...].⁶⁷

En este mismo año, a causa de las incursiones apaches que se habían intensificado en el norte de Sonora, los habitantes de Tubac, Fronteras y Tumacácori abandonaron sus hogares y se refugiaron en los presidios de Santa Cruz y Tucson buscando protección (Jacoby 2008, 62). Los daños causados en las vidas y propiedades de los vecinos de Sonora debido a las incursiones eran alarmantes, poca resistencia podía ofrecerse cuando otras amenazas se presentaban de forma simultánea, como el expansionismo yanqui. El gobierno del estado nuevamente buscaba que los ciudadanos participaran más activamente en las labores de defensa en la entidad y exigía al gobierno central su ayuda para controlar la

⁶⁷ Trejo 2012, 208-210

frontera norte del estado. El exterminio del enemigo se presentaba como la alternativa de solución, pero no se contaba con los recursos humanos ni materiales para llevarlo a cabo.

Otro factor que jugaba a favor de los atapascanos era la protección que recibían en territorio estadounidense por parte de los comerciantes con quienes intercambiaban el botín robado en México a cambio de armamento moderno, alcohol, ropa y otros artículos que los ponían en ventaja; posterior al Tratado de Guadalupe Hidalgo, los nómadas independientes quedaron más próximos a los poblados mexicanos, volviéndose estos aún más vulnerables a sus ataques. Además, los apaches que estaban bastante conscientes de los cambios en la geografía de la región fronteriza tenían conocimiento de que podían escapar de la persecución de las tropas mexicanas al cruzar los nuevos límites entre ambos países (Ibid., 63).

3.5 Nuevos actores. La presencia norteamericana en Arizona y Nuevo Mexico. Un escenario de acelerada transformación (1850-1860)

Durante la década de 1850, la presencia de colonos norteamericanos en Arizona y Nuevo Mexico se incrementó y los estadounidenses se dieron a la tarea de consolidar su presencia en estos territorios para poder explotar sus recursos. En los primeros años de la década de 1850 los estadounidenses adquirieron, mediante el Tratado de Gadsden, el territorio de la Mesilla, las repercusiones más inmediatas fueron “la pérdida para Sonora de 772 kilómetros cuadrados de superficie y un nuevo reacomodo de la frontera entre ambos países”, este hecho impactaría la relación entre apaches y sonorenses. “A partir de la pérdida de la Mesilla en 1854, la cercanía con los asentamientos estadounidense estimula las

incursiones apaches al ser fomentadas por comerciantes asentados en Arizona y Nuevo Mexico, con el fin de hacerse de ganado vacuno de ranchos establecidos en el estado de Sonora” (Almada 2013, 8). No era ningún secreto para población y autoridades de Sonora y Chihuahua que los apaches actuaban en coordinación con estadunidenses y que existían intereses económicos y expansionistas detrás de sus ataques.

Durante esta década, la toma de medidas de corte local para aliviar el peso de los ataques apaches en una entidad, sin importar las repercusiones que tendría en otra, siguió siendo una práctica regular. Las autoridades de Chihuahua continuaban llevando a cabo tratados de paz con bandas de apaches, quienes concentraban sus ataques en Sonora: en respuesta, partidas de sonorenses continuaban internándose en Chihuahua con el objetivo de escarmentarlos y represar el botín. En 1851, un grupo de apaches dirigido por Mangas Coloradas se habían establecido pacíficamente cerca de Janos, en Chihuahua, donde fueron recibidos con alcohol, comida y otros regalos. El general Carrasco, nuevo comandante general en el estado de Sonora cruzó la frontera entre ambos estados y atacó el campamento de paz, haciendo algunos muertos y tomando cautivos, bajo el argumento de que esos apaches habían estado incursionando, asesinando y robando en Sonora (De León 2012, 74). Bartlett, funcionario norteamericano en viaje por Sonora a mediados del siglo XIX, refiere este episodio de la siguiente manera:

El General Carrasco descendió sobre un grupo de atapascanos que habiendo pactado la paz con las autoridades de Chihuahua, se habían establecido en las inmediaciones de Janos donde les eran proporcionadas raciones. Pese a estar en paz en Chihuahua, incursionaban del lado sonorense robando mulas y caballos que vendían en los

pueblos fronterizos del vecino estado. Enterado de esto, el General Carrasco cruzó los límites estatales con su tropa y atacó el campamento matando cerca de veinte hombres apaches y tomando prisioneros mujeres y niños. Las autoridades de Chihuahua protestaron por la invasión a su jurisdicción, pero nada sucedió.⁶⁸

Este tipo de episodios contribuyeron a alimentar una imagen de los sonorenses ante los apaches como personas que no respetaban pactos ni acuerdos. Contrario al vecino estado de Chihuahua donde las autoridades constantemente pactaban con grupos apaches y los vecinos comerciaban y convivían pacíficamente con ellos, sobre todo en la región aledaña a Janos. Los acuerdos de paz con bandas apaches fueron una práctica regular en Chihuahua, no así en Sonora

Los tratados de paz fueron más bien la excepción que la regla en territorio sonorense, después de los “establecimientos de paz” en tiempos de los españoles.⁶⁹ En un contexto donde se privilegiaba la política de mano dura, debido a la imagen del apache como “bárbaro”, los intentos de acuerdos pacíficos no fructificaron. Las situaciones expuestas a continuación ejemplifican estas afirmaciones. En 1835, buscando una solución al problema representado por sus incursiones, el gobierno sonorense concedió a los indígenas apaches del establecimiento de Tucson, el terreno necesario para la fundación de un pueblo de su residencia...esta gracia se hacía extensiva a los demás de la misma tribu, o de otras, que quisieran reducirse a pueblo. El ofrecimiento parece no haber encontrado eco entre los atapascanos pues dos meses después, un nuevo decreto les declaraba la guerra,

⁶⁸ Bartlett 1856, 267-268.

señalándolos como enemigos comunes del estado y exhortaba a la población a combatirlos, estableciendo premios y castigos en la materia.⁷⁰

Casi dos décadas después, en 1850, el General Elías González, quien por más de veinticinco años había combatido a los apaches basado en una política donde el exterminio y la subyugación eran las únicas soluciones,⁷¹ intentó llevar a cabo un tratado de paz con dos capitancillos, quienes a cambio de raciones y la oportunidad de asentarse con su gente en el estado se comprometían a mantenerse en paz y auxiliar en las labores de defensa; sin embargo la incapacidad de proveer las raciones rápidamente y la gran influencia de Mangas Coloradas sobre sus hermanos de raza, hicieron imposible concretar la paz con estas bandas y las hostilidades continuaron. En la década de 1870, un nuevo intento se llevó a cabo cuando enviados del gobierno sonorense visitaron al jefe Cochise en su reservación chiricahua de Arizona, solicitándole una tregua permanente con Sonora. El líder apache rechazó su petición, diciendo que no pensaría en ello y denunciando el tratamiento de Sonora para con su gente. Los enviados sonorenses señalaron “que los apaches les mostraron mucho odio y que estaban contra la paz” (Sweeney 2010, 23).

En esta misma línea, el 28 de diciembre de 1860, el prefecto del Distrito de Arizpe remitía un documento donde ordenaba señalaba que “a todos los apaches que se presenten de paz y den las respectivas garantías de su buena fe...se les admita y socorra”.⁷² Estos

⁷⁰ El gobernador del estado de Sonora a todos sus habitantes. Arizpe, 7 septiembre 1835. CFP, Leyes y decretos del estado de Sonora, Serie 1, Tomo 1, 1831-1850.

⁷¹ Su punto de vista era compartido por otros miembros de las clases dirigentes de la época, como el gobernador Ignacio Bustamante, el Coronel José María Carrasco, entre otros cuyas política era la de no pactar con los apaches por no ser un pueblo organizado con el que se pudiera discutir de igual a igual, buscando ante todo su subyugación o el exterminio.

⁷² RIACOLSON/AGES/FE/RP/t354/Prefectura del Distrito de Arizpe, junio/sf/Ures/28-diciembre-1860.

hechos ponen en evidencia, la separación entre el discurso del gobierno del estado respecto a la relación con los grupos apaches, representada como una guerra perpetua y sin cuartel y no como un conflicto intermitente.

En 1865 se puso en marcha el sistema de reservaciones en Arizona y Nuevo Mexico, con la creación de cuatro de estos centros: San Carlos, Bosque Redondo, Fuerte Apache y Montaña Blanca en los territorios de Arizona y Nuevo Mexico (De León 2012, 77). En estos lugares los apaches debían asentarse y permanecer en paz a cambio de lo cual el gobierno estadounidense les proveería con raciones para su manutención. Las reservaciones quedaron prácticamente al lado de la frontera y sin límites que impidieran a los apaches abandonarlas a voluntad. La consecuencia más inmediata fue su uso como base de operaciones, desde ahí los apaches salían para incursionar en Sonora y Chihuahua, posteriormente regresaban a estos lugares a ponerse a salvo con el botín. Poco valieron los reclamos y denuncias del gobierno sonorense sobre este particular y la situación continuó.

Ante esta situación el gobierno estatal tomaba providencias para la defensa del estado y en los primeros meses de 1867 se restablecieron las compañías presidiales que habían entrado en decadencia tras la Independencia. Sus funciones eran hacer la guerra ofensiva a los apaches, a la vez que proteger las poblaciones de la frontera contra sus ataques. Se señalaba que sin su protección las poblaciones fronterizas quedarían indefensas y desaparecerían como ya había sucedido con algunas poblaciones.⁷³

A mediados de este mismo año tuvo lugar un suceso que evidenciaba la falta de fondos del gobierno estatal para el combate a los apaches, y lo que se denunciaba como el

⁷³ *La Estrella de Occidente*, 6 diciembre 1867.

poco apoyo de los funcionarios federales en esta materia. El gobernador Pesqueira precisaba fondos para sostener las compañías presidiales ya que “sin dichas compañías las poblaciones de las fronteras no podrían durar mucho tiempo sin desaparecer completamente y las depredaciones de los indios llegarían a convertir al Estado de Sonora en un desierto verdadero”. Pesqueira quiso obtenerlos de las rentas federales producidas por la aduana de Guaymas pero el administrador se los negó, argumentando poseer una carta del presidente Juárez instruyéndole en esta materia. El gobernador lo separó del cargo y lo sustituyó con un empleado de confianza para hacerse de los fondos recabados en la aduana, una vez obtenidos reincorporó al empleado original a su puesto (Acuña 1981, 122; Corral 1981, 64). A estas acciones siguieron las críticas, algunas señalaban lo arbitrario del proceder de Pesqueira y otras denunciaban la falta de sensibilidad del administrador para con las necesidades del estado. En su editorial, el diario oficial reprochaba al administrador que “siendo un sonorense instruido debe saber que los apaches han puesto al estado de Sonora en una situación tan excepcional y abatida que para contenerlos ha necesitado siempre de recursos superiores a los que puede proporcionar su erario” y condenaba el hecho de que se había “resistido a sacar los fondos que se necesitan con objeto de salvar con ellos las propiedades y las vidas de muchos mexicanos, hijos de Sonora”.⁷⁴

En los primeros meses del año 1868, Richard Cunningham McCormick, segundo gobernador del Territorio de Arizona, realizó una visita a Sonora con tres objetivos principales: ofrecer a Pesqueira el pésame por la muerte de su hijo, tratar el modo más eficaz de hacer la guerra a los apaches, y buscar obtener del gobierno general un permiso de

⁷⁴ *La Estrella de Occidente*, 20 agosto 1867.

tránsito de mercaderías por territorio del estado hacia Arizona.⁷⁵ Esta visita podría ser un indicio de que empezaba a buscarse la toma de acciones conjuntas más que de medidas desarticuladas y de corte local que lejos de contribuir a la solución del problema apache lo habían agravado, sobre todo del lado mexicano; aunque la cooperación entre los afectados por los ataques apaches parece no haberse concretado sino hasta la década de 1880, cuando se firmó el tratado de cruce recíproco entre los gobiernos mexicano y estadounidense.

El gobierno estatal continuaba tomando medidas encaminadas a aliviar la situación de la frontera norte, en el año 1868, se decretó la “erección de colonias militares en las fronteras de la república amagadas por las incursiones de los bárbaros”, esta medida señalaba el gobierno del estado “dará sin duda nueva vida a esa feraz y rica región del país y hará cesar el abatimiento en que se encuentran esas poblaciones a consecuencia de las depredaciones de los apaches”.⁷⁶ Agradeciendo este esfuerzo del gobierno central para apoyar al estado en el combate a los apaches, la administración de Pesqueira buscó extender el beneficio al sur de la entidad. El gobierno de la entidad dirigió una comunicación al gobierno nacional donde pedía se establecieran otras tres colonias militares en el estado para controlar a yaquis y mayos pues “reconocía no contar con los elementos necesarios para asegurar el orden público y proteger las vidas e intereses de sus habitantes, debido los ataques apaches y continuos alzamientos de las tribus del sur del estado. Estos males crónicos han impedido el progreso y la prosperidad en Sonora”.⁷⁷

El gobierno sonorense constantemente señalaba los levantamientos e incursiones de grupos indígenas rebeldes como apaches, yaquis y mayos como los mayores obstáculos a

⁷⁵ *La Estrella de Occidente*, 28 febrero 1868.

⁷⁶ *La Estrella de Occidente*, 17 abril 1868.

⁷⁷ *La Estrella de Occidente*, 14 agosto 1868.

vencer pues impedían alcanzar la paz, condición necesaria para el progreso del estado y la felicidad de su población.

3.6 La década de 1870

Los pactos y reacomodos eran condición necesaria para la vida en la frontera. Los grupos involucrados en el conflicto con los apaches buscaban aliviar a cualquier precio la situación en su territorio sin importar las repercusiones que el cambio de situación en un sitio tuviese en otro. En el caso de Sonora y Chihuahua los pactos de paz con bandas apaches en el vecino estado, tenían como consecuencia que entonces los “apaches de paz” concentraran sus ataques en territorio sonorense. Cuando los norteamericanos empezaron a poner mayor empeño en controlar a los apaches, durante la década de 1870, las hostilidades se recrudecieron del lado mexicano y los roces entre los grupos involucrados no se hicieron esperar. “Durante esta década la convivencia se tornó más compleja en la frontera debido a que el ejército estadounidense, terminada la Guerra Civil, dedicó mayor atención al ingreso forzado de los apaches al sistema de reservaciones”. Reacomodos de éste tipo impactaban negativamente del lado mexicano y no es extraño que en Sonora se registrara un aumento en el número de muertes de vecinos a causa de las incursiones (Almada 2013, 25).

Durante esta década, las incursiones apaches a Sonora aumentaron, un factor que propiciaba esta situación era la ubicación geográfica de la reservación chiricahua cuyo límite sur colindaba con Sonora. Pese a estar en paz con los estadounidenses, “los apaches no sentían el compromiso de respetar a los mexicanos”, por el contrario, incursionaban en el estado con impunidad. En un lapso poco mayor que un mes los apaches mataron a

diecisiete sonorenses, cuatro meses después ese número se elevó a cien (Sweeney 2010, 22). Los militares estadounidenses mostraban poco interés en contener las incursiones a suelo mexicano, no daban permiso a los apaches de las reservaciones para llevarlas a cabo, pero tampoco se esforzaban por impedirlas o castigarlas. Los apaches señalaban que la paz acordada con los norteamericanos no era extensiva a los mexicanos, especialmente a los sonorenses a quienes odiaban (Sweeney 2010, 23).

El gobierno del estado denunciaba en *La Estrella de Occidente*, la complicidad de los norteamericanos en relación a las incursiones y el aumento de éstas como consecuencia de la falta de control sobre los apaches de las reservas, así como del tratado de paz celebrado entre el jefe Cochise y el General Howard. El gobierno de Pesqueira acusaba a Howard de haber “ubicado a la barbarie cara a cara con la civilización” ya que la reserva donde se encontraban jefe apache Cochise y su gente se había establecido a lo largo de la línea divisoria, frente a Fronteras.⁷⁸ La prensa sonorense y de Arizona señalaba que los apaches portaban monturas, armas modernas y frazadas proporcionadas por el ejército estadounidense que les daban ventaja en sus ataques a las poblaciones sonorenses, Pese a los reclamos diplomáticos de parte del gobierno de Sonora, la situación siguió su curso y hacia 1873, una partida de guerreros chiricahuas invadió México, la banda se estableció en las montañas cerca de Nácori y desde ahí incursionaba en los lugares vecinos tomando cautivos y robando ganado. Durante algún tiempo estuvieron viviendo entre México y las reservaciones (Barrett 1984, 103-104; Sweeney 2010 23-24).

⁷⁸ *La Estrella de Occidente*, 1 noviembre 1872.

Entre tensiones diplomáticas, las incursiones continuaban y daban mala fama a las reservaciones y a los militares que las dirigían. Los chiricahuas abandonaban las reservaciones y atacaban a los mexicanos con impunidad. Las autoridades estadounidenses decidieron poner fin a este desorden en la reserva de Cochise y así se lo hicieron saber. El jefe apache se reunió con representantes de las cuatro bandas y lanzó una advertencia, “quienes desearan continuar viviendo en su agencia, debían parar de incursionar en México”. No todos estuvieron de acuerdo y algunos guerreros abandonaron la reserva y se refugiaron en México bajo el liderazgo de Juh (Sweeney 2010, 29).

Mientras tanto, los sonorenses tomaban sus providencias para combatir a los apaches. El sistema de gratificaciones por cabelleras que ofrecía en la década de 1830 cien pesos por pieza y doscientos en 1850, se elevó a trescientos pesos por cuero cabelludo durante esta década y cien por apache vivo capturado. Estos estímulos eran promocionadas por el gobierno estatal como “un premio que recompensa las fatigas de los voluntarios que se dediquen a la persecución de los apaches, y ciertos estamos de que este sistema dará en corto tiempo el resultado de contener en mucho sus frecuentes incursiones”.⁷⁹ El gobierno estatal se mostraba optimista frente a una medida que no había rendido frutos, pero mientras el exterminio de los apaches siguiera siendo objetivo del gobierno sonorense, las gratificaciones por apache muerto también lo harían.

Pese a la confianza que se observa en esta publicación del diario oficial, los esfuerzos de autoridades y población no estaban dando resultado. La superioridad de los guerreros apaches frente a la constante falta de provisiones de boca y guerra de lado de los

⁷⁹ *La estrella de Occidente*, 31 marzo 1870.

vecinos, eran la constante que impedían llevar a cabo campañas exitosas, provocando la frustración de autoridades y vecinos. Ante esta situación nuevamente se pedía ayuda al gobierno central en los siguientes términos:

[...] Nuestros valientes nacionales salen a campaña con decisivo empeño, y con la esperanza de matar o tomar algún prisionero para ganar la gratificación de 200 pesos por cada cabellera...pero este enemigo es astuto y ligero se pierde en la espesura de los montes y sierras...nuestras tropas desesperadas por la falta de municiones se ven obligadas a regresar a sus hogares volviendo a emprender otra campaña con mayores sacrificios para no conseguir otra cosa que venir hechas una lástima...todas estas fatigas las afrontan siempre con valentía; pero para la desnudez y para el hambre no hay valientes...en vista pues de todas estas calamidades ¿Todavía se negará a nuestro Estado el auxilio de \$5,000 que el Congreso de la Unión concedió a otros estados fronterizos para que atiendan a la defensa contra los bárbaros? No lo creemos así y esperamos que nos imparta la misma protección antes que acaben nuestros pueblos en las garras del salvaje.⁸⁰

⁸⁰ *La Estrella de Occidente*, 14 enero 1870.

Capítulo IV. Imaginarios sociales sobre la guerra apache en Sonora, 1867-1876

El gobierno sonorense, construyó un discurso alrededor del contacto entre los vecinos y los grupos apaches. El objetivo de este capítulo es acercarse al imaginario social presente en dicho discurso. Para lograr lo anterior, es menester identificar los elementos que intervinieron en la construcción de la identidad sonorense, a partir de la creación discursiva del “otro”; así como las fronteras simbólicas, los imaginarios, las significaciones imaginario-sociales y las instituciones presentes en él.

Con el propósito de llevar a cabo el análisis de los documentos descritos, se ha tomado como perspectiva teórica, las elucidaciones sobre imaginarios sociales de Cornelius Castoriadis. A grandes rasgos, este filósofo griego señala que el imaginario social es una red simbólica de significaciones imaginario sociales que subyacen al entramado social; estas significaciones imaginario sociales tienen por función crear un mundo propio para la sociedad considerada; las significaciones se cristalizan en las instituciones. Dichos elementos del imaginario social son intangibles, pero susceptibles de identificación y análisis mediante una institución universalmente compartida: el lenguaje. Es a través de él que la sociedad simboliza la realidad que vive y estas representaciones quedan plasmadas en los discursos (Trejo 2013, 8-9). Entendemos entonces el imaginario social como instituciones, leyes, tradiciones, creencias y comportamientos, construidos y socialmente aceptados, legitimados y constantemente modificados por cada sociedad (Guerrero 2011, 14, 44). En los discursos producidos por las autoridades sonorenses de la época encontramos elementos de análisis que nos remiten al imaginario social, indicios de las significaciones imaginario sociales e instituciones de la sociedad sonorense.

Para alcanzar dicho objetivo, consideré pertinente, retomando la propuesta hermenéutica de Gadamer, centrarme en el análisis de los órganos de difusión oficial, donde se manifiesta la percepción que tenían de los grupos atapascanos. De éstos, se privilegió el uso de *La Estrella de Occidente*, “periódico oficial del gobierno del estado libre, independiente y soberano de Sonora”.

4.1 *La Estrella de Occidente*

A partir de 1859 *La Estrella de Occidente* fue el nombre con el que se conoció al diario oficial del estado de Sonora, “órgano fiel de los elevados pensamientos del gobierno”.⁸¹ Esta publicación no buscaba ser solamente un portavoz del gobierno estatal, sino “defensor celoso de los derechos del pueblo y de las libertades públicas aseguradas por nuestras instituciones republicanas y democráticas, a la vez que representar la opinión del pueblo dirigiendo su iniciativa por la senda de su perfeccionamiento moral y progreso material”.⁸² Dicho periódico aparecía los viernes de cada semana, excepto en algunos lapsos en que se expidió cada dos semanas.

Las leyes y demás disposiciones emanadas de la autoridad, federales y estatales, adquirían carácter de obligatorias desde que aparecían publicadas en él, haciéndose del conocimiento público. Era el medio de difusión de las leyes y otras disposiciones de carácter federal y estatal, como edictos. En sus columnas se reproducía un discurso dominante, que tenía como objetivo la promoción de una concepción de mundo que

⁸¹ *La Estrella de Occidente*, 10 mayo 1867.

⁸² *La Estrella de Occidente*, 10 mayo 1867.

homogenizara y cohesionara a todos los grupos de la sociedad, a favor de la élite dirigente, aquellos que ostentaban el poder económico y político; este discurso advertía el uso de la fuerza, fungía como indicador de la capacidad coercitiva y represiva del estado frente a la desobediencia u oposición (Aldaco 1990, 365-372).

En las columnas del diario oficial, se daban a conocer asuntos relacionados con las principales problemáticas que ocupaban a las autoridades estatales y federales. No extraña entonces que las notas relacionadas con los grupos apaches fuesen noticia obligada, ya que, como reiteradamente lo señalaban las autoridades estatales en diversos documentos, el conflicto con los grupos apaches era un elemento que influía fuertemente en la situación del estado, se presentaba como el principal problema a resolver para las autoridades de la entidad. Las notas relacionadas con los apaches aparecían prácticamente en cada publicación, sobre este particular el diario señalaba que “tal vez no hay un sólo número de este periódico que no contenga la relación de un robo, incendio o asesinato perpetrados por estos indios...”.⁸³

Ya fuese en primera plana o en las páginas interiores del diario, aparecían las notas que reproducían reportes de las autoridades civiles y militares de los municipios y distritos del estado donde informaban de ataques o avistamientos de bandas apaches; características de las mismas; daños que éstas habían causado a su paso; rutas, entradas y salidas de los atacantes y perseguidores; cursos de acción tomados por ambos actores ; planes y acciones de carácter ofensivo y defensivo que el gobierno del General Pesqueira ponía en marcha para hacer frente a los “bárbaros”; también se difundían “gacetillas” y editoriales que

⁸³ *La Estrella de Occidente*, 23 agosto 1867.

analizaban situaciones concretas, noticias de importancia relacionadas con los apaches, emitiendo juicios de valor, a la vez que establecían o defendían posturas ideológicas de los redactores frente a los grupos indígenas problemáticos, caracterizados usualmente como “bárbaros”, que afectaban las vidas y propiedades de la sociedad del estado, entorpeciendo el progreso en la entidad.⁸⁴

4.2 El discurso del gobierno sonorense sobre los grupos apaches

Como Martha Rodríguez ha señalado, en su estudio sobre el exterminio del nómada en Coahuila, “la guerra que los habitantes del norte establecieron con los nómadas que incursionaban en sus poblados se articuló en torno a dos planos: las acciones de guerra que tomaron la forma de tácticas y estrategias y la construcción de un discurso que partiendo de la imagen del “salvaje” y según las coyunturas de la guerra, cobraba distintas figuras” (Rodríguez 1998, 40). En el caso que nos ocupa, al seguir con detalle la trama de la percepción entre apaches y sociedad sonorense, advertimos esta separación entre discurso y acciones de guerra o bien de paz, entre ambos grupos. Es una la relación que se establece entre apaches y vecinos, y otra la relación que se plasma en el discurso oficial.

El gobierno de Ignacio Pesqueira utilizó la retórica para movilizar a la población del estado y hacerla partícipe del combate a los apaches. Este discurso, en conjunto con otros elementos, sirvió para formar y reforzar la identidad del sonorense, el vecino, frente al otro, la amenaza externa, representada por apaches, filibusteros, imperialistas. Funcionó

⁸⁴ Estas no aparecen firmadas, por tanto es difícil conocer quiénes eran sus autores, pero van siguiendo una línea que también se advierte en documentos administrativos, entonces podemos inferir que las autoridades estatales compartían los puntos de vista ahí plasmados.

también como factor de cohesión interna de los vecinos, luego de guerras civiles o en vísperas de su estallamiento. La figura de bárbaro se utilizó como elemento aglutinador, que llamó a la cohesión y solidaridad entre vecinos y cooperación de estos con las autoridades; el apache representa una amenaza para los pobladores de la entidad y es deber y responsabilidad de todos enfrentarlos. En este discurso se manifiesta un imaginario donde aparece constantemente la dicotomía barbarie-civilización, juego de opuestos presente a lo largo del siglo XIX en el discurso liberal, que señala a los grupos indígenas problemáticos como apaches, yaquis, mayos y seris como “bárbaros” y refractarios al progreso; en el imaginario oficial de la época los indios, en general, son concebidos como seres inferiores (Guerrero 2011, 74); los grupos indígenas problemáticos, como una amenaza para la sociedad. Aparece constantemente en el discurso la idea de la defensa del territorio de la entidad por parte de los vecinos frente a estos enemigos irreconciliables.

Como propone Guerrero De la Llata en sus estudios sobre imaginarios sociales en discursos sobre los yaquis, “en los diversos escritos la visión del mundo de los autores queda plasmada a manera de huellas, éstas permiten acercarse al imaginario que prevalece en la época y reconstruir el pensamiento que permeaba durante la realización de un texto que explica algún evento” (Guerrero 2010, 300). En el tema que trabajamos, los autores que escriben sobre los grupos apaches en el diario oficial plasman sus ideas, su sistema de creencias, valores y opiniones sobre lo que está bien y está mal, lo permitido y lo reprobable; hablamos de imaginarios sociales que para Castoriadis implican creación incesante de figuras, formas, imágenes, que interiorizamos y se reflejan en el discurso que construimos sobre algo.

Encontramos así, que la imagen del apache como “bárbaro”, “enemigo”, “amenaza errante” que permea los textos oficiales, son un producto de la historia del contacto entre estos grupos y los sonorenses, que la sociedad de la entidad ha incorporado a su imaginario social. En éste, la idea de los grupos apaches como una “tribu bárbara e indolente, sin hogares, sin más propiedad o fortuna conocida para ellos que la guerra y las rapiñas que se proporcionan en sus incursiones” (Zúñiga 1985, 34-35), que prevalecía en la década de 1830, no había cambiado significativamente treinta años después, pues la situación conflictiva entre estos grupos sociales tampoco se había modificado. Además, la visión sobre los apaches estuvo mediada por una significación imaginario social presente en el imaginario de la sociedad blanca y mestiza: la civilización.

Alejado de la realidad, el discurso sobre los grupos apaches se refería constantemente a ellos como un bloque monológico, las diferencias entre los grupos atapascanos quedaban sepultadas bajo el apelativo de apaches; la diversidad de los grupos indígenas que no se sometían al gobierno estatal permanecía oculta bajo adjetivos como “salvajes” “indios feroces” “bárbaros” “semi-bárbaros”, “incivilizados” “enemigos del progreso”, como fue el caso de apaches, yaquis, mayos y seris

No intenta esta legislatura fatigar la atención de los representantes de la nación con la triste reseña histórica de las calamidades y sufrimientos que Sonora ha sido víctima [...] bien conocida debe ser para ellos la hostilidad devastadora que desde entonces le ha declarado y mantienen los bárbaros que ocupan sus fronteras del norte y los frecuentes alzamientos de las tribus indias numerosas y semi-bárbaras

que pueblan sus fronteras del sur, que nos han hecho con muy cortos intervalos una guerra cruel [...]⁸⁵

Es este un discurso político y moral pues califica, incita, encamina las fuerzas sociales en determinada dirección en cuanto a opinión y acción. Condena las incursiones y el modo de vida apache, juzga las acciones de unos (apaches-otredad-negativo) y los esfuerzos de otros (sonorenses-mismidad-positivo), incita a unir esfuerzos, más allá de las diferencias, contra el enemigo común y externo, a defender la vida y la propiedad. “Los hombres civilizados se miraron en el espejo de la guerra y otorgaron a su enemigo nómada todos los adjetivos cuyos antónimos se reservaban para sí” (Rodríguez 1998, 54), mientras los apaches eran cobardes, los vecinos eran valientes; los apaches asesinaban en crueles actos de traición, mientras los sonorenses mataban heroicamente a los apaches defendiendo sus vidas y propiedades.

Este discurso sirvió también como un medio para cobrar venganza de estos grupos, proyectándolos hacia el futuro como raza de ladrones, asesinos, “bárbaros”, incivilizados, obstáculos al progreso; los elementos que entraron en juego construyeron la imagen del apache como el enemigo irreconciliable, violento y cruel. Bajo el manto de la barbarie se ocultó un complejo sistema cultural y una complicada red de creencias que estaban detrás de las incursiones y actividad guerrera de los atapascanos. A su vez, estos términos con los que se designó a los apaches hablan de las significaciones imaginario sociales que entraron en juego en el discurso sonorense sobre estos grupos. Las narraciones sobre los ataques de los apaches los retratan como bárbaros que hostilizan a los sonorenses, porque sólo conocen

⁸⁵ *La Estrella de Occidente*, 14 agosto 1868.

el hurto, la rapiña como modo de vida, sin contextualizar la actividad guerrera de estos grupos. En las publicaciones del diario oficial para encaminar a la sociedad sonorense hacia determinados cursos de acción y alimentar la imagen del apache como bárbaro y enemigo de la civilización, se magnifican los detalles sangrientos y utilizan encabezados como: “Los apaches, sus robos y asesinatos” “Tras el brutal imperio la barbarie del apache” “Depredaciones y asesinatos de los apaches. Su impunidad” “Asesinatos perpetrados por los apaches”.⁸⁶ Narraciones aderezadas con macabros detalles, un sentimiento compartido de victimización, así como un clima de perpetua alarma ante inminentes ataques, funcionaron como elementos de este discurso que contribuyó a levantar barreras e influyó en el proceso de construcción de la identidad del vecino, del hombre civilizado.

El discurso del gobierno, de corte liberal, promovía el progreso, la educación, la propiedad, la ciudadanía, los apaches son enemigos de todo lo anterior y por tanto se les rechaza y se señala su subyugación o exterminio como condición para lograr el proyecto de nación que se busca construir. Comúnmente encontramos en él ideas en torno al pasado, presente y futuro, hay alusiones a un pasado de sufrimiento, a un presente inseguro y a un futuro que se quiere construir y para el que los apaches son un obstáculo.

Aparece en este discurso la imagen del gobierno como un padre que en ocasiones reprende, en otras reconoce el esfuerzo de los vecinos y dicta las acciones que deben llevar a cabo para auxiliar a la administración en las labores de defensa. Según este discurso, la cohesión y la solidaridad son indispensables, sin el concurso de los ciudadanos, el gobierno estatal no podía defender las fronteras ni a los habitantes; territorio, vidas y propiedades se

⁸⁶ *La Estrella de Occidente*, diversos meses, 1867-1868.

encontraban en peligro constante y sin estos elementos el proyecto de construcción de una sociedad liberal no podía llevarse a cabo. En estos términos se justificó la violencia, los apaches son bárbaros no merecen consideraciones, su subyugación o exterminio son imperativos; los sonorenses son civilizados pero tomar acciones bárbaras está justificado, pues existe la “necesidad de cerrar los ojos a la humanidad mientras se hace la guerra a los apaches”.⁸⁷ El exterminio del “enemigo errante” se representó como una obligación de la sociedad sonorense: “con el concurso de nuestros buenos ciudadanos habremos muy pronto asegurado la paz de Sonora exterminando a las tribus bárbaras que lo hostilizan”.⁸⁸ A partir de este imaginario se justificaron acciones como invadir la jurisdicción de Chihuahua para atacar a los apaches de paz, que continuaban incursionando en Sonora, en sus campamentos, matando hombres mujeres y niños; pagar recompensas por apache muerto o cautivo presentado. La guerra entre bárbaros y civilizados tenía sus propias reglas.

4.3 “La devastadora cuanto permanente guerra de los salvajes”. La guerra apache como una institución

El discurso sobre los grupos apaches fue un discurso de guerra, la guerra apache es una institución en la que entraban en juego significaciones imaginario sociales como civilización, barbarie, territorio, exterminio, entre otras. Al hablar de significaciones nos adentramos en terreno de lo simbólico, lo imaginario no como sinónimo de ficción, sino como creación de figuras, formas, imágenes, que acompañaron a los hechos históricos concretos resultado del contacto entre estas sociedades distintas.

⁸⁷ *La estrella de Occidente*, 27 marzo 1868.

⁸⁸ *La Estrella de Occidente*, febrero 1867.

Las instituciones se construyen por oposición al orden natural de las cosas, son artificiales. La guerra apache fue una institución construida y legitimada por la sociedad sonorense. La guerra apache prevaleció mediante la coerción, estableciendo castigos para quienes desertaran, entraran en cualquier tipo de tratos con el enemigo o se negaran a participar del combate al enemigo, tomando las armas, financiando la guerra o alguna otra forma; mediante el consenso, en el que el discurso jugaba un papel fundamental al fomentar la cohesión de la sociedad sonorense; mediante la legitimidad al argumentar la necesidad de la defensa de un orden social, la defensa de la civilización frente a la barbarie.

Existen numerosas definiciones de guerra, pero básicamente todas coinciden en términos generales al definirla como la lucha armada entre dos o más ejércitos, grupos, naciones o bandos. A esto habría que agregar dos cosas: 1) no sólo alude a las acciones de guerra en sí, sino al ambiente de hostilidad, la voluntad manifiesta y compartida de enfrentarse y 2) a diferencia de la batalla, se entiende por ella todo el tiempo que no se asientan las paces (De Covarrubias 2006; Padilla y Trejo 2012, 63-64; Uribe 2006). Entendemos así, como es que aunque no existan hechos concretos de armas por algún breve lapso entre apaches y sonorenses, la idea de la guerra apache continua, pues se sabe que en cualquier momento las incursiones se reanudarán. El fraccionamiento de los atapascanos hace imposible pactar la paz con todas las bandas que incursionaban en Sonora, ambas partes saben que las paces son transitorias, que la situación en Arizona y Chihuahua repercute negativamente del lado sonorense. Este enfrentamiento se extendió desde el nacimiento del estado de Sonora como tal, en octubre de 1830, hasta 1886, cuando la banda chiricahua de Gerónimo se entrega al ejército estadounidense.

La guerra apache fue una guerra singular con características propias, para llevarla a cabo había circunstancias singulares, “precauciones y sacrificios que trae en si la guerra de estos salvajes”⁸⁹. Por precauciones y sacrificios propios del combate a los apaches podemos entender una guerra que se libra a la par de la carencia crónica de hombres y armas, contra un enemigo mejor armado y con un excelente conocimiento de la geografía fronteriza y serrana, la falta de provisiones de boca para las partidas de vecinos, las luchas en terrenos fragosos, y su táctica de atacar en pequeñas partidas que golpeaban en varios puntos y luego salían del estado a tal velocidad que prácticamente no eran vistos y difícilmente podían ser enfrentados con éxito, asimismo sobresalían las “facilidades completamente admirables que poseen los apaches para comunicarse a distancia”. Todos estos elementos inclinaban la balanza del lado de los atapascanos.

De igual forma la falta de recursos materiales era una constante del lado sonorense y el discurso gubernamental habitualmente señalaba este particular. “...En vano el gobierno del estado luchando contra todo género de escaseces y falta de recursos redobla su empeño haciendo esfuerzos supremos pero poco o nada se consigue porque la guerra que hacen en la actualidad los apaches hace preciso atacarlos en una escala mayor que no permite ahora la falta de recursos”⁹⁰; en otra ocasión se argumentaba que la escasez de recursos y de facultades en el gobierno, había alentado al enemigo hasta el extremo de poner en conflicto a los distritos invadidos y muy particularmente al de Moctezuma que, según los partes rendidos por aquella prefectura, estuvo a punto de ser abandonado por sus moradores para

⁸⁹ *La Estrella de Occidente*, 30 agosto 1867.

⁹⁰ *La Estrella de Occidente*, 3 febrero 1873

buscar salvación en tierras extrañas.⁹¹ Mediante la experiencia, los vecinos aprendieron que tenían que pelear como lo hacían los apaches, fueron “barbarizándose” como lo ha señalado Ana María Alonso, adoptando tácticas de los bárbaros, tales como las emboscadas, ataques sorpresa, tomar cautivos a sus mujeres y niños, emplear la lucha de guerrillas, ofrecer gratificaciones por scalps apaches, entre otros.

Es conveniente recordar que a la par de la guerra, tienen lugar otras relaciones, por ejemplo el empleo de vecinos que en algún momento fueron cautivos apaches, como guías e intérpretes.⁹² Así mismo, había apaches de paz o mansos viviendo entre los sonorenses como lo refieren los extranjeros que visitaron el estado en la época: “...para acompañarnos a la mina conseguimos a ocho apaches mansos que vivían en Opodepe y que nos recomendó un comerciante”... (Chisem 7). Bartlett también refiere del caso de un sargento en las tropas de Carrasco en Fronteras de origen apache, este hombre había estado en servicio un largo tiempo y era bien tratado. Exhibía gran inteligencia y, siendo familiar con las guardias de su gente, guiaba a los soldados mexicanos en sus campañas (Bartlett 1856, 269). Estas situaciones nos indican que había negociaciones, diálogo, intercambios entre ambos grupos.

Diversos hechos históricos marcaron el inicio de la guerra apache en el estado, en ocasiones se alude a que inició hace veinticinco años, hablando de 1867 podemos entender que se considera como punto de partida el año 1842, “esta plaga funesta, que desde hace veinticinco años asesina, roba y destruye sin que haya sido posible purgar de ella al

⁹¹ Pesqueira, Ignacio. 1870. *Memoria del Estado de la Administración Pública*. Ures: Imprenta del gobierno

⁹² *La Estrella de Occidente*, 1 agosto 1873.

estado...”⁹³ En otras ocasiones se alude a que esta guerra lleva cuarenta años, lo que indicaría que se consideraba su inicio anterior al nacimiento del estado de Sonora como tal, “desde hace más de cuarenta años Sonora ha sido víctima de calamidades y sufrimientos provocados por la hostilidad devastadora que desde entonces le han declarado y aún mantienen los bárbaros que pueblan sus fronteras del norte”.⁹⁴ Esta misma idea del inicio de la guerra apache aparece en el siguiente fragmento, de una exposición sobre apaches en el Congreso del estado:

La comisión cree innecesario el haceros en este dictamen un relato de la lúgubre historia de los distritos del norte en el largo periodo que han estado sometidos a la devastadora guerra del apache, y basta a sus propósitos recordar que ricos y felices, como eran hace unos cuantos años, se encuentran hoy en el último extremo de decadencia, reducidos a la más espantosa miseria y en un estado casi desierto. Sus habitantes en gran mayoría han huido despavoridos obedeciendo la ley de la propia conservación, unos dirigiéndose al sur del estado, y los otros buscando a la sombra de una bandera extraña la seguridad que bajo la propia no han encontrado...si en el distrito de Moctezuma y en parte del de Arizpe, existen aún algunos moradores, son aquellos que por la miseria en que se ven envueltos no les ha sido dable abandonar una tierra donde sin distinción de sexos y edades son diariamente sacrificados.⁹⁵

El conflicto con los grupos apaches en lo que hoy conocemos como el estado de Sonora, es anterior al nacimiento de la entidad política conocida como Sonora. Desde la

⁹³ *La Estrella de Occidente*, 23 agosto 1867. Sería interesante rastrear los acontecimientos que se toman como punto de partida en este discurso para establecer una periodización de la guerra apache en el estado.

⁹⁴ *La Estrella de Occidente*, 14 agosto 1868.

⁹⁵ *La Estrella de Occidente*, 13 mayo 1870.

llegada de los primeros misioneros y exploradores, se documentó su presencia y sus actividades. Esta periodización distinta que se maneja en el discurso del gobierno sonorense, está anclada en hechos históricos que tienen una significación especial, que marcan un antes y un después, sucesos que han sido integrados al imaginario de los sonorenses, desde el cual se ha establecido diversos puntos de partida. En su informe de gobierno del año 1870, Pesqueira señalaba que la lucha que el estado libraba contra la belicosa tribu apache se había sostenido día por día desde 1830 hasta ese año.⁹⁶ En 1873 el gobierno estatal declaraba que las tribus apaches tenían ya más de un siglo robando y asesinando sonorenses.⁹⁷

La paz y la idea de la alarma pública fueron significaciones presentes en la institución guerra apache. El gobierno señalaba constantemente que la paz, que vendría una vez que se lograra la subyugación o exterminio de los apaches, era condición necesaria para lograr el progreso en la entidad. “Que la paz es la necesidad más imperiosa para la adquisición de todo género de prosperidad y adelanto, que con la paz viene la inmigración, el progreso, el desarrollo de toda riqueza pública”.⁹⁸ Mientras los apaches continuaran sus incursiones no habría paz y sin ella no era posible el progreso. Mientras los ciudadanos no participaran, las incursiones no cesarían. La apatía y la falta de alarma pública eran enemigos tan poderoso como los propios apaches y así lo declaraba el gobernado Pesqueira en su informe del año 1870, “a no ser por la guerra de los apaches podría decirse que había concluido para el gobierno toda ocupación en este ramo...si la cooperación de los pueblos es eficaz y uniforme teniendo presente que la causa de sus inveterados males no es

⁹⁶ Pesqueira, Ignacio. 1870. *Memoria del Estado de la Administración Pública*. Ures: Imprenta del gobierno

⁹⁷ *La Estrella de Occidente*, 1 agosto 1873.

⁹⁸ *La Estrella de Occidente*, 17 mayo 1867.

otra que la apatía o indiferencia con que se ve el clamor de las víctimas sacrificadas por la barbarie”.⁹⁹

Para lograr la paz en esta frontera de guerra hacían falta recursos. El gobierno estatal era consciente de ello y constantemente hacia llamados a la cooperación de la sociedad sonorense, a la cohesión y a la solidaridad para con las autoridades y entre los vecinos, frente a las amenazas externas como el segundo imperio¹⁰⁰ y los bárbaros. En sus editoriales, el diario oficial hacia constantes exposiciones sobre la importancia de la paz y su condición indispensable, la alarma pública, como se aprecia en los siguientes fragmentos:

Una cualidad esencial de la paz es la alarma pública, entendida como el dolor sentido por la personalidad pueblo, un pueblo que no se alarma por el crimen que se perpetra en un individuo que es miembro esencial de su cuerpo; un pueblo que permanece impasible...un pueblo que duerme cuando el enemigo vela para arrebatar al ciudadano su propiedad, su honor, su libertad...es un pueblo sin alarma pública...Perseguido el apache en sus madrigueras, sale de ellas a otras partes del Estado, y llega su temerario arrojo hasta ejercer sus depredaciones a las puertas mismas de nuestras poblaciones. El pueblo escucha con impasible indiferencia la relación de saqueos, aquí de una hacienda, allá de ganados, ya asesina, ya roba, y si el gobierno no manda perseguirlos es seguro que los ciudadanos no se arman. Cando llega a prestar el auxilio que se le pide ya es tarde muchas veces, y de este

⁹⁹ Pesqueira, Ignacio. 1870. *Memoria del Estado de la Administración Pública*. Ures: Imprenta del gobierno

¹⁰⁰ En 1865, tropas francesas llegaron a Sonora. Tras derrotar a la Guardia Nacional comandada por Ignacio Pesqueira en La Pasión, cerca de Guaymas, inició el gobierno imperial en el estado. La ocupación se extendió hasta septiembre de 1866, cuando los partidarios del imperio fueron derrotados en la batalla de Guadalupe, finalizando así el Segundo Imperio en el estado (De León 2012, 85-86).

modo el mal sigue en esa escala que tantos trastornos ha causado a Sonora. La falta de alarma en nuestro pueblo es en gran parte la causa de todas esas desgracias. La alarma pública es el signo ostensible y esencial de la fraternidad...seamos unidos, que nuestro pueblo no tenga más que una sola alma y un solo corazón y pronto el estado de Sonora podrá decir que camina a la vanguardia de la civilización y de los demás estados hermanos.¹⁰¹

Se hace evidente en este discurso la separación entre lo dicho y lo hecho, pues mientras desde el Diario Oficial se condenaba la apatía y la indiferencia de los vecinos, eran ellos quienes repelían los ataques de los apaches, ya fuese en partidas que salían inmediatamente después de un ataque o en las filas de la Guardia Nacional, en ocasiones con sus propios recursos y armas. Más aún, en numerosas oportunidades, los prefectos de distrito y autoridades municipales reportaban que no existía una sola arma en las municipalidades a su cargo, excepto las que poseían los particulares, y solicitaban al gobierno estatal remitiera los recursos necesarios para la defensa de los vecinos.¹⁰²

Si recordamos las ideas de la asociación momentánea característica del salvajismo y la barbarie, cobran mayor sentido los llamados a la cohesión, a la solidaridad, a la unión permanente de la sociedad sonorense, las uniones de tipo permanente y el bien del cuerpo social pesando más que las voluntades individuales eran condiciones de la civilización, desde el imaginario de la época.

En un editorial titulado “Tras el brutal imperio la barbarie del apache”, el diario oficial presentaba un resumen del estado que guardaba el conflicto con los apaches,

¹⁰¹ *La Estrella de Occidente*, 2 mayo 1867.

¹⁰² *La Estrella de Occidente*, 15 abril 1870.

haciendo hincapié en los múltiples esfuerzos que el gobierno estatal llevaba a cabo para arrojar a los apaches fuera del estado, pues mientras sus incursiones continuaran el progreso y bienestar de la sociedad sonorense serían imposibles:

Los apaches son la plaga que pone al estado de Sonora en una desgraciada y tan excepcional situación que para contenerla ha necesitado siempre de recursos superiores a los que puede proporcionar su erario...El gobierno del estado persuadido con justicia de que mientras este enemigo continúe en su obra de destrucción, es imposible ningún género de progreso y bienestar para el pueblo, ha puesto siempre todos los medios que están a su alcance para perseguirlo y escarmentarlo...Sin embargo acosados los indios en la frontera, y perseguidos tal vez en el territorio de Estados Unidos, los apaches se han desparramado en los diversos distritos de este estado, cometiendo depredaciones, plagios de hombres y niños y asesinatos cuya relación consterna verdaderamente[...]

La relación entre apaches y sonorenses tuvo una naturaleza peculiar, caracterizada por una espiral de violencia, crueldad, revanchas y traiciones. Sin duda, en el imaginario de los sonorenses existieron elementos que determinaron y a la vez fueron determinados por esta relación particular. En la institución guerra apache, el exterminio fue una significación imaginario social que entró en juego y se concretó en acciones como el pago de gratificaciones por las cabelleras de apache muerto.

Iniciando en 1835, el gobierno sonorense ofreció recompensas en efectivo por apache muerto, más adelante estas incluyeron a mujeres y niños capturados; esto demostraba que el gobierno sonorense buscaba el exterminio del enemigo. Los apaches

respondieron cambiando la naturaleza de sus incursiones y volviéndolas más sangrientas debido a la alta estima en que tenían las vidas de sus miembros y a la afrenta que significaba la mutilación de sus cuerpos; ahora las incursiones aumentaban su intensidad pues buscaban escarmiento y venganza. En ocasiones se formaron partidas numerosas de chiricahuas que atacaron a los sonorenses con el objeto de vengar sus afrentas, particularmente episodios donde rancherías de apaches de paz en Chihuahua habían sido atacadas por fuerzas sonorenses que invadían esa jurisdicción.

La imagen que los sonorenses construyeron en relación a los apaches provocó que sus relaciones fueran distintas a las que se dieron en el estado de Chihuahua, donde a la par del conflicto y las acciones de guerra, existió una tradición de relaciones comerciales, de intercambios pacíficos, encontramos el ejemplo del pueblo de Janos, conocido santuario comercial para intercambiar lo robado en Sonora y lugar de asentamiento de bandas de apaches de paz, que constantemente pactaban con el gobierno de esa entidad a cambio de raciones. Las sociedades de Sonora y Chihuahua, desde sus imaginarios distintos definieron cursos de acción diferentes a tomar frente a los atapascanos por ejemplo el comercio fue un fuerte lazo entre chihuahuenses y atapascanos que no estuvo presente del lado sonorense. Pese a lo anterior, los puntos de convergencia deben haber sido mayores pues al ser sociedades con rasgos muy similares: sedentarias, civilizadas desde su perspectiva, que practicaban las mismas actividades económicas y tenían un orden social y político prácticamente idéntico, deben haber tenido significaciones e instituciones comunes.

Contrario a estos fuertes lazos comerciales, la búsqueda de la subyugación o el exterminio pareció ser la pauta a seguir por los sonorenses en la materia, se buscaba acabar

con el enemigo y en aras de lograr este objetivo, se tomaron medidas radicales como pagar por apache muerto, emboscarlos en sus campamentos de paz, invadir otras jurisdicciones.

Ejemplos de estas medidas son: en 1837, un americano, James Johnson, contratado por el gobierno sonorense, masacró a un grupo de apaches en la Sierra de las Ánimas, hoy territorio de Nuevo México y en la época jurisdicción de Chihuahua; en 1851 tropas al mando del General Carrasco descendieron sobre Janos y sus alrededores asesinando a bandas de apaches de paz sospechosas de llevar a cabo ataques del lado sonorense; en 1874 nuevamente se cruzó la línea entre ambos estados para asesinar a los chiricahuas que estaban ranchados en esa entidad y que habían enviado emisarios de paz a Sonora, mismos que fueron obligados a señalar dónde se encontraba el resto de su grupo y ultimados junto con ellos (Sweeney 2010, 31).

A partir de estos y otros episodios dónde los sonorenses evidenciaron su deseo de acabar con los apaches, jefes como Mangas Coloradas, Cochise y Gerónimo hicieron más que explícito su odio hacia los sonorenses y sus intenciones de venganza y escarmiento, volviéndose sus incursiones más crueles y sangrientas, pues se buscaba atemorizar y causar el mayor daño posible al adversario.

Constantemente el gobierno de Sonora reconocía carecer de los recursos para sostener esta guerra y solicitaba apoyo al gobierno central. En 1867 la legislatura del estado se dirigió al congreso nacional en los siguientes términos:

La legislatura del estado de Sonora convencida de la imposibilidad en que se encuentra de cumplir la misión que tiene de garantizar el orden público y la seguridad de las vidas e intereses de sus habitantes, se dirige a los representantes de

la nación manifestándoles la crítica situación en que se halla esta parte integrante de la Federación mexicana...abriga la esperanza de que el Congreso de la Unión le impartirá la protección que imperiosamente reclama su tranquilidad y bienestar, no menos que la conveniencia general y el honor de la república...

El discurso apela a diversos elementos, entre ellos la sensación de estar solos en esta lucha, que es superior a sus recursos y fuerzas. Para el gobierno estatal, su apoyo al supremo gobierno en la defensa de la soberanía nacional y el régimen republicano, era una significación presente en su imaginario y un elemento constante en su discurso. Con regularidad, el gobierno estatal solicitaba apoyo al gobierno central, argumentando estos méritos. Si los sonorenses siempre acudían al auxilio de la soberanía nacional, merecían que el mismo apoyo se les brindara a ellos y así lo declaraba el diario oficial en una editorial:

Las depredaciones y asesinatos atroces y numerosos que los apaches perpetran diariamente sin que el Gobierno del Estado pueda, por la falta absoluta de fondos del erario, contenerlos en la obra de destrucción que con bárbaro y cruel furor, han iniciado, ni menos escarmentarlos como es debido... Triste y deplorable habría sido el abandono en que quedarían los intereses y las vidas de los sonorenses constantemente amenazados por los apaches. Esto sería consentir en el triunfo de la barbarie contra la civilización. Sonora observó una conducta heroica durante la tenebrosa época del imperio. Un pueblo que así se ha conducido tiene derecho a esperar que se le suministre lo necesario para defenderse de los apaches, este

enemigo que desde hace veinticinco años viene aniquilándolo...y evitar que los apaches continúen devastando el país y asesinando a sus indefensos habitantes.¹⁰³

Como lo había declarado en otras ocasiones, el gobierno estatal precisaba de recursos materiales para enfrentar a los apaches, los vecinos eran capaces de enfrentar a los bárbaros, pero no tenían las armas ni recursos para hacerlo. Invertir en la pacificación del estado de Sonora, en el control de su frontera era un asunto de conveniencia nacional, desde el punto de vista del gobierno estatal, porque se relacionaba con la defensa del propio territorio y la soberanía nacionales que constituían significaciones

La guerra contra los bárbaros requiere recursos para emprenderla sin temor de obtener los mejores resultados. Los ciudadanos con que cuenta el Estado son aptos para hacer la guerra de castas, y muy pronto pueden probar que los esfuerzos de los representantes de la Unión para auxiliar a Sonora, no habrían sido estériles, si se cuenta con la seguridad de los \$10,000 que le han sido asignados para llevarla a cabo.¹⁰⁴

Resulta muy interesante que se le denomine “guerra de castas” al conflicto con los apaches, queda pendiente indagar los significados que se ocultan detrás de esta designación para la lucha contra los bárbaros en el estado.

Este era un efecto dominó, las peticiones de ayuda se originaban desde los distritos al gobierno del estado, quien a su vez, dirigía las propias al gobierno nacional, el prefecto

¹⁰³ *La Estrella de Occidente*, 30 agosto 1867.

¹⁰⁴ *La Estrella de Occidente*, 15 julio 1870.

del distrito de Moctezuma se dirigía al gobierno estatal solicitándole auxilio: “sensible y muy sensibles cada día señor a estos moradores los desgraciados acontecimientos y frecuentes depredaciones de este terrible enemigo que diariamente nos hostiliza al grado de asegurar que si la honorabilidad del Estado, no da una mirada paternal a este desierto esforzándose en buscar un eficaz remedio, muy pronto será abandonado porque sus habitantes ya no resisten”.¹⁰⁵

Estas peticiones desde lo local, se hacían extensivas al ámbito nacional, solicitando el gobierno del estado reciprocidad por los servicios prestados por Sonora para la preservación de la libertad e independencia nacional, en distintas ocasiones:

Esta es la situación de Sonora que día por día ve diezmar su población por los bárbaros que impunemente la hostilizan sin tregua... ¿cuáles son las garantías que disfruta el Estado en cambio de sus afanes por el sostenimiento de la nación? ¿Cuál la reciprocidad debida a los sacrificios que difícilmente la arruinan si los semovientes y sementeras se hallan a merced de las hordas de salvajes que se enseñorean en sus campos; si la vida del agricultor, del minero o del transeúnte es un azar desde el momento en que se separa de un poblado; y por último, si después de haber reducido los bárbaros las poblaciones a presidios en que unos cuantos centenares de gandules han confinado a la gente civilizada?¹⁰⁶

El Congreso del Estado reconocía la imposibilidad de proteger a los sonorenses, debido a la falta de recursos. Consciente de la necesidad de garantizar la paz y la seguridad a los habitantes de la entidad, y de la obligación que las autoridades políticas tenían de hacerlo, sólo podía dirigirse al gobierno nacional solicitando apoyo:

¹⁰⁵ *La Estrella de Occidente*, 29 abril 1870.

¹⁰⁶ *La estrella de Occidente*, 10 junio 1870.

La conservación de la sociedad es la primera de las obligaciones de todo gobierno, y nosotros como representantes de esta legislatura de los intereses de los Distritos del estado, faltaríamos a nuestro deber, si impelidos por los deseos de contribuir a remediar los males que sufre nuestra sociedad nos abstuviéramos de levantar ante vosotros nuestra débil voz en solicitud de una medida que alivie siquiera la situación que pesa sobre el Estado, particularmente sobre la frontera, próxima a despoblarse del todo por la cruel guerra de los bárbaros. Hace como cuarenta años que esta tribu mal contenida ya por el descuido en que se vieron las fronteras de la República por los diferentes gobiernos que sucedieron al colonial, se levantó en masa, y desde entonces comenzó para Sonora una época de guerra y exterminio, una época de atraso, de paralización y miseria que han reducido a nuestros distritos fronterizos al estado de aniquilamiento y postración en que hoy se encuentran hasta el grado de no tener ya elementos de vida para subsistir.¹⁰⁷

Contrario a este discurso, el conflicto con los grupos apaches fue intermitente, el estado no se encontraba paralizado, ni los apaches buscaban llevar a cabo el exterminio de los vecinos. Por el contrario, la reproducción de los patrones culturales de los apaches dependía en cierto grado, de sus incursiones a Sonora y Chihuahua. Si acababan con los sonorenses y sus recursos, a dónde llevarían sus incursiones. A pesar de lo anterior, fueron innegables los daños causados y las vidas tomadas por los apaches en sus incursiones.

Al interior del discurso sobre la guerra apache, se advertían intereses políticos y económicos ocultos, señalándose constantemente la complicidad de comerciantes

¹⁰⁷ *La Estrella de Occidente*, 20 mayo 1870.

norteamericanos, así como afanes expansionistas moviéndose detrás de las incursiones. El discurso sobre el conflicto apache tiene un uso político, el gobierno estatal necesita de la idea de la guerra apache, para cohesionar, para unir a la población en torno a las autoridades estatales. Este discurso llevaba una fuerte carga emocional, se da una polarización entre otredad y mismidad, se busca desacreditar al otro, haciendo uso de imágenes negativas y estereotipos, se llama al uso de la violencia pues el diálogo no es posible por las características de los apaches, no se puede dialogar con ellos porque son traidores, no se puede esperar piedad de ellos porque son crueles, ladrones, asesinos. En contraparte, se llama a la cohesión de la sociedad sonorense y hay un sentimiento de encontrarse solos en esta lucha, sin apoyo del gobierno federal o la cooperación de otros estados afectados por el mismo problema. Una sociedad sola y desprovista frente a numerosas amenazas externas.

4.4 Significaciones imaginario sociales en la guerra apache

La forma en que el gobierno sonorense representó a los apaches, mediante su discurso, fue una expresión del imaginario sonorense y de las significaciones e instituciones que lo conformaban. Las ideas respecto al otro se manifestaron en los apelativos que se utilizaron para designarlos. En las páginas del diario oficial, los más utilizados fueron: apaches, bárbaros, enemigo, indios, salvajes, indios bárbaros, gandules y otros. Estas denominaciones nos dicen mucho de las significaciones que entraban en juego en la relación entre sonorenses y apaches.

El término apache era utilizado para referirse a los grupos atapascanos, pero esta palabra no existía en el lenguaje de los Nnee, Tinneh o Inde, “hombres”, “seres humanos” o “gente”. “Apache” era una palabra tomada por los españoles de los maricopas o zuñis, y luego adoptada por los mexicanos y estadunidenses, esta denominación significa “enemigo”. Así, como señala Ortelli, los apaches fueron estigmatizados desde el momento en que fueron nombrados por sus vecinos.

La civilización era una significación presente en los imaginarios de la sociedad no indígena y mediaba en el trato entre ellos y los indios nómadas (Trejo 2013, 14). La civilización sólo existe en oposición a la barbarie, no pueden existir hombres civilizados si no es en contraposición a los bárbaros, ambas fueron consideradas etapas del progreso humano. En el imaginario de los hombres blancos del siglo XIX existía la idea de que los seres humanos pasaban por diversos estados, salvajismo, barbarie y civilización. Los indios, especialmente los nómadas independientes, fueron calificados como bárbaros por su estilo de vida nómada, por sobrevivir de la caza, recolección y la guerra a sus vecinos. La rusticidad, la fiereza, la falta de cultura y la crueldad eran las características que distinguían a los bárbaros, quienes según el gobierno sonorense asesinaban por diversión y robaban por costumbre¹⁰⁸; en contraparte, por civilización se entendía “aquel grado de cultura que adquieren los pueblos o personas, cuando de la rudeza natural pasa al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propios de la gente culta”.¹⁰⁹ Los hombres civilizados, eran aquellos que se habían alejado de un estado natural, pasando a un estado artificial; los apaches eran bárbaros porque aún se encontraban en esa fase, no habían establecido un

¹⁰⁸ Nuevo diccionario histórico del español. RAE

¹⁰⁹ Nuevo diccionario histórico del español. RAE.

orden social que reemplazara la independencia individual y el desorden de la vida salvaje y bárbara, según las ideas de la época (Bancroft 1883, 1-3). Los bárbaros eran los enemigos por excelencia de la civilización, del orden de la gente política y según el gobierno sonorense, el derecho de gentes debía considerar a los bárbaros como enemigos del género humano¹¹⁰, esta clasificación permitía ofrecer recompensas por apache muerto, promover la mutilación de sus cuerpos como prueba de muerte y probablemente también como afrenta

Los apaches eran nómadas y generalmente vivían en pequeñas bandas, desde el imaginario de la época, esta existencia se consideraba una expresión de su barbarie, pues la necesidad de asociación era una condición primaria para el desarrollo; para la manifestación del alma del progreso era necesario un cuerpo social, compuesto de numerosos órganos cumpliendo diversas funciones. En el salvajismo y la barbarie, dominaba la voluntad individual, la unión y cooperación eran momentáneas, para alcanzar fines inmediatos: cazar, ir a la guerra, en cuanto la necesidad desaparecía también lo hacia la unión (Bancroft 1883, 56-59). Su fraccionamiento y su movilidad eran vistas en la época como signos de su barbarie, pues no vivían en grupos numerosos formando villas, pueblos o ciudades, como lo hacia la sociedad mestiza o blanca. Estas características eran una expresión de su modo de vida, no practicaban actividades agrícolas que pudiesen sostener grandes grupos, la recolección y la caza precisaba que fuesen grupos pequeños y rotaran en función de los recursos. Las mismas condiciones eran indispensables si vivían de hacer la guerra a sus vecinos, un grupo grande difícilmente podía ocultarse, moverse rápidamente o sobrevivir periodos largos de tiempo de lo robado en los poblados vecinos.

¹¹⁰ *La Estrella de Occidente*, 1 noviembre 1872.

De estas mismas ideas se desprende que para la época la unión y la cohesión en la búsqueda de objetivos comunes eran características de las sociedades civilizadas, de ahí que el gobierno de Pesqueira hiciera constantes llamados a la población sonorense para unirse mas allá de las diferencias políticas, económicas, sociales, en la búsqueda del objetivo común: enfrentar y vencer a los bárbaros para alcanzar la paz en el estado, condición indispensable para el progreso en la entidad.

Distintas significaciones entran en juego al hablar de apaches y otros grupos como seris, yaquis y mayos. Las significaciones imaginario sociales “barbarie” y “civilización” presentes en el imaginario de los sonorenses les permitieron caracterizar a los apaches. Los apaches son bárbaros porque son nómadas, porque sobreviven casi exclusivamente de sus incursiones, no cultivan la tierra que es un elemento importante en el imaginario sonorense y porque son belicosos, presentan una propensión a la guerra y efectivamente la guerra debe haber sido un elemento central en el imaginario apache, pues su vida se estructuraba en torno a ella. En cambio, los grupos que poblaban las fronteras del sur, en referencia a yaquis y mayos, eran sedentarios, habían admitido el bautismo y otras prácticas de la religión católica,¹¹¹ sus alzamientos aunque constantes no tenían la frecuencia ni la intensidad de las incursiones apaches, eran más cercanos a la sociedad sonorense, el imaginario de ambos grupos encontraba puntos de convergencia, eran mano de obra en las haciendas y no sobrevivían casi exclusivamente de lo que robaban. Eran semi-bárbaros porque a pesar de tener cualidades “positivas” presentaban una propensión a la guerra y no

¹¹¹ Encontramos aquí un punto de coincidencia entre el imaginario de los sonorenses y estadunidenses, para quienes el elemento religioso contribuye a elevar de la barbarie al siguiente estadio, la civilización.

querían sujetarse a las leyes del estado, por lo cual no podían ubicarse totalmente en la categoría de civilizados.

Al hablar de la barbarie, se evocan otras significaciones e instituciones como la belicosidad de los apaches, la condición de nómadas o sedentarios, el territorio, todas ellas se entrelazan en la red del imaginario social de los hombres de la época. El territorio fue otra significación que entró en juego en la relación entre apaches y sonorenses. Ésta estaba presente en el imaginario de ambos grupos, pero se concebía de distinta forma. Los apaches son nómadas y su movilidad dentro del territorio reconocido como propio, incluye parte de los estados de Sonora y Chihuahua, su presencia y actividad dentro del estado de Sonora son una expresión de sus patrones culturales; de estas actividades depende la preservación de su modo de vida. Los sonorenses conciben el territorio de una manera distinta, luchan por la posesión, por el control efectivo del mismo ese territorio y sus recursos que los apaches constantemente trastocan. El hecho de que los apaches sigan patrones semi-nómadas de movilidad estacional, que sobreviven del fruto de sus incursiones de la caza y la recolección, su belicosidad, sus costumbres contrarias a los sonorenses son evocadas mediante la significación imaginario social “bárbaro”. En el imaginario de los sonorenses está la idea de que los apaches atacan a los sonorenses porque su naturaleza es violenta y cruel, porque se deleitan en la matanza y el pillaje, “esa serie de depredaciones y sangrientos crímenes en que se ha cebado el feroz apache”, como si la depredación y el crimen fuesen el alimento de los apaches. Claro está que no sólo su condición de bárbaros estaba tras sus incursiones, los militares y civiles estadounidenses jugaron un papel importante por omisión o propiciándolas al proveer a los apaches con los implementos necesarios para llevar a cabo los ataques: armas, monturas, municiones, provisiones y

alcohol, a cambio del botín robado en las poblaciones fronterizas. Esta situación era conocida y denunciada constantemente por autoridades y vecinos en Sonora.

La barbarie y el nomadismo guardan una relación estrecha. La idea del nómada como una amenaza, una figura de la que se desconfía por no tener asiento fijo. Se tiene la idea de que el hombre debe asentarse, la tierra debe fraccionarse, dominar y controlar el medio, explotar sus recursos; los nómadas independientes guardan otra relación con el territorio, ellos no buscan fraccionar, dominar, controlar, la importancia del territorio radica, más que en un control absoluto del mismo, en tener un lugar desde dónde salir y a dónde regresar, dónde reproducir sus patrones culturales.

Las costumbres y modo de vida de la sociedad blanca y mestiza eran la pauta de la civilización y los apaches adoptaban ciertos elementos favorables a sus fines; por ejemplo, el gobierno estatal se lamentaba que desde que se habían ubicado en las reservaciones los apaches seguían depredando en Sonora mejor avituallados que nunca, “esos salvajes ahora nos visitan con el vestido de la civilización... usando monturas, vestidos, frazadas como las del ejército americano”, además de armas y municiones también proporcionadas por los propios militares encargados de las reservaciones.¹¹² El gobierno de Pesqueira señalaba que estos elementos les daban la ventaja al incursionar al estado, porque les permitían acercarse a sus víctimas y ser tomados como miembros del ejército estadunidense, o simplemente porque las tropas encargadas de repelerlos no contaban ni con buenas monturas ni con armas en buenas condiciones ni en número suficiente.

¹¹² La Estrella de Occidente, 5 diciembre 1873.

Gandul o gandules, era otro término utilizado en las notas del Diario Oficial para designar a los apache. Esta palabra de raíces árabes, se utilizó como sustantivo y se aplicó a los indios bárbaros. Durante la conquista, los españoles la utilizaron para hacer referencia a indios jóvenes y fuertes que peleaban contra ellos; vagabundo, truhán, holgazán también eran parte de su significado. Este término introducido por los españoles fue heredado por los mexicanos y utilizado ocasionalmente para hacer referencia a varones apaches adultos: “[...] después de haber reducido los bárbaros las poblaciones a presidios en que unos cuantos centenares de gandules han confinado a la gente civilizada”.¹¹³

¹¹³ *La Estrella de Occidente*, 10 junio 1870.

Capítulo V. La guerra apache en el estado desde otros imaginarios: autores estadunidenses de la segunda mitad del siglo XIX

A lo largo del siglo XIX, diversos actores no atapascanos entraron en contacto con dichos grupos. Estos observadores externos no permanecieron indiferentes y, por diversos motivos, dejaron constancia, por escrito, de las relaciones que entablaron o de la información que recolectaron sobre los apaches. Tanto los autores que convivieron de manera cercana, ya fuese por cortos intervalos o prolongados períodos, como aquellos que los conocieron indirectamente, no permanecieron apáticos ante estos grupos y su situación; desarrollaron simpatía por ellos o bien se formaron una opinión negativa que plasmaron en sus obras. Difícilmente, podría encontrarse un texto que ubicada en la región fronteriza durante el siglo XIX, no tuviera a los apaches entre sus páginas. De igual forma, no es posible hablar de los atapascanos en la zona fronteriza sin abordar el conflicto entre estos y los sonorenses, es decir la guerra apache en el estado.

El objetivo de este capítulo es llevar a cabo un análisis de algunos de estos textos, producidos durante la segunda mitad del siglo XIX, que siendo o no su propósito principal, nos transmiten información sobre los atapascanos y sobre el conflicto con ellos en Sonora, a la vez que nos hablan del mundo al que pertenecían sus autores, sus imaginarios y la forma en que funcionaban las distintas sociedades ubicadas en la región fronteriza.

Los criterios para seleccionar las obras fueron: que fueran lo más cercanas posibles al periodo de estudio, 1867-1876; que aportaran información relevante sobre los grupos apaches, la situación del estado de Sonora en la época, la situación de la zona fronteriza Y el conflicto con los apaches en la entidad. Al desarrollar estos temas, las obras nos

proporcionan elementos que dejan entrever el imaginario de sus autores, así como de sonorenses y apaches.

5.1 Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua, 1850-1853, John Rusell Bartlett

John Rusell Bartlett, prolífico autor, historiador y lingüista estadunidense, publicó su obra en el año 1856. Como su título lo indica es una narrativa personal fruto de exploraciones e incidentes que tuvieron lugar durante el lapso que va de 1850 a 1853, mientras viajó por los estados de Texas, California, Nuevo México, Sonora y Chihuahua, al frente de la comisión estadunidense encargada de fijar los límites entre Estados Unidos y México, tras los cambios en la región fronteriza, derivados de la guerra (1846-1848) entre ambos países.

Como él mismo lo señala, su principal objetivo al escribir fue proporcionar una guía útil para emigrantes y otros viajeros. Detrás de este “desinteresado” fin subyace un propósito mayor: brindar una descripción detallada de la región con miras a la construcción de un ferrocarril, así como proporcionar información útil relacionada con las minas y otros recursos existentes. A la vez que realizaban sus deberes relacionados con la fijación de la nueva frontera, Bartlett y parte de su equipo se dedicaron a la observación científica de la flora, fauna, clima, grupos humanos, lugares, recursos minerales, topografía, entre otros elementos. Formaron colecciones y recolectaron toda clase de información que pudiese resultar útil para el mejor conocimiento del territorio recién adquirido por los Estados Unidos.

Con un interés especial, Bartlett se avocó a observar y estudiar a los grupos indígenas de la región con el fin de “llevar a cabo un estudio etnográfico de las tribus que nos precedieron en la posesión de nuestro país, de la raza roja, ahora rápidamente desapareciendo...”. Detrás de estas palabras, subyace la idea de que los nativo americanos fueron los dueños originales del territorio, señala que ahora están desapareciendo rápidamente como si esto fuese el curso natural de los acontecimientos. Aparece la idea del destino manifiesto, los estadunidenses tienen el derecho a ocupar el espacio que anteriormente pertenecía a otros, como los nativos americanos y mexicanos. Esto se justifica desde el imaginario de los estadunidenses: tienen derecho tanto al territorio de los nativos porque ellos representan el atraso, la barbarie, como al territorio de los mexicanos porque ellos no han podido controlarlo efectivamente, motivo por el cual se encuentra “infestado de tribus salvajes”. Bartlett repara en que los grupos originarios se están extinguiendo, pero no expresa pena o solidaridad hacia ellos porque en su imaginario los acontecimientos siguen un curso natural y la secuencia lógica es que sobre la barbarie se eleve la civilización.

La observación y la descripción son las bases de su obra, que se desarrolla como un diario de viaje, escribe sobre lo que observó de forma directa, cuando da cuenta de un hecho referido por otras personas lo hace para explicar mejor alguna situación que él está presenciando. Bartlett escribe con un enfoque positivista, que concede especial atención al dato, a la observación directa, a la objetividad. Sobre los grupos indígenas que registró en su obra, señala que no buscó profundizar sino “hablar de ellos basándome en lo que vi, señalar sus asentamientos, relatar los incidentes ocurridos entre nosotros tal como tuvieron

lugar” (324). Describe las situaciones y actos de la misma forma que lo hace con el paisaje, los animales y plantas que encontró a su paso.

La obra está dividida en ocho apartados, dedica el tercero, compuesto por doce capítulos, a los incidentes que tuvieron lugar durante su paso por Sonora y lugares aledaños, desde su entrada por Agua Prieta, en mayo de 1851, hasta que abandona el estado vía el puerto de Guaymas, en enero de 1852.

En el imaginario que Bartlett comparte con su sociedad, hay una visión racista sobre los otros, fundada en la dicotomía racial blancos e indios. De este lado de la frontera, establecer esta división era más difícil, entonces Bartlett parece dividir la sociedad sonorense en tres grupos: indios, clases bajas, élite. Los sonorenses de las clases bajas le merecen una opinión aún más desfavorable que los indígenas y utiliza degradantes términos para referirse a ellos, subrayando su cobardía, falta de higiene, y otras actitudes negativas. En su paso por la región fronteriza del estado va comparando a los vecinos con sociedades que él considera superiores, como la estadunidense y la europea. Sobre los sonorenses que conoce en Fronteras, señala que son “la clase más baja de mexicanos”, “son muy pobres, presentan enfermedades como resultado de una alimentación deficiente y hábitos sucios” (269, 271). En relación a los vecinos que conforman la Guardia Nacional del lugar apunta, “toda variedad de indumentaria parece admisible y el único punto en que todos coinciden es en estar extremadamente sucios” (268, 271, 279).

En general, con excepción de oficiales como Carrasco y otros, tiene una opinión desfavorable de los habitantes de la región de Fronteras, de quienes dice son inferiores, atrasados, sucios. Sobre los vecinos de Bacoachi es aún más radical en sus opiniones

señalando: “pensé que había visto la miseria humana en su peor estado, pero aquí era un poco más profunda. Una población más degradada, inmunda, sucia que ésta, difícilmente puede existir” (277).

Haciendo una comparación con otras regiones fronterizas concluye que los habitantes de la región de Fronteras “parecen distintos en muchos aspectos de aquellos habitantes de los pueblos del Río Grande, donde el contacto con los americanos ha tenido su efecto (que yo podría decir para bien) sobre los mexicanos” (272). Para Bartlett, los americanos son superiores y el contacto con ellos influye positivamente en los otros grupos. El autor encuentra afinidad con ciertos tipos de personas: los miembros de las élites, los extranjeros radicados en Sonora, los oficiales de la Guardia Nacional que “parecen ser hombres inteligentes, van bien vestidos y contrastan con los soldados”, pero señala que provienen de la Ciudad de México, no son originarios del estado. Igualmente resalta la cortesía y hospitalidad de “la mejor clase de mexicanos, particularmente aquellos de pura sangre Castellana” (285) en referencia a ciertos habitantes de Arizpe, probablemente de origen criollo.

Bartlett describe el clima de inseguridad y miedo en los poblados de la región fronteriza del estado frente a las incursiones de los apaches, incluso poblaciones abandonadas, otras como Arizpe han visto su población reducida drásticamente. Existe una carestía de alimentos y de toda clase de artículos debido a los constantes ataques, que afectan las actividades económicas en la entidad y hacen los caminos peligrosos.

Señala que una característica peculiar de los pueblos mexicanos de la frontera es que se sacrifica todo a favor de la seguridad, “los agricultores no construyen sus ranchos o

casas en sus tierras cultivables, sino que se congregan en la meseta desértica, elevada sobre el valle adyacente del cual derivan su subsistencia, sacrificando confort y conveniencia, a favor de su seguridad” (275). En referencia a Bacoachi, lo describe como un lugar verdaderamente miserable, donde las depredaciones indias eran el único tema de conversación. El miedo entre los pobladores es tal que Bartlett no encontró hombres a quienes contratar “para llevar a sus animales a una pradera a media milla del poblado”; en Arizpe y la mayor parte de las poblaciones fronterizas la sensación de temor es la misma (277, 285). El temor a las incursiones apaches está anclado en la mentalidad de los habitantes del estado, la figura del bárbaro y lo que representa: crueldad, salvajismo, violencia, están presentes en el imaginario de la sociedad sonorense.

Para Bartlett este miedo crónico a los apaches que presentaban los vecinos los acobardaba; así, refiere un incidente que ejemplifica este clima de temor que producía desastrosos resultados:

“En el pueblo de Hermosillo, con una población de trece o catorce mil habitantes, sólo se pudo organizar una partida de cuarenta hombres, contratados para marchar contra un grupo de aproximadamente cien indios que devastaban la porción más rica del estado, asesinando a los habitantes, destruyendo los cultivos y robando ganado a su paso. Estos hombres salieron en su persecución al mando de un oficial. Encontraron al enemigo cerca de Ures, pero ¿cuál fue el resultado? Los indios inmediatamente hicieron una carga desesperada sobre los mexicanos, poniéndolos a huir y asesinando a cerca de treinta de ellos. El oficial y otros tuvieron éxito escapando a Ures. La excusa del oficial para su comportamiento fue que todos sus

hombres habían huido y ante la inutilidad de enfrentar solo al enemigo, se había visto obligado a huir con el resto para salvar su vida. Vi a un caballero días después que visitó el lugar donde la pelea tuvo lugar. Los mexicanos habían sido lanzados por detrás y sus armas, que yacían al lado, no habían sido disparadas...” (Bartlett 451).

El autor señala que las tropas encargadas de perseguir a los apaches constantemente huían, “muchos caballeros y oficiales militares mexicanos me han dicho que diez apaches pondrían a cien de sus compatriotas de la clase más baja a correr. Ellos entrarían en pánico y si tuvieran que disparar sus armas lo harían al azar, con los ojos cerrados y volviendo sus cabezas...” (Bartlett 449). Los sonorenses reconocían la superioridad de los apaches en el campo de batalla, además el hecho de que el enemigo estaba mejor armado y montado que los vecinos perseguidores debe haber menguado su ánimo y el temor de perder la vida los motivaba a huir.

En ciertos puntos el imaginario del autor encuentra puntos de coincidencia con el de los miembros de las élites sonorenses con quienes tiene mayor afinidad, se refiere a ellos como caballeros, contrario a las opiniones desfavorables que tiene sobre los vecinos de las clases más bajas. Sus imaginarios convergen, por ejemplo, en la idea de que los apaches con sus incursiones impiden el progreso del estado. Las tierras fértilles no pueden trabajarse, el clima de inestabilidad e inseguridad es contrario al progreso, las incursiones debían terminar para que el desarrollo material llegara al estado, “con su rica tierra y las ventajas de la irrigación, unos cuantos años de paz y seguridad se requerirían para hacer de estos hermosos valles las moradas más encantadoras” (276). Veladamente, el autor desliza la idea

de que los sonorenses no tienen los elementos para establecer la paz, la seguridad, las condiciones indispensables para alcanzar el progreso, es por esta razón que los estadounidenses se han comprometido a proteger a los estados norteños de los ataques de los nómadas independientes que habitan a lo largo de la frontera.

Al ser una persona educada y cercana a la ciencia, Bartlett poseía conocimiento de la vastedad de grupos que conforman la familia atapascana, y era consciente de la dificultad de saber si todos aquellos englobados en el término apache los eran o no, “sólo una comparación entre sus lenguajes y posiciones etnológicas lo determinarían con precisión”, sólo un análisis científico podría establecerlo. Algunos elementos culturales compartidos por los atapascanos, que arrojan luz sobre el imaginario de estos grupos, aparecen a lo largo de la obra.

Entre ellos encontramos la importancia que conceden a los cautivos y el botín obtenidos como “despojos de guerra”. El prestigio social derivado de su posesión y su valor, radican en que se arriesga la vida para obtenerlos, es válido tomarlos por la fuerza aunque pertenezcan a otros. Por ejemplo, el grupo de Bartlett recuperó a una jovencita sonorense tomada cautiva por los apaches y vendida a comerciantes de Nuevo Mexico, “ninguna libertad impropia había sido tomada contra su persona, pero la habían hecho trabajar muy duro” (308).

Los cautivos eran muy valiosos entre los atapascanos, no sólo por las relaciones interpersonales que desarrollaban con sus captores, su papel en los circuitos de intercambio, o su importancia para evitar el tabú del incesto al interior de las bandas, sino también como fuerza de trabajo ayudando a las mujeres apaches en toda clase de labores, ya que los

guerreros sólo se dedicaban a la caza y la guerra (308). Cuando Bartlett informa a los apaches que ya no pueden tomar cautivos mexicanos y que deben liberar a los que se encuentran con ellos, los apaches se negaron, argumentando que los cautivos se obtenían mediante la guerra y pasaban a ser su de legítima propiedad. Sobre este particular los apaches eran muy firmes, se negaban a devolver a los cautivos, señalando que los mexicanos nunca devolvían a los prisioneros apaches.

Otro aspecto que destaca Bartlett es el importante papel de las mujeres, quienes realizan prácticamente todo el trabajo necesario para mantener funcionando los campamentos y en las labores del campo. Sobresale su rol como emisarias, intermediarias entre los grupos, “ellos mantienen amistad con los asentamientos enviando a sus mujeres mayores a comerciar y pedir, pero los guerreros raramente se muestran” (324).

Bartlett se muestra sorprendido gratamente por la elocuencia, el razonamiento, la educada manera de conducirse que presentaron los apaches con quienes tuvo contacto durante su viaje. A propósito de cierta ocasión en que compartió la mesa con Mangas Coloradas y algunos miembros de su banda, señala que “se comportan con decoro, como si se hubieran manejado en la sociedad civilizada toda su vida” (320). El autor se muestra impresionado pues la conducta de los apaches no concuerda con las ideas preconcebidas que tenía sobre ellos: “con algunas excepciones, los apaches son una raza mal formada, demacrada y de aspecto miserable...no cultivan la tierra y dependen de lo que pueden robar a los mexicanos y americanos en la frontera para su subsistencia. Su alimentación es a base de carne de mula y cuando ésta falta, recurren al bulbo del maguey o mezcal... Nunca vi una cara dulce o amigable entre ellos, por el contrario todos tienen una mirada traicionera y

diabólica que expresa su verdadero carácter” (327). A raíz del contacto más cercano con algunos de ellos, su idea de los apaches no se modifica radicalmente, pero reconoce la existencia de excepciones a la regla dentro de estos grupos.

Resalta la conveniencia de mantener relaciones amistosas con los indios, “apegarse a lo que está bien y cumplir las promesas que se hagan asegurará la amistad de los apaches”. Bartlett reconoce que existen diferencias en el comportamiento de los distintos grupos apaches, señala que tienen la reputación de ser la tribu más hostil y traicionera para los blancos entre el Río Grande y el Pacífico, pero una vez que entró en contacto directo con algunos de ellos, encontró que no era así necesariamente. Para él, “es la conducta de emigrantes y comerciantes sin escrúpulos que han sembrado la violencia y el vicio entre ellos conduciendo a las dificultades que anteriormente se han tenido”. Por una parte, reconoce que los conflictos con los apaches no se deben a un carácter violento o conflictivo de su raza, superando así la idea de que la naturaleza de estos grupos es sanguinaria y cruel; por la otra, tiene la idea de que los indios pueden ser fácilmente influidos por otros.

Las relaciones cordiales establecidas por la comisión y los apaches, empezaron a deteriorarse a raíz de un desafortunado incidente, que ejemplifica la fragilidad de las relaciones entre los grupos en la región fronteriza: un trabajador mexicano que iba en la comisión asesinó a un apache en una disputa por un látigo. El mexicano le disparó y trató de huir pero fue detenido. Empiezan los choques entre los imaginarios de ambos grupos y se ponen de manifiesto las distintas ideas de lo que es justicia, lo permitido y no permitido, lo que está bien y lo que está mal, Al sonorense le parece fácil dispararle a un apache en una pelea por un artículo, perteneciente a este último; los apaches buscan justicia según sus

costumbres por ser el agravio contra uno de los suyos; los estadunidenses quieren aplicar sus leyes pues el incidente ocurrió dentro de su territorio, aunque los involucrados son miembros de otras sociedades (332). Los apaches solicitan una pena inmediata y en el lugar de los hechos, quieren la satisfacción de ver al asesino ser castigado con la muerte frente a sus ojos, frente a los familiares de la víctima, no confían en la justicia que se aplica en un lugar distante de dónde ocurrió el agravio.

El comisionado, tomó una actitud pragmática y buscó ofrecer una solución que evitara un conflicto abierto con los apaches, proponiendo una compensación económica que los apaches rechazaron con elocuencia y sagacidad, argumentando que el dinero no compraba la sangre de uno de los suyos.

En un discurso profético, Bartlett señaló que los estadunidenses no castigaban indiscriminadamente a los apaches y que no hacían pagar a unos por los crímenes y las faltas de otros, lo cual efectivamente sucedió en décadas posteriores. Deslizó unas veladas amenazas sobre el poderío y superioridad numérica del ejército estadunidense y cómo de ser necesario podrían despojar a los apaches de sus tierras, pastos y aguas, destruyendo a cada apache que encontraran a su paso y tomando cautivos a sus mujeres y niños. Probablemente lo hizo con el propósito de amedrentar o calmar los ánimos entre los presentes, o bien para mostrar que los apaches podían confiar en las leyes de los norteamericanos. Al final los apaches aceptaron la compensación, probablemente para evitar una confrontación abierta con los estadunidenses, pues en su imaginario la venganza era necesaria para compensar la muerte de uno de los suyos, lo correcto era que el agresor pagara con su vida por la sangre de uno de sus “bravos” (331-339).

Para el autor, los apaches comprendieron los cambios de la geografía fronteriza tras la guerra entre México y Estados Unidos, pero parecían no entender por qué a los norteamericanos les importaba que incursionaran en México y se mostraban renuentes a acatar esta disposición del Tratado de Guadalupe Hidalgo. Entre las razones Bartlett señala que los indios sentían un profundo odio por los mexicanos, aún así hacían distinción entre Sonora y Chihuahua, en ocasiones estaban en paz con Chihuahua, pero siempre peleando contra Sonora, debido a actos de traición y crueldad perpetrados contra ellos, masacres cometidas por cazadores de cabelleras, ataques a apaches de paz en Janos por vecinos sonorenses integrantes de la Guardia Nacional, entre otros crueles episodios; además los apaches estaban habituados a moverse a voluntad, desplazándose a través de este territorio dentro del cual ahora se les quería restringir el paso (313-322).

La dicotomía barbarie-civilización está presente en el discurso de Bartlett, pues lo está también en su imaginario. Los indios son salvajes, bárbaros, atrasados, belicosos. Sin embargo, su naturaleza salvaje puede ser dominada a partir de una institución presente en el imaginario del hombre blanco: la religión cristiana. Al hablar de las tribus indígenas que habitan el estado, señala que yaquis y ópatas se han acercado a la civilización, abandonando sus costumbres salvajes, transformación influida por su conversión (443). Sobre los yaquis señala que “en la historia temprana del país eran extremadamente belicosos, pero al convertirse al cristianismo, su naturaleza salvaje ha sido completamente suavizada, y se han convertido en la gente más dócil y tratable” (444).

Sobre los ópatas señala que han “manifestado un carácter franco y dócil simpatizando en todas las cosas con los blancos”, se caracterizaron por su bravura, pero a

diferencia de otros grupos, utilizaron sus destrezas como auxiliares del gobierno del estado en el combate a los apaches, a cambio de recompensas. El autor rescata su papel como indios aliados del gobierno (444-445). Estos grupos indígenas se han alejado de la barbarie y el salvajismo, porque se han acercado a los blancos, a la civilización, abandonando sus costumbres hostiles, salvajes. Al encontrar puntos de convergencia con la sociedad blanca van abandonando su naturaleza salvaje.

5.2 The Geography and Resources of Arizona y Sonora: an Address Before the American Geographical & Statistical Society, Sylvester Mowry

El texto de Mowry, un empresario estadunidense, se escribió para ser presentado frente a la sociedad geográfica y estadística americana, con el fin de promocionar el potencial de los recursos minerales de Sonora, con miras a lograr su anexión tal como había sucedido con Arizona y Nuevo México. Consideraba que la reciente adquisición de estos territorios hacia necesaria la posesión de Sonora para el establecimiento de un puerto en el Golfo de California que diera salida a los productos de Arizona (3).

Mowry describe a Sonora como un lugar mayormente montañoso, dotada con ríos y abundante riquezas minerales, presenta los elementos necesarios para la cría de ganado y tiene tierras propicias para el cultivo. Es un sitio que cuenta con lo necesario para asegurar el éxito de cualquier empresa. Solo una pequeña parte de su población sabe leer y escribir, son generalmente hospitalarios y sus mujeres son descritas como de buen corazón y obedientes de sus esposos (27), seguramente estas son características apreciadas por Mowry en las mujeres ya que son las que destaca. Al igual que Box y Bartlett repara en la

arquitectura defensiva presente en la mayoría de los poblados fronterizos, por ejemplo su ubicación en sitios apropiados para la defensa. El clima es descrito como agradable, sin frío severo ni calor opresivo. Políticamente el estado se divide en nueve distritos, gobernados por un prefecto. Subraya también la importancia del puerto de Guaymas.

Autores como Tinker Salas e Ignacio Acuña han señalado que era opinión compartida, entre algunos prominentes ciudadanos estadounidenses de la época, la conveniencia de anexarse Sonora, pero sin su población; entre ellos se encontraba Mowry. No sería extraño entonces, pensar que las incursiones apaches eran vistas por algunos como un medio que podía servir a este fin, de ahí que los estadounidenses no interviniéran para bloquear el mercado negro donde los apaches se abastecían de armas modernas y municiones para utilizar en sus ataques a Sonora.

La obra de Mowry mezcla la descripción física del estado de Sonora y del territorio de Arizona, que considera las piezas de una mancuerna necesaria, fragmentos de su historia, descripciones de algunos grupos indígenas y su papel como aliados o enemigos; su interés es de tipo económico y señala los obstáculos con los que pueden toparse los norteamericanos en suelo sonorense, sobresaliendo, al igual que en todas las obras de este tipo y época, el peligro de los apaches.

Al igual que Box, Mowry también recurre constantemente a la dicotomía barbarie civilización. Concibe a los apaches como la barbarie, “indios fuertes que han extirpado gradualmente, todo rastro de civilización y se mantienen errantes y sin ser molestados como únicos poseedores de lo que alguna vez fue una prospera y populosa provincia española” (4). Los mexicanos no tienen las cualidades de los españoles, a quienes ambos consideran

una raza superior a mexicanos y apaches, y por ello padecen el yugo de los salvajes. Box también comparte la idea de que ricas minas fueron abiertas y trabajadas durante la colonia, pero sin recibir protección del gobierno mexicano fueron abandonadas y así permanecen. Esto no significa que los españoles no sufrieron los ataques apaches, pues como señala Mowry “las misiones y asentamientos fueron repetidamente destruidos por los apaches...los indios privados de su libertad, forzados a trabajar en las minas, sin alimentos adecuados y sometidos a un trato bárbaro, se rebelaron y unieron a otros que nunca habían sido sometidos; una civilización superior desapareció bajo su devastadora carrera” (6). En el imaginario de ambos autores los españoles eran una raza superior a los mexicanos, aún así, la civilización que construyeron sufrió los embates de la barbarie y solo algunas ruinas de lo que alguna vez se construyó permanecen. Al igual que Box y Bartlett rescata el ejemplo de Arizpe y su valle, conocido como “el jardín de Sonora”, antaño esplendoroso y que hoy permanecen en ruinas debido a los ataques apaches. La melancolía provocada por los pueblos y ranchos abandonados está, para Mowry, “más allá de toda descripción”. De igual forma la población ha decrecido, en lugar de aumentar debido a las incursiones. En algunos años, aseguraba, si algunos cambios no tienen lugar Sonora será despoblada completamente.

Para resaltar lo que podía lograrse al poner fin a la guerra apache, pone el ejemplo de Nuevo Mexico donde los apaches mezcaleros han sido “reducidos en número y espíritu” mediante una presencia permanente del ejercito de los Estados Unidos (9). Esto mismo puede lograrse en Arizona y Sonora. Tras la pacificación, vendría la prosperidad, así estaba sucediendo en Arizona que, según Mowry, tras ser anexada por los Estados Unidos, se estaba reorganizando y su población, antes mexicana, se mostraba bien dispuesta al cambio.

Pese a esta declaración, en la obra de Mowry se percibe un cierto prejuicio hacia los mexicanos, aún los que se habían convertido en ciudadanos de Arizona y Nuevo México tras su anexión, aunque al igual que Bartlett señala que el ejemplo de los estadunidenses es benéfico para ellos y de ninguna forma comparten la degradación de sus ex compatriotas sonorenses. Seguramente este elemento racial presente en su imaginario lo hace considerar como lo más conveniente la anexión de Sonora sin la población.

Coincidiendo con el imaginario de la sociedad blanca de la época, los indios que colaboran con los blancos le merecen una opinión más favorable que los apaches. Es el caso de los pimas quienes brindan auxilio a los estadunidenses que viven en Arizona, por otro lado presenta a los pápagos como inferiores a los pimas y maricopas, probablemente estas clasificaciones se basan en el hecho de que mientras los pimas y maricopas viven en sus asentamientos donde practican la agricultura y tienen un trato más cercano con los estadunidenses, los pápagos no son agricultores y no parecen tener el mismo trato con los blancos pues Mowry no señala nada al respecto. Desde su imaginario el buen indio es que está más cercano a la civilización, es decir al modo de vida de los blancos, el indígena sedentario, agricultor; los que permanecen reacios a adoptar el modo de vida de los blancos son inferiores y aquellos como los apaches que permanecen hostiles y fieles a su modo de vida son los salvajes enemigos de la civilización. En el caso de Box son los ópatas quienes se ubican más cercanos a la civilización por ser los que más colaboran con la población mestiza del estado.

Mowry rescata el mestizaje entre apaches y mexicanos mediante la toma de cautivos. Desde su imaginario, al ser llevado a vivir entre sus captores los mexicanos se

vuelven como ellos: salvajes, pues son forzados a abandonar su modo de vida anterior y asumir el de sus nuevas familias. Otro elemento importante en su discurso, a diferencia de otros autores que exaltan la resistencia y el valor de los apaches, es la cobardía y la propensión a la traición presente entre los apaches, retomando a Velasco señala que los apaches solo atacan a quienes consideran más débiles, como es el caso de los mexicanos, mientras que temen a los adversarios más fuertes como los estadunidenses y evitan el combate con ellos. Los estadunidenses deben subyugarlos completamente o exterminarlos para lograr el desarrollo del territorio de Arizona.

El discurso de Mowry nos revela un elemento presente en su imaginario: la inferioridad de la sociedad mexicana, posesionada de un rico territorio que debe ser de los estadunidenses, “los indios apaches están preparando Sonora para el gobierno de una civilización más elevada que los mexicanos. En el medio siglo pasado el elemento mexicano ha desaparecido de lo que hoy se conoce como Arizona, ante la devastadora carrera del apache. Cada día retroceden más al sur, dejándonos (cuando esté preparada para tomar posesión) el territorio sin la población” (20). Sus argumentos son contradictorios pues mientras señala que sería un problema anexarse Sonora con su población, también declara que solo requiere una mano hábil y un buen gobierno hacer de los sonorenses sin valor de hoy en día, miembros útiles de la sociedad (27). Al igual que Box y Bartlett, considera que el contacto con los estadunidenses mejoraría la degradada raza mexicana en Sonora.

Para Mowry colosales fortunas pueden consolidarse al explotar las minas de Sonora y Arizona, estas al ser explotadas por los españoles ya han dado testimonio de su potencial,

los apaches provocaron que fueran abandonadas y ahora contribuirán a que queden en manos de los estadunidenses. La guerra con los apaches ha sido un obstáculo para que los minerales sean explotados plenamente, tanto como la falta de energía de la raza mexicana. Los españoles, con quienes encuentra más puntos de convergencia, “eran empresarios indómitos, que emplearon ciencia y capital y no repararon en gastos para triunfar en las empresas que emprendieron, mientras que el mexicano es pobre, sin energía, y demasiado flojo para confiar o ayudarse a sí mismo” (29).

La desunión de la sociedad sonorense, es para Mowry, al igual que para Box, una de las principales causas de los males que aquejan a Sonora, retomando a Velasco señala que si sus habitantes lejos de enfrascarse en luchas internas, se unieran contra el enemigo común el resultado sería distinto. Como los sonorenses no son capaces de resolver sus conflictos por sí mismos, es necesaria la intervención de una raza superior, para romper el círculo vicioso en el que están ciclados. Declaran que sería un acto que ganaría la eterna gratitud y amistad de los sonorenses, aniquilar a los apaches y anexar Sonora a los Estados Unidos.

Pese a que escriben desde distintas posiciones, Box y Mowry tienen objetivos similares, promocionar las riquezas del estado. De ahí que sus discursos encuentren múltiples puntos de convergencia entre sí, más que con el resto de los autores analizados. Es importante destacar que Mowry escribe basándose mayormente en otros, autores anteriores y contemporáneos; por lo tanto, su discurso se forma en la distancia, es una persona con recursos que no ha vivido ni convivido de cerca con apaches, con los sonorenses de clases bajas, con los colonos de Arizona, entonces su narración carece del

ímpetu con el que escribe Box, o de la simpatía por los personajes de Bourke. Mowry al igual que Bartlett escribe desde fuera, como si viera los movimientos de los personajes en un tablero de ajedrez. Sus discursos son producto de las diferencias en sus relaciones con los protagonistas de sus historias, así como de los diversos fines con los que están escribiendo y con los diversos públicos a quienes se dirigen sus testimonios. Sus imaginarios empapan los discursos en donde se ponen en evidencia sus puntos de convergencia y desencuentro. Sus relaciones con los otros son distintas y por tanto los discursos a los que dan lugar también lo son.

El imaginario social de estos autores estadunidenses, tiene puntos de convergencia pese a que son personajes distintos, porque comparte significaciones imaginario sociales, especialmente aquellas utilizadas para caracterizar situaciones y grupos, a los apaches como bárbaros y salvajes, los estadunidenses como civilizados, los sonorenses ubicados en un punto intermedio. Todos coinciden en la existencia de una prolongada situación en el estado, que propongo como una institución, en términos de Castoriadis, la guerra apache, conflicto donde los sonorenses llevan la desventaja.

La civilización es otra significación presente en el imaginario de estos autores, los apaches son contrarios a ella pues viven semi errantes, sobreviven del robo, son propensos a la guerra, asesinan por diversión, los estadunidenses son civilizados porque construyen pueblos, explotan los recursos de la naturaleza. Los sonorenses se encuentran en un estado medio, pelean entre si y están desunidos por eso son presas fáciles de los salvajes.

5.3 Adventures and Explorations in New and Old Mexico, Michael James Box

La obra de Michael James Box es un recuento de sus aventuras y observaciones durante diez años de viaje (en la década de 1850) a través de la región compuesta por los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango del lado mexicano, así como la Sierra Nevada en California y Arizona del lado estadunidense. Entre sus objetivos durante esta larga travesía, de “investigación y experiencia personal”, estaba la detallada descripción de la región, con miras a ubicar y promocionar los principales yacimientos de minerales, así como las tierras propicias para las actividades agrícolas y ganaderas que podrían proveer lo necesario para el sustento de las empresas mineras y las posibilidades de apertura de caminos y medios de transporte como el ferrocarril.

En su visión de la zona se percibe un toque religioso y a la vez romántico, una “nueva tierra prometida” por las posibilidades de riqueza y realización personal que ofrece, pero sólo a los hombres más capaces e intrépidos, los elegidos, aquellos que se atrevan a enfrentar los peligros de esta rica pero salvaje región, donde el peligro acecha a cada minuto y en cada lugar. Una visión romántica de la riqueza natural acompañada por el peligro de la naturaleza salvaje, que lo mismo comprende a las bestias que a los apaches.

Box tenía experiencia en la vida de la frontera y los conflictos con los grupos indígenas como comanches y apaches, ya que sirvió en los Texas Rangers y durante su travesía por México, al igual que algunos de sus ex colegas, entró en tratos con el gobierno de Durango para desempeñarse como cazador de cabelleras.¹¹⁴ Box coincidía con las medidas drásticas tomadas por el gobierno mexicano para tratar de proteger a la

¹¹⁴ Smith, Ralph Adam. 1999. Borderlander: The Life of James Kirker, 1793.1852. Norman: University of Oklahoma press

población,¹¹⁵ a lo largo de su obra son comunes las alusiones al salvajismo y la barbarie de los apaches, los ubica como parte del medio ambiente hostil y peligroso de la zona fronteriza, obstáculos que pueden ser sometidos o eliminados por una raza superior: los estadunidenses.

Elementos presentes en su imaginario y por tanto recurrentes en su discurso son la dupla barbaros civilizados, así como la idea de una raza superior, con la energía y capital necesarios para desarrollar los recursos de la zona. Otros grupos no tienen este interés como los apaches, o carecen del ímpetu y los recursos para hacerlo, como los mexicanos, a quienes considera una raza más cercana al salvajismo de los apaches, que a la superioridad de los protagonistas del destino manifiesto. Esta visión de los mexicanos como una raza indolente y degradada, carente de energía y valor es compartida por Bartlett y Mowry. Aunque sus imaginarios tienen puntos de confluencia, por ejemplo en su visión de los mexicanos y sonorenses, respecto a los apaches Bartlett es más diplomático, más político, el dialogo, los pactos y la conciliación es una alternativa para él, mientras que Box es más radical, se decanta por el uso de la fuerza bruta, el exterminio del salvaje es su solución al conflicto con los apaches en la zona fronteriza y a muchos de los problemas que en esta región se presentan.

El destino manifiesto es otro punto de encuentro entre los imaginarios de Bartlett, Box y Mowry; sin embargo, mientras Bartlett lo hace de una forma más velada en su narración, Box promociona explícitamente el derecho preferente de los “americanos” sobre

¹¹⁵ Esto es posible porque sus imaginarios tienen puntos de convergencia y comparten significaciones imaginario sociales como barbarie y civilización, de ahí que coincidan en las acciones a tomar frente a los apaches.

las tierras más allá de sus fronteras, debido a la incapacidad de sociedades inferiores para autogobernarse y desarrollar el potencial de sus recursos, “será solo cuando hayamos tomado posesión de México, que se pondrá un fin a las guerras civiles dentro de sus fronteras y su degradada población será elevada a ciudadanos prósperos, inteligentes y amantes de la paz” (16-17); por su parte Mowry señalaba que las incursiones de los apaches estaban preparando Sonora para su anexión a los Estados Unidos. Ésta o bien la emigración de hombres civilizados, capaces, valientes, de una raza superior, son, desde su óptica, las posibles soluciones a los problemas de Sonora.

Según Box los propios sonorenses son medio salvajes y medio bárbaros, que constantemente se sumergen en guerras civiles, no tienen ni la energía ni el capital para desarrollar los recursos de la entidad y prefieren mirar hacia el pasado, hacia las glorias de antaño de las que “solo conservaron girones” en lugar de trabajar para sacar provecho de los recursos con los que tan prodigamente han sido dotados (16). Es interesante que este autor considere a los españoles como una raza civilizada más cercana a los estadunidenses en su escala de civilización, ya que considera que durante su dominio lograron explotar realmente los recursos minerales y extender la civilización por la región fronteriza, solo para que su obra decayera cuando los mexicanos tomaron las riendas del país. Bartlett y Box rescatan el caso de Arizpe con su iglesia adornada con oro y plata como un ejemplo de glorias pasadas, representativo de la suerte de los asentamientos fronterizos que alcanzaron su esplendor durante la colonia y luego decayeron debido a los ataques apaches. De igual forma ambos coinciden en la decadencia y degradación de la población de Bacoachi y sus habitantes.

Coincidiendo con el gobierno sonorense y sus constantes llamados a la cohesión de los sonorenses, Box resalta no sólo la falta de elementos para que los sonorenses exploten sus recursos, sino también la desunión entre ellos, señala que las constantes luchas civiles tanto como los ataques apaches mantienen el país medio despoblado, los pocos pobladores educados y ricos son los opresores del resto de los habitantes del estado, muchos de ellos peones que viven en “peores condiciones que los esclavos negros en Estados Unidos” (16).

La parte dedicada al estado de Sonora se centra en ubicar las principales minas de oro, plata y cobre, así como las tierras fértiles y propicias para la agricultura y ganadería y fuentes de agua cercanas a los minerales; el obstáculo más poderoso para el desarrollo de estas empresas son los constantes y sangrientos ataques de los apaches, que contrastan con la incapacidad de los sonorenses para enfrentarlos. Box señala la falta de población como una causa y consecuencia de sus incursiones y señala que capital y experiencia son la mancuerna necesaria para explotar los recursos de la región, los mexicanos carecen de ambos y la solución es fomentar la emigración en número suficiente. Los sonorenses no son audaces ni emprendedores, miran hacia atrás, mientras que los “americanos” ven hacia el futuro.

Box no tiene pretensiones etnográficas al escribir, no existe el interés por recuperar datos sobre el modo de vida de los personajes de su narración,¹¹⁶ no hay descripciones físicas de los apaches o sus costumbres; su interés son los recursos, sus descripciones son del medio, de la naturaleza y habla de los apaches como un peligro que es parte de los

¹¹⁶ Si recupera algunos datos que le parecen interesantes, como lo que denomina los “buchen largos” de los habitantes de Bacoachi, que él atribuye a las uniones incestuosas entre los habitantes. Podría ser este un elemento que rescata para reforzar su argumento sobre la degradación de la población del estado.

elementos naturales hostiles de la región, una plaga en una zona codiciada por los estadounidenses. Pese a que Box al igual que Bourke son hombres de armas sus imaginarios tienen puntos de encuentro y desencuentro; por un lado, coinciden en la imperiosa necesidad de poner fin a la guerra apache, aunque tiene distintos motivos; mientras Bourke tiene una visión más humana de los apaches y señala que los motivos tras sus incursiones son muy variados, Box atribuye sus ataques a una sola causa: su salvajismo y se decanta por la aniquilación como solución, su exterminio es condición necesaria para el progreso material de la región.

Por otra parte, coincide completamente con Bartlett al describir la parte fronteriza de Sonora como una región infestada de apaches, donde nadie se atreve a salir de noche por temor al enemigo que siempre está merodeando por los alrededores para matar por necesidad o por diversión pues saben del terror que provocan entre los sonorenses. Los apaches han convertido a los sonorenses en víctimas sumisas, hurtando a placer el ganado y dejando lo estrictamente necesario para que se reproduzcan nuevamente o bien para que estos tributarios no perezcan.¹¹⁷ Ambos autores subrayan el carácter cobarde de los sonorenses, su sumisión frente a los indios en una guerra que consideran perdida y en la cual su único aliciente es conservar la vida, al grado que, dice Box, se practica algo conocido como “la mejor parte del valor” que consiste en mantenerse fuera del camino y del alcance de los apaches tanto como sea posible (27).

¹¹⁷ Sobre estos puntos, Box señala que al momento de su visita a la población de Bacoachi, los apaches habían estado robando constantemente hasta dejar a los pobladores solo tres vacas lecheras e igual número de caballos

La opinión de Box es que esta falta de resistencia, ha incrementado la insolencia de los salvajes, cuyas constantes incursiones han provocado el abandono de ricas minas, ruina de ranchos y granjas de ganado, escases de productos por los ataques a los convoyes de mercancías, disminución de la población en algunas localidades de la zona fronteriza y un largo etcétera del que no sólo Box, sino la mayoría de los viajeros que recorren Sonora en la época dan testimonio. Las actividades cotidianas también habían sido impactadas, por ejemplo, las mujeres solo iban a abastecerse de agua al río de día y escoltadas por hombres armados, cuando los habitantes salían a las labores del campo lo hacían en masa y apostando centinelas que dieran la alarma en caso de aparecer los apaches, hasta la alimentación era afectada y la dieta se basaba en pinole, tortillas, frijoles y algunas frutas, en ocasiones ni un grano de sal podía encontrarse por los ataques a los convoyes de mercancías. Box señala que los pobladores semejaban esqueletos formados de hueso y piel, en la población de Bacoachi no vio a nadie que tuviera grasa corporal, los apaches se roban el ganado, afectan las labores agrícolas y atacan las caravanas comerciales, contribuyendo en cierta medida a esta situación.

Al igual que Bartlett, describe a las tropas sonorenses encargadas de la defensa de la población como fuerzas pobemente armadas, mal pagadas, mal vestidas y miserablemente alimentadas, comandadas por oficiales sin valor, totalmente incapaces. El miedo de las tropas a los salvajes es igual al de la población y corren a la par de ellos para salvar sus vidas. “Uno no sabe si sentir lástima por los problemas o desprecio por la cobardía de los mexicanos” (36). Según Box, los mexicanos tienen mucho que aprender del ejército estadunidense al que los apaches diferencian bien de las tropas mexicanas y temen. La solución para el conflicto con los apaches es una guerra de exterminio, abrir Sonora a las

empresas estadunidenses y a la emigración aseguraría el progreso material y la seguridad a sus pobladores en unos cuantos años.

Ejes importantes que permanecen constantes en la narración de Box son la riqueza minera del estado, la falta de energía y valor de los mexicanos y las incursiones de los apaches, estos elementos se unen en una leyenda que rescata y cuenta la historia de un hombre tomado cautivo por los apaches quien escapando de sus captores se refugia en las montañas tratando de encontrar su camino a casa. En las serranías descubre oro con ayuda del cual alcanza una población, pero “no teniendo el miedo apropiado a los apaches” se propuso regresar al mismo lugar donde fue capturado y asesinado por los salvajes, sin que pudiera conocerse la ubicación del yacimientos, que nunca se conocerá “si depende de la energía y coraje de los mexicanos hacerlo” (43) pues considera que no tenían uno ni otro. Ignacio Acuña nos dice, citando a un extranjero, que en la época las minas de Sonora tenían una “extraña y peculiar reputación que lindaba con lo misterioso” (14), las descripciones de Box coinciden con esta idea, los relatos de ricas minas abandonadas que permanecen intactas tras un ataque aún con los restos de los trabajadores al lado de sus herramientas como advertencia de lo sorpresivo y letal de los ataques, leyendas que cuentan historias de hombres que murieron porque su ambición fue más grande que su cautela en territorio infestado de salvajes, son recordatorios constantes en su narración del peligro que acecha al lado de la riqueza mineral del estado.

Respecto a la guerra apache en el estado, coincidiendo con el imaginario de las autoridades sonorenses, Box se decanta por una guerra de exterminio, incluso se emplea como cazador de cabelleras en Durango. El imaginario social de Box funciona como

principio regulador de su conducta, de ahí que se incline por una política de mano dura contra los salvajes, por la búsqueda de su exterminio. De ahí también que justifique con el argumento de que los sonorenses son una raza degradada y cobarde, incapaz de explotar los recursos con que la naturaleza los dotó, el derecho de los extranjeros a tomar posesión de estos recursos y contribuir con su ejemplo a la elevación de la raza mexicana del estado de semi salvajismo en el que permanece.

5.4 *On the Border With Crook*, John Gregory Bourke

En 1891 se publicó *On the Border With Crook*, escrito por el capitán del ejército norteamericano John G. Bourke. Su producción comprende varias obras, la mayoría de carácter etnográfico sobre los nativos americanos, especialmente apaches. Estas obras se derivan de sus experiencias de contacto directo con estos grupos por períodos prolongados de tiempo, ya fuese combatiéndolos como miembro del ejército estadounidense, viviendo entre ellos, o ayudando a organizar la vida de los atapascanos dentro de las reservaciones.¹¹⁸

La obra se divide en treinta capítulos, de los cuales se retoman tres, por ser los que aportan mayor cantidad de información sobre los grupos apaches y el estado de Sonora. Lo que escribió fue “un epítome de la experiencia y conocimiento adquirido durante los años

¹¹⁸ Tanto John Bourke como el Capitán Crook, mantuvieron una relación de amistad con los apaches, que se extendió más allá de su destino. Ambos pugnaron por la salida de los apaches de Florida, donde estaban muriendo rápidamente por diversos factores, entre ellos las malas condiciones de la agencia, el hacinamiento y las enfermedades. Crook inició las gestiones para trasladarlos a otros lugares, pero su muerte puso fin a sus intenciones. Bourke tuvo la oportunidad de visitarlos para evaluar sus condiciones, sus recomendaciones y gestiones hicieron posible el traslado de los apaches a Oklahoma, años después algunos pudieron retornar a Nuevo México.

de servicio en la región y la familiaridad con las personas y las condiciones en que viven” (97). A diferencia de Bartlett, su obra es producto de un contexto de proximidad con aquellos sobre quienes escribe, de un interés especial por conocerlos, comprender sus actos y las motivaciones detrás de ellos, de ahí que su visión sobre los apaches y sonorenses sea distinta a la de Bartlett. Podría ser que en un inicio, por derivarse de un imaginario compartido, tuviese opiniones similares que fueron modificadas a raíz de un mayor contacto con el “otro”.

Al introducirnos al texto, el autor señala que contiene “descripciones de las regiones en que la mayor parte del trabajo del General Crook tuvo lugar; las personas, rojas y blancas, con quienes tuvo contacto; las dificultades que enfrentó y cómo se sobrepuso a ellas; un pequeño bosquejo de los principios que lo guiaron en sus relaciones con varias tribus sometidas por él y luego puestas bajo su cargo, durante sus cuarenta años de servicio” (V, VI). También establece que lo que ha escrito es un epitome de su experiencia y conocimiento adquirido durante años de servicio, así como la familiaridad con la gente y las condiciones en que vivían.

Sobre el Capitán Crook, señala que fue el más grande luchador indio conocido por el ejército de los Estados Unidos, las campañas dirigidas por él traían la esperanza a los asentamientos y el terror a las tribus hostiles. Todos los esfuerzos que exitosamente llevó a cabo para elevar al “hombre rojo” al camino de la civilización,¹¹⁹ demuestran que era sumamente perceptivo frente a las necesidades y capacidades de los “aborígenes”.

¹¹⁹ Esta es una característica presente tanto en el discurso de Bartlett como de Bourke, la idea de estadios culturales, que los grupos humanos van ascendiendo de un estado de salvajismo, de barbarie hasta llegar a la civilización. Bancroft también se inserta en esta postura científica, de corte evolucionista del progreso de las razas humanas, en boga durante el siglo XIX.

Encontramos aquí dos puntos interesantes, para Bourke las acciones de Crook han tenido éxito porque no se basan exclusivamente en la idea de subyugar a los indios, sino que es receptivo ante sus necesidades y capacidades. Vemos también que utiliza el término “aborigen” lo cual nos remite al proceso de transformación que está teniendo lugar en la zona fronteriza, donde los habitantes originarios ya no son la cultura predominante y están siendo desplazados por otra, en este caso por los norteamericanos, por la fuerza u otros medios. El uso de estos términos de parte de Bourke nos indica un conocimiento etnográfico, antropológico de los nativo americanos.

En el primer capítulo seleccionado, Bourke describe la zona en que los acontecimientos que narra tuvieron lugar: Arizona y Nuevo México. La caracterización que hace de esta zona es muy interesante: “una región donde no sólo purgatorio e infierno, sino el cielo se han combinado, produciendo un desconcertante caleidoscopio de todo lo que es maravilloso, extraño, terrible y sobrecogedor, con no poco de hermoso y romántico” (1). En estos términos el autor describe la complejidad de la zona fronteriza y de las relaciones que entre los grupos se establecían. Para Bourke, desde una mirada un tanto romántica, existe un estado de cosas en la frontera que se está desvaneciendo, rápidamente y para no volver.

Al igual que Bartlett, en ocasiones designa a los indios como “pieles rojas”, pero además Bourke utiliza otros términos para referirse a ellos: “indios”, “aborígenes” que hace referencia a la pérdida de su hegemonía sobre el territorio, “caribes” un término usado por españoles y mexicanos para contrastar a grupos indígenas como comanches, apaches y navajos frente a indígenas que eran agricultores, que se dedicaban a la cría de ganado, o

eran mano de obra, evocando mediante este término imágenes de belicosidad, salvajismo y残酷 (DeLay 2008, 206).

El autor comparte la imagen presente en el imaginario de los sonorenses sobre la superioridad guerrera de los apaches y su habilidad para llevar a cabo sus incursiones, “era un enemigo que no tenía rival en el continente en frialdad, atrevimiento y sutileza”. Siendo Bourke un militar, describe algunas de sus tácticas de ataque, apuntando que eran siempre efectivas: “el enemigo recurrió a un sistema que había utilizado en el pasado, siempre con éxito. Un número simultáneo de ataques se llevaban a cabo en lugares separados, esto confundía tanto a tropas como a pobladores, creando la sensación de que el territorio estaba infestado” (101), atacar de noche (123), ocultar las huellas de su retirada prendiendo fuego a la hierba. Recoge también algunas costumbres de los apaches durante sus ataques, desvestir a sus víctimas llevándose la ropa como parte del botín, recoger los cadáveres de los caídos, tomar cautivos (106).¹²⁰

Los cautivos eran un elemento importante en la dinámica de las bandas apaches, coincidiendo con las fuentes primarias de la época, señala que los apaches eran crueles, brutales con los cautivos adultos, no les mostraban piedad y no perdían tiempo con ellos, a menos que quisieran extraer de ellos información. Con los menores era otra historia, siempre y cuando pudiesen sobrevivir por si solos, si aun dependían de la madre eran asesinados, habitualmente golpeándolos contra las rocas; si eran lo suficientemente grandes para adaptarse a la dureza de su nueva vida, eran aceptados con brazos abiertos y tratados como uno más del grupo. Sorprende al autor que lazos de afecto verdadero se desarrollaran

¹²⁰ Estas también son señaladas en los reportes generados por las autoridades sonorenses.

continuamente entre captores y cautivos, al grado que aún teniendo la oportunidad no regresaban a sus lugares de origen, alcanzando algunos posiciones destacadas entre los apaches (128).

El autor señala, al igual que Box, que a lo largo de la región fronteriza las hermosas imágenes de paisajes y lugares, comparten lugar con la amenaza siempre presente del terrible apache. En caminos y cementerios, tumbas con las inscripciones “muerto por los apaches”, “muerto por heridas infligidas por los apaches”, “Torturado y muerto por los apaches” eran parte del paisaje, a la vez que un recordatorio de la残酷 de los victimarios.¹²¹ Los primeros años de la década de 1870, atestiguaron un aumento en los ataques de los apaches del lado norteamericano y en la zona fronteriza en general. Ejemplifica con un episodio donde un grupo de mexicanos quienes viajaban de Tucson a Sonora, fueron atacados por los apaches; la juventud y belleza de una joven víctima femenina, contrastó con la cruel muerte que encontró en manos de los “salvajes”, la región fronteriza que nos pinta Bourke era una zona de contrastes.

Con su mirada crítica hacia la institución a la cual pertenece, el ejército estadounidense, Bourke explica que las tropas eran insuficientes para encargarse de la protección de la frontera como se requería, y en ocasiones, la política era dejar que los acontecimientos siguieran su propio curso, lo cual era un “indicativo más de sublime fe en la divina providencia, que de sentido común y buen juicio” (104). En ocasiones los asentamientos fueron dejados prácticamente a su suerte por las tropas estadounidenses, en tiempos de conflicto con los apaches.

¹²¹ Lejeune en *La Guerra apache en Sonora*, también repara en este elemento del paisaje fronterizo.

La idea del autor es que parte de los conflictos entre los grupos sociales que se encontraron en la frontera, fueron el resultado directo del encuentro de sus peores representantes, blancos ociosos, temerarios, y apaches jóvenes deseosos de ganar renombre en batalla. Los peores miembros de los dos mundos entraron en contacto y el resultado usual fue que los problemas afloraron, y no fueron los malos quienes sufrieron sino los más dispuestos a la paz (105). Esta situación también se hizo presente en la relación entre apaches y sonorenses, en ocasiones apaches que buscaban la paz fueron atacados por fuerzas sonorenses, en castigo por los ataques cometidos por otras bandas, pues la tradición de los acuerdos parciales hacía difícil saber quién hacia qué con certeza.

Desde el imaginario de Bourke, los apaches eran una raza superior, su osadía y arrojo, le aseguran, de una vez y para siempre, ascendencia sobre todas las tribus a su alcance, mostraban una astucia inusual, incluso para un indio. Los españoles no pudieron dominarlos ni por vía de la cruz ni de las armas. Bourke no coincide con el imaginario de los hombres de su época que pensaban en términos de bárbaros y civilizados. Señala que después de contrastar sus fuentes y conocer la historia de los apaches, concluyó que el papa Paul III, “tuvo razón cuando declaró que los nativos del nuevo mundo tenían alma y debían ser tratados como seres humanos”. Señala que los apaches se sentían cómodos cometiendo atrocidades, pero dentro de su cosmovisión estas no eran tales. Los blancos tendieron a exaltar sus propias virtudes y condenaron el modo de vida de los otros, pero los apaches no eran más crueles en la guerra que sus vecinos (115). Su imagen de bárbaros, crueles, salvajes, fue alimentada por el hecho de que ellos no pudieron escribir para contar su versión de la historia, para dar cuenta de los agravios que sufrieron a manos de los hombres civilizados.

Bourke es muy crítico hacia la sociedad de su época, incluidos los mexicanos; señala que comprendían todo en base a opuestos, vieron las cosas en blanco y negro y esta perspectiva les impidió comprender mejor a los indígenas y buscar acuerdos con ellos. En un completo desacuerdo con Bartlett, refiere el episodio donde un apache del grupo de Mangas Coloradas, es asesinado por un mexicano que trabajaba con la comisión de límites. En obvio desacuerdo, Bourke señala que Bartlett consideró que unos dólares podían compensar la muerte de un guerrero apache, pero señala que se equivocó pues en menos de cuarenta y ocho horas de la muerte del apache, sus hermanos de raza ya habían tomado el camino de la guerra (118).

En esta obra, el apache es sumamente astuto, percibe y sabe aprovechar a su favor los cambios políticos que tiene lugar a su alrededor. De igual forma, supieron utilizar las jurisdicciones a su favor, llevaron a cabo acuerdos parciales de paz con las autoridades, pero siempre mantuvieron sus incursiones, en menor o mayor escala. Se debe entender que los apaches podían comerciar y estar en guerra a la vez, vender lo tomado en un lugar, en el sitio vecino, como sucedió en el caso de las incursiones a Sonora y el botín comercializado en chihuahua (119). Los circuitos de intercambio con otros grupos blancos e indios, los proveía de lo necesario para estar bien montados y armados. Era el caso de las armas de fuego obtenidas por los apaches de los moquis, integrantes de la familia de indios pueblo.

Su astucia y la capacidad de adaptar los nuevos elementos y situaciones a su favor, pusieron a los apaches en una situación ventajosa. La inestabilidad y los conflictos políticos tras la Independencia, la guerra entre México y Estados Unidos, la guerra civil norteamericana, fueron situaciones de las que los atapascanos supieron obtener beneficio

(123). Al igual que otros autores, es de la opinión que los apaches fueron forzados por los propios estadunidenses con su conducta, a enfrentarlos, pues en un principio ellos manifestaron una actitud amistosa y de cooperación, pero al sufrir abusos por parte de los norteamericanos, cambiaron su postura frente a ellos (119). Bartlett también señalaba que una actitud justa y un apego a las promesas hechas pudiesen haber asegurado a los norteamericanos la amistad de los apaches.

Bourke aporta datos etnográficos para un mejor conocimiento de los apaches, su admiración por ellos y la intención de contribuir al conocimiento de estos grupos, estuvieron entre sus motivos para incluirlos en su obra. Físicamente divide a los apaches en dos tipos: de estatura media, con pecho y hombros anchos; otros son altos, rectos como flechas, de buen cuerpo, con cejas finas, narices aguileñas, labios y barbillas bien definidas y ojos chispeantes. Algunos tienen nariz chata, fosas nasales abiertas, delgados, labios hacia afuera y barbillas prominentes. Todos comparten las siguientes características, constitución física fuerte, nervudos, pulmones fuertes, ojos que denotan inteligencia, determinados en su hablar, decididos, crueles. Pueden ser amigos firmes, pero no se debe esperar piedad de ellos como enemigos. Coincide con Bartlett al describirlos como honestos en extremo y buenos oradores al defender sus puntos de vista (124).

A diferencia de otros autores contemporáneos, Bourke tuvo la oportunidad de compartir la cotidianidad de las bandas apaches y brinda un retrato de la vida en ellas. Al encontrarse entre los suyos, los apaches eran hablantes, occurrentes, aficionados a contar historias y dados a la burla. Contrario a su imagen de bárbaros, eran tiernos con sus niños y no acostumbraban golpearlos para reprenderlos. Desde temprano se les enseñaba a usar

armas, a ejercitarse, aprendían a temprana edad sobre plantas y animales, a aguantar fatigas, sufrimientos, falta de agua, hambre. En pocas palabras a la par de los juegos iban entrenando a los niños para la vida que les esperaba de adultos.

Bourke coincide con el imaginario de sus contemporáneos, como es el caso de Bancroft, al considerar que los apaches tenían muy pocas necesidades artificiales y dependían casi absolutamente de lo que la naturaleza pudiera proveerles. Esto no lo ve como una debilidad o signo de atraso; por el contrario era una de las fortalezas de los apaches (128). También señala, que como los salvajes en todas partes, y algunos hombres civilizados, eran adictos al juego, y muy dados al uso del alcohol (135). Al igual que otros autores, como Sweeney,¹²² señala que todos los problemas de los chiricahuas podían ser rastreados a la ingestión del alcohol, que les vendían hombres blancos “que no valían nada”, el autor ubica el origen de muchos problemas protagonizados por los apaches y sus vecinos en el mercado ilegal de alcohol, caracterizado por “la rapacidad de buitres blancos que rondaban a su alrededor vendiéndoles whisky en pleno día” (236).

Sobre su alimentación, ésta se basaba en la carne, el mezcal ocupaba también un lugar importante, existía un tabú alrededor del pescado y puerco, los cuales no consumían. La alimentación fue una de sus aspectos más trastocados a partir de que fueron confinados a las reservaciones fuera de Arizona y Nuevo Mexico, en otras latitudes su alimentación empezó a cambiar drásticamente trayendo como consecuencia desnutrición, enfermedades y muertes, además del correspondiente choque cultural (133).

¹²² Sweeney también alude al consumo de alcohol como fuente de problemas entre los grupos apaches, la ingesta de alcohol frecuentemente terminaba en peleas, heridos, asesinatos, salida de las reservaciones, incursiones a suelo mexicano una vez que los apaches estaban en las reservaciones. Bourke va más allá señalando que “todos” los problemas podían rastrearse hasta esta fuente, Sweeney guarda una postura más moderada al respecto.

Bourke conoció al jefe apache Cochise, y al igual que en el caso de Mangas Coloradas y Bartlett, el jefe indio causó una gran impresión. El autor lo describe alto, finamente construido, pasaba la mitad de su vida, pero seguía lleno de poder y vigor, físico y mental. “nos recibió con urbanidad y mostró cada atención posible”.

Sobre el estado de Sonora, señala que el gobierno encabezado por Pesqueira, constantemente presentaba quejas debido a las incursiones de los apaches chiricahuas establecidos en las reservas cercanas a la línea divisoria. Bourke señala que era difícil saber si los autores eran verdaderamente los apaches de las reservas, u otros que aún seguían viviendo en sus viejos aduares fuera del control del hombre blanco.

CONCLUSIONES

Gran parte del siglo XIX atestiguó el proceso de construcción y organización de México como nación independiente. Los sonorenses del siglo XIX no escaparon a esta transición y en su camino hacia la consolidación de un orden político, social y económico en el estado enfrentaron múltiples conflictos: luchas entre facciones políticas; amenaza del expansionismo estadunidense; conflictos con grupos indígenas domésticos, como yaquis y mayos; incursiones filibusteras; y las constantes incursiones del enemigo externo por excelencia de los sonorenses del siglo XIX: los grupos apaches.

Las constantes incursiones de estos nómadas independientes impactaron todos los aspectos de la vida de los pobladores de la entidad. Hombres, mujeres y niños asesinados, heridos o cautivos como resultado de los ataques; sangría económica, provocada por el robo o muerte de ganado sobre todo caballar y vacuno, y poblacional, por la migración o muerte de los habitantes; destrucción de propiedades; minas, ranchos y pueblos abandonados, fueron algunas de las piezas que conformaron el rosario de lamentos de los sonorenses que cotidianamente enfrentaban a la “amenaza errante”.

Pese a esto a vida en la entidad no se paralizó, ni siquiera en los momentos más álgidos del conflicto, numerosos factores permitieron continuar: las incursiones se concentraban habitualmente en los distritos fronterizos, con menor regularidad en el centro del estado y raramente en la parte sur; los pobladores aprendieron a conocer al enemigo y desarrollaron una serie de respuestas para enfrentar sus incursiones, algunas adoptadas de los mismos adversarios; pese a la falta de recursos el gobierno del estado y la población no cesaron de combatirlos, pues hacerlo hubiera significado perecer; los apaches no deseaban

exterminar a los sonorenses a quienes habían convertido, prácticamente, en tributarios, ni agotar su fuente de recursos: los poblados mexicanos.

Si bien el conflicto fue intermitente y combinó períodos de paz y guerra, estos fueron la excepción y las incursiones la regla. La guerra apache combinó los encuentros violentos, los hechos de armas, las agresiones entre ambos grupos, que tuvieron un inicio y un fin, con la idea de una guerra permanente, de la siempre presente amenaza apache, un atacante que se retira pero que rápidamente se hará sentir otra vez, que siempre está al acecho. Las paces se saben transitorias, momentáneas, porque es imposible hacer los pactos extensivos a todas las parcialidades apaches y porque la misma movilidad de las bandas de atapascanos llevaba el conflicto de un lugar a otro. La tregua pactada en un lugar, detona los ataques en los alrededores.

Los grupos apaches, sus incursiones y los daños causados a raíz de estas se convirtieron en un asunto de capital importancia para el gobierno estatal. Los informes sobre sus ataques, sobre las respuestas de autoridades y vecinos, sobre los daños y las pérdidas materiales por concepto de robo o destrucción, así como la legislación al respecto fueron el tema de numerosos documentos producidos en todos los niveles de la administración. Al acercarnos a este corpus documental podemos reconstruir el discurso del gobierno estatal sobre la guerra apache, en el podemos percibir que las incursiones y acciones armadas entre vecinos y atapascanos son intermitentes, la idea de una guerra con los bárbaros es la constante. Esta idea de la guerra entre apaches y sonorenses se percibe en las fuentes de la época que dejaron constancia de la situación de apaches y sonorenses y

que recogieron los testimonios de ambas partes. La idea de la guerra está presente en ambos grupos.

Este discurso del gobierno sonorense es un discurso que obedece a múltiples fines: busca asegurar el apoyo de la población, encaminar la opinión y la acción de los vecinos en determinada dirección, unir a la población frente a las amenazas externas, más allá de las diferencias sociales y políticas. Cohesionar en torno a los hombres fuertes que pueden ofrecer protección. Por supuesto también es un discurso que busca el apoyo del gobierno central, traducido en recursos monetarios y ciertas exenciones y prerrogativas al argumentar la situación de guerra que se vivía en el estado.

Lo anterior no significa, de ninguna manera, que este discurso no estaba anclado en la realidad o que sólo obedecía fines políticos. La frecuencia y la intensidad de las incursiones que habían aumentado para la época, a raíz de la política del gobierno norteamericano hacia los atapascanos, son innegables. Prueba de ello, más allá del discurso gubernamental y las constantes medidas tomadas a cabo por el gobierno sonorense, son las respuestas sociales: despuéle de asentamientos, los reportes y testimonios de heridos, muertos y cautivos a manos de los apaches; y económicas, minas y ranchos abandonados, recuentos de daños de los que dan constancia las autoridades, ganado sonorense recuperado en Chihuahua o Arizona, que prueba, más allá de dudas, la existencia un circuito de intercambio para el botín del que participan autoridades y vecinos de los estados aledaños a Sonora en ambos lados de la frontera.

El discurso gubernamental apelaba a elementos compartidos por la sociedad sonorense, una larga historia de conflicto con los grupos apaches. Contrario a este

argumento, el conflicto con los atapascanos fue intermitente, combinó periodos de paz y guerra, relaciones violentas y pacíficas; sin embargo, estos elementos fueron ocultados bajo un discurso que hablaba de la relación sonorenses-apaches como una guerra entre barbarie y civilización, una guerra contra un enemigo externo, por la defensa de la vida, los bienes y un orden social. Mediante este discurso se levantó una frontera simbólica cimentada en las diferencias entre sonorenses y apaches traducidas como un enfrentamiento entre barbarie y civilización. Las significaciones barbarie y civilización fueron los ejes en torno a los cuales se cifró el discurso de la sociedad mestiza y la élite gobernante sobre la guerra apache y la relación con la otredad representada por los grupos indígenas. En el discurso oficial se clasificaban como buenos o malos indígenas dependiendo de su relación con la sociedad y el gobierno estatal, en este discurso las diferencias se hacen explícitas, pues su función es mantener la unidad del grupo frente al peligro de la otredad. No significa esto que solo hubo separación y conflicto entre atapascanos y vecinos; los intercambios pacíficos, la adopción de prácticas y elementos de la vida del otro y el mestizaje también estuvieron presentes en las relaciones, pero fueron dejados de lado al construir el discurso gubernamental. Es en otras fuentes dónde estas relaciones pacíficas se hacen evidentes.

Al acercarnos a este discurso siguiendo la propuesta de los imaginarios sociales podemos ubicar las significaciones imaginario sociales, como barbarie y civilización, que estaban presentes en el imaginario sonorense de la época, así como la institución donde estas cristalizaron: la guerra apache. Estas significaciones permitieron que el discurso oficial encontrara eco en la población pues apelaba a significaciones compartidas por la sociedad sonorense en su conjunto, significaciones que se relacionaban con la identidad del

grupo frente a los otros. Los sonorenses representaban la civilización encarando a la barbarie.

Estas significaciones estaban ancladas o ligadas a hechos históricos concretos que había dejado su huella en el imaginario sonorense. La imagen de los apaches como un enemigo fiero y sanguinario estaba bien justificada por su costumbre de atacar sorpresivamente, en emboscadas, causando el mayor número de muertes y daños posibles cuando las incursiones eran por venganza, al grado de que una incursión podía causar el despueblo o la destrucción total de una población; las cifras de los muertos, heridos, cautivos, ganado robado y daños materiales ligaron a su imagen la idea de la depredación; las memorias de los extranjeros plasmaron el clima de zozobra, temor y alarma, que rozaba la histeria colectiva, en el que vivían los sonorenses, temerosos en sus propias poblaciones, sin atreverse a salir de sus hogares al caer la noche.

La institución guerra apache y las significaciones que la acompañaban, se materializaron en las acciones que los sonorenses tomaron en relación a los apaches: pago de gratificaciones por apache muerto, masacres de mujeres y niños, ataques por sorpresa a campamentos de apaches de paz buscando revancha por los ataques en Sonora, la barbarie del adversario justificaba que los civilizados tomaran estos cursos de acción en la búsqueda del exterminio del enemigo.

La guerra apache en el estado, institución legitimada y compartida al interior de la sociedad sonorense, se convirtió en un elemento central en la vida de los habitantes de la frontera, podríamos decir que era uno de los ejes en torno a los cuales giraba la vida de los pobladores de la región fronteriza. Aquí se conjugaron las ideas que se tenían sobre los

otros y sobre cómo debían ser tratados, que debía pensarse sobre ellos y como debían ser calificados sus actos. Esta institución, que tenía como función la defensa del modo de vida de los vecinos, se mantuvo mediante el consenso, porque se compartía la idea de la necesidad de combatir a los apaches, el peligro de sus ataques era compartido por los sonorenses; la legitimidad porque era lo correcto hacer la guerra a la barbarie, mantener alejado el peligro de la otredad, defender el modo de vida y el orden social y político de los sonorenses, así como sus familias, vidas y propiedades; la coerción porque una serie de castigos y sanciones¹²³ fueron establecidos para quienes no participaban de ella, o por el contrario premios y recompensas o prestigio social se derivaban de participar en esta guerra.

No solo los sonorenses construyeron un discurso sobre el conflicto con los apaches en el estado, los extranjeros que por un motivo u otro se interesaron en la situación de Sonora dejaron constancia de este conflicto en la entidad. La opinión general fue que el estado de Sonora estaba invadido por una plaga que lo desangraba sin que los sonorenses pudieran levantarse del estado de postración al que había sido reducido. La visión general, sobre todo de los estadunidenses, era que los sonorenses se habían convertido en una raza degradada, incapaz de defenderse, cobardes, sin energías ni espíritu industrial; veían el conflicto como una guerra perdida para los vecinos, no solo por la superioridad guerrera de los apaches sino por la desunión de la sociedad sonorense. Este particular era también uno de los elementos que el gobierno estatal señalaba como causa de que no se pudiera vencer a

¹²³ Como la saca, gratificaciones por cabelleras, entre otros.

los apaches y constantemente apelaba en su discurso a la cohesión de la sociedad sonorense frente a los bárbaros que hostilizaban el estado.

La guerra apache dejó su huella en el imaginario sonorense, su imagen de extraordinarios guerreros, su fiereza, los peligros conjurados por su presencia, la devastación causada por sus ataques en la región fronteriza son elementos que sobrevive hasta hoy día no solo en las páginas de nuestra historia sino en nuestra memoria colectiva.

Fuentes consultadas

Fuentes primarias

AGES Archivo General del Estado de Sonora. Hermosillo, Sonora.

CFP Colección Fernando Pesqueira, Universidad de Sonora. Hermosillo, Sonora.

RIACOLSON/AGES/FE/RP, Base de datos Respuestas a las incursiones apaches, El Colegio de Sonora-AGES-Fondo Ejecutivo.

The University of Arizona Libraries Digital Collections

Fuentes secundarias

Aboites Aguilar, Luis. 1991. Poder Político y “bárbaros” en Chihuahua hacia 1845. *Secuencia*, 19. 17-32.

Acuña, Rodolfo. 1981. *Caudillo sonorense. Ignacio Pesqueira y su tiempo*. México: Era.

Aldaco, Beatriz Guadalupe. 1990. La prensa decimonónica sonorense, el caso de “La Voz de Sonora” y “La Estrella de Occidente” (1856-1870). En *Memoria del XIV Simposio de Historia y Antropología*, volumen 1. Hermosillo: Universidad de Sonora.

Almada, Francisco R. 1990. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora.

Almada Bay, Ignacio et al. “Casos de despuelos de asentamientos atribuidos a apaches en Sonora, 1852-1883. Un acercamiento a los efectos de las incursiones apaches en la población de vecinos”. En José Marcos Medina Bustos y Esther Padilla Calderón (coordinadores). *Violencia interétnica en la frontera norte novohispana y mexicana. Siglos XVII-XIX*. Hermosillo: El Colegio de Sonora, en prensa.

Almada Bay, Ignacio. 2014. La saca. Una práctica retributiva en una frontera caracterizada por la informalidad y la violencia. Sonora, 1851-1870 en Rojas, Laura y Deeds, Susan (Coordinadoras) *Méjico a la luz de sus revoluciones*. Vol. 1, México, D.F. El Colegio de México. 571-598.

Almada Bay, Ignacio, Juan Carlos Lorta, Valeria Domínguez y David Contreras. 2012. El papel de los vecinos del Distrito de Moctezuma, Sonora en la campaña de Crawford, 1885-1886. Un punto de inflexión en las respuestas a las incursiones apaches. En *Indios, españoles y mestizos en zonas de frontera. Relaciones interétnicas en el noroeste hispanomexicano y la provincia bonaerense, siglos XVII- XX*. Coordinado por José Marcos Medina Bustos y Esther Padilla Calderón.

Almada Bay, Ignacio. 2008. Ilícitos, solidaridades y tradiciones locales en la construcción de una identidad territorial en la frontera norte de México. Sonora ¿una tierra de excepción? La perspectiva de Antiguo Régimen. En *El Norte de México: Entre fronteras*, compilado por Juan Luis Sariego Rodríguez. México: INAH.

----- 2000. *Breve historia de Sonora*. México. Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.

Alonso, Ana María. 1997. *Thread of Blood. Colonialism, Revolution and Gender on Mexico's Northern Frontier*. Tucson: The University of Arizona Press.

Álvarez, Gerardo. Andrea Álvarez y Marisol Facuse. 2002. La construcción discursiva de los imaginarios sociales: El caso de la medicina popular chilena. *Onomazein* 7. 145-160.

Bancroft. Hubert, Howe. 1883. *The Native Races*. The works of Hubert Howe Bancroft Vol. I y II. San Francisco: A. L. Bancroft & Company.

Basso. Keith H. 1998. *Western Apache Raiding and Warfare. From the Notes of Grenville Goodwin*. Tucson: The University of Arizona Press.

Barrett. Samuel, M. 1984. *Geronimo, His own Story. The autobiography of a Great Patriot Warrior*. New York: Meridian.

Bartlett, John Russell. 1856. *Personal narrative of explorations and incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua, 1850-1853*. New York: D. Appleton & Company.

Bernstein, Basil y Mario Díaz. *Hacia una teoría del discurso pedagógico*. <http://es.scribd.com/doc/51084075/2/II-DESARROLLO-DEL-MODELO-Primera-Parte> (mayo 2012).

Bourke, John. 1958. *An Apache Campaign in the Sierra Madre*. New York: Charles Scribner's Sons.

Box, Michael James. 1861. Captain James Box's Adventures and Explorations in New and Old Mexico. New York: Derby & Jackson Publishers.

Cabrera, Daniel H. 2010. *Imaginario social, comunicación e identidad colectiva*. www.portalcomunicacion.com/dialog/paper/pdf/143_cabrera.pdf (abril-mayo 2012).

- Castoriadis, Cornelius. 2011. *Historia y creación. Textos filosóficos inéditos (1945-1967)*. Tr. Mariano Sánchez. México: Siglo XXI.
- 2004. *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Tr. Sandra Garzonio. Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- 1997. *El avance de la insignificancia*. Trad. Alejandro Pgnalo. Buenos Aires: EUDEBA.
- 1997. *El imaginario social instituyente*. En Zona Erógena. No. 35. www.educ.ar
- 1996. *Psique e Historia*. www.omegalfa.es
- 1993. La institución imaginaria de la sociedad. En *El imaginario social*. Eduardo Colombo compilador. 3ra.Ed. Montevideo: Altamira.
- 1992 Entrevista a Cornelius Castoriadis. <http://www.youtube.com/watch?v=6QySkRG95O8> (abril-mayo 2012).
- 1989. *La institución imaginaria de la sociedad II*. Barcelona: Tusquet Editores.
- 1986. *El Campo de lo social histórico*. http://www.infoamerica.org/teoria_articulos/castoriadis02.pdf (abril-mayo 2012).
- 1983. *La institución imaginaria de la sociedad I*. Barcelona: Tusquet Editores.
- Colombani, María Cecilia. 2008. A propósito de Dionisio y Apolo. Mismidad y Otredad: el juego de las tensiones. En *Nuntius Antiquus*. Revista de la Universidad de Minas Gerais. No. 2, Diciembre. <http://www.letras.ufmg.br/nuntius/data1/arquivos/002.03-MariaCecilia25-40.pdf> (abril-mayo 2012).
- Corral, Ramón. 1981. El señor general Don Ignacio Pesqueira: Reseña histórica del estado de Sonora, 1856-1877. En ídem, *Obras históricas*. 19-139. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora.
- 1959. Las razas indígenas de Sonora. En *Obras Históricas*. 212-248. Hermosillo: Biblioteca Sonorense de Geografía e Historia.
- Cunill, Caroline. 2010. La frontera en el discurso de los caciques chontales, siglo XVI. En *Poblar la inmensidad: sociedades, conflictividad y representación en los márgenes del Imperio Hispánico (siglos XV-XIX)*. Salvador Bernabeú Albert (coordinador) España: Ediciones Rubeo.

Chisem, Pedro B. *Reminiscencias*. Traducción de Horacio Vázquez Del Mercado. Texto facilitado por la Dra. Raquel Padilla.

Dávila, F.T. 1894. *Sonora histórico y descriptivo*. Nogales, Arizona: Tipografía de R. Bernal.

Davis, Britton. 1929. *The Truth About Geronimo*. Bison Book Ed. Quaife. New Haven: Yale University Press.

DeLay, Brian. 2008. *War of a Thousand Deserts. Indian Raids and the U.S.-Mexican War*. New Haven: Yale University Press.

De la Torre Curiel, José Refugio. 2008. “Enemigos encubiertos”: bandas pluriétnicas y estado de alerta en la frontera sonorense a finales del siglo XVIII. En *Takwá* 14. 11-31.

De León, Figueroa. Norma. 2012. *El conflicto apache en Sonora bajo el gobierno del General Ignacio Pesqueira, 1867-1872*. Hermosillo: El Colegio de Sonora-Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora.

De Moraes, Denis. 2007. Imaginario social, cultura y construcción de la hegemonía. *Contratiempo* 2. 1-6.

Donjuan Espinoza, Esperanza, Dora Elvia Enríquez, Raquel Padilla y Zulema Trejo (Coords.). 2010. *Religión, nación y territorio en los imaginarios indígenas de Sonora, 1767-1940*. Hermosillo: El Colegio de Sonora/ Universidad de Sonora.

Franco, Yago. www.magma-net.com.ar.

Fressard, Olivier. 2006. El imaginario social o la potencia de inventar de los pueblos. En *Transversales*. No.2 www.fundanin.org/fressard.htm (abril-mayo 2012).

Foucault, Michel. 2008. *Defender la sociedad*. 1ra. Edición, Cuarta reimpresión. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- 1997. *La arqueología del saber*. Traducción Alberto Garzón Del Camino. México D.F: Siglo XXI.

----- 1992. *El orden del discurso*. Traducción Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets Editores. <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/680.pdf> (abril-mayo 2012).

Gadamer. Hans Georg. 1900-2002. *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Trad. Ana Aparicio y Rafael de Agapito. Salamanca, España: Sígueme.

Gallego. José Andrés. 1996. Historia cultural e historia religiosa. En Olábarri, Ignacio y Francisco Caspistegui. *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Grajeda Bustamante, Aarón y Zarina Estrada Fernández. 2012. Violencia, colonización y frontera. *Revista Universidad de Sonora*. 30. 5-8.

Griffen. William B. 1988. *Apaches at War & Peace. The Janos Presidio, 1750-1858*. Albuquerque: University of New Mexico.

Guerrero De la Llata, Patricia. 2011. Imaginarios sociales en los discursos oficiales que justifican la deportación de los yaquis (1902-1908). Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, El Colegio de Sonora.

Gómez, Pedro Arturo. 2001. Imaginarios sociales y análisis semiótico. Una aproximación a la construcción narrativa de la realidad. *Cuadernos* 17. 195-209.

Haidar, Julieta. 1998. Análisis del discurso. En *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. En Jesús Galindo Cáceres (Coord.) México: Pearson.

Jacoby, Karl. 2008. *Shadows at Dawn. A Borderlands Massacre and the Violence of History*. New York: The Penguin Press.

Lanceros, Patxi. 2004. Antropología hermenéutica. En *Diccionario interdisciplinar de hermenéutica*. Coordinado por Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros. Bilbao: Universidad de Deusto. 20-27.

Lara romero, Héctor. 2006. Imaginarios sociales y representaciones colectivas. En *Discurso e imaginario, poder e identidad*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Lejeune, Louis. 1984. *La guerra apache en Sonora*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.

Mendiola, Alfonso y Zermeño, Guillermo. 1998. Hacia una metodología del discurso histórico, 165-206. En *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Jesús Galindo Cáceres (Coord.) México: Pearson.

Merrill, William L. 2000. La economía política de las correrías: Nueva Vizcaya al final de la época colonial. En *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, editado por Marie-Areti Hers. 623-668, México: UNAM.

Mowry, Sylvester. 1859. *The Geography and Resources of Arizona & Sonora: an Address Before the American Geographical & Statistical Society*. Washington: Henry Polkinhorn, editor.

Notas sobre Sonora del capitán Guillet 1864-1866. Colección Fernando Pesqueira, Documentos para la historia de Sonora. Segunda serie, tomo IV. Universidad de Sonora.

Olábarri, Ignacio. 1996. La resurrección de Mnemósine: historia, memoria e identidad. En *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Olábarri, Ignacio y Francisco Caspistegui. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Ortelli, Sara. 2007. *Trama de una guerra conveniente: "Apaches", infidentes y abigeos en Nueva Vizcaya en el siglo XVIII*. México: El Colegio de México.

Padilla Ramos, Raquel y Trejo Contreras, Zulema. 2012. Guerra secular del Yaqui y significaciones imaginario sociales. *Historia Mexicana* 62(245): 59-103.

Paniagua Arguedas, Laura. 2006. La palabra como frontera simbólica. *Revista de ciencias sociales* No. 111-112 (I-II). LatindexUCR <http://www.latindex.ucr.ac.cr/rcs004-11.php> (abril-mayo 2012).

Pinart, Louis Alphonse. 1998. *Viaje por Sonora*. Editado y anotado por Julio César Montané Martí. Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.

Quijada Hernandez, Armando y Ruibal Corella, Juan Antonio (Coordinadores). 1985. *Historia General De Sonora: periodo del México Independiente, 1831-1883*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.

Reyes Gutiérrez, Amparo Angélica. 2012. Estrategias de organización y recomposición de las familias de la frontera durante la Guerra Apache, Sonora, 1852-1872. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. El Colegio de Sonora.

Rizo, García Martha y Viviana Romeu Aldaya. 2006. Hacia una propuesta teórica para el análisis de las fronteras simbólicas en situaciones de comunicación intercultural. En *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Año/vol. XII No. 024. Universidad de Colima. 35-54 <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/316/31602403.pdf> (abril-mayo 2012).

Rodríguez, Martha. 1998. *La guerra entre bárbaros y civilizados. El exterminio del nómada en Coahuila, 1840-1880*. Coahuila: Centro de Estudios Sociales y Humanísticos.

Romero Gil, Juan Manuel. 1997. Población en movimiento, Sonora siglo XIX. En *Memoria del XXII Simposio de Historia y Antropología*, 213-237. Hermosillo: Universidad de Sonora.

Sánchez, Celso. 2004. Imaginario. En *Diccionario interdisciplinar de hermenéutica*. Coordinado por Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros. 244-249. Bilbao: Universidad de Deusto.

Schiffrin, Deborah. 2011. “Definiciones de discurso”. *Revista de investigación educativa*. Xalapa: Universidad veracruzana, Núm. 13. Recuperado de <http://www.uv.mx/cpue/num13/practica/Schiffrin-Definiciones de discurso.html>

Smith, Ralph Adam. 1999. *Borderlander: The Life of James Kirker, 1793-1852*. Norman: University of Oklahoma press

-----1984-1985. “Scalp Hunting. A Mexican Experiment in Warfare”, *Great Plains Journal*, vol. XXIV-XXV: 41-81.

-----1964. “The Scalp Hunter in the Borderlands, 1835-1850”, *Arizona and the West*. VI (1): 5-22.

-----1963. “Indians in American-Mexican Relations Before the War of 1846”. *The Hispanic American Historical Review*. XLIII (1): 34-64.

-----1960. “Mexican and Anglo-Saxon Traffic in Scalps, Slaves, and Livestock, 1835-1841”, *West Texas Historical Association Year Book*: 98-115.

Spicer, Edward H. 1981. *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*. Tucson: The University of Arizona Press.

Sweeney, Edwin R. 2010. *From Cochise to Geronimo. The Chiricahua Apaches. 1874-1886*. Norman: The University of Oklahoma Press.

-----1998. *Mangas Coloradas. Chief of the Chiricahua Apaches*. Norman: University of Oklahoma Press.

-----1991. *Cochise. Chiricahua Apache Chief*. Norman: University of Oklahoma Press.

Taub Emmanuel. 2008. Exclusión y otredad. Notas sobre la construcción del *otro-indígena* en la formación del Estado Nacional Argentino. http://iberoamericaglobal.huji.ac.il/num1/art5_taub.pdf (mayo 2012).

Tello, Nerio. 2003. *Cornelius Castoriadis y el Imaginario radical*. España: Campo de ideas.

Tinker Salas, Miguel. 2010. *A la sombra de las águilas. Sonora y la transformación de la frontera durante el porfiriato*. México: FCE, El Colegio de Sonora, UAS.

Thrapp, Dan. 1974. *Victorio and the Mimbres Apaches*. Norman: University of Oklahoma Press.

Todorov, Tzvetan. 1993. *Las morales de la historia*. Barcelona, España: Paidós Básica.

Torres Mora, Gregorio. 1987. *Entrepreneurs in Nineteenth Century*. Sonora, México. Tesis de doctorado en Historia, Universidad de California en Irving.

Trejo Contreras, Zulema. 2015. Luces y sombras en la historia de los grupos indígenas en Sonora, siglos XIX-XXI. *Panorama historiográfico. Región y sociedad*. 62: 149-176.

-----2014. El imaginario liberal en los discursos de Ignacio Pesqueira. Ponencia presentada en el XXVII Simposio de La Sociedad Sonorense de Historia

-----2013. *Imaginarios sociales y fronteras simbólicas*. Seminario General de Investigación del Centro de Estudios Históricos de Región y Frontera. El Colegio de Sonora.

-----2012. *Redes, facciones y liberalismo. Sonora, 1850-1876*. Hermosillo, Sonora. El Colegio de Sonora/El Colegio de Michoacán.

Vandervort, Bruce. 2006. *Indian Wars of Mexico, Canada and the United States, 1812-1900*. New York: Routledge.

Van Dijk, Teun A. 1999. El análisis crítico del discurso. En: *Anthropos* No. 186, septiembre-octubre 23-36 Barcelona. <http://www.discursos.org/oldarticles/El%20an%20lisis%20cr%EDtico%20del%20discurso.pdf> (marzo-mayo 2012).

Velasco, Ávila. Cuauhtémoc. 2001. La historia de los nómadas y sus fuentes. En *Los andamios del historiador. Construcción y tratamiento de fuentes*. Camarena Ocampo. Mario y Lourdes Villafuerte García. 161-173. México: Archivo General de la Nación e Instituto Nacional de Antropología e Historia.

-----2000."Nuestros obstinados enemigos": Ideas e imágenes de los indios nómadas en la frontera noreste mexicana, 1821-1840. En *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, editado por Marie-Areti Hers. 441-459, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

-----1998. La amenaza comanche en la frontera mexicana. 1800-1841. Tesis de doctorado en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México.

Velasco, José Francisco. 1985. *Noticias estadísticas del estado de Sonora*. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora.

Vergara Henríquez, Fernando. 2008. La apropiación del sentido: las experiencias hermenéuticas de diálogo y comprensión a partir de Gadamer. En *Alpha*. Núm. 26. 153-166. <http://alpha.ulagos.cl>

Verjat, Alain. 2004. Hermenéutica Sociológica. En *Diccionario interdisciplinar de hermenéutica*. Coordinado por Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros. 200-210. Bilbao: Universidad de Deusto.

Villa, Eduardo W. 1984. *Historia del estado de Sonora*. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora.

Voss, Stuart F. 1982. *On the Periphery of the Nineteenth-Century Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press.

Weber, David J. 2005. *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*. Yale University Press, New Haven and London

Worcester, Donald E. 1979. *The Apaches. Eagles of the Southwest, 1553-1960*. Norman: University of Oklahoma Press.

Zuñiga, Ignacio. 1985. *Rápida ojeada al estado de Sonora (1835)*. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora.